

Universidad Nacional
Sistema de Estudios de Posgrado
Facultad de Filosofía y Letras
MAESTRÍA EN ESTUDIOS DE CULTURA CENTROAMERICANA

*LA REPRESENTACIÓN DE CENTROAMÉRICA
EN EL RELATO DE VIAJES DE WILHELM MARR*

Tesis para aspirar al grado de
Maestría en Estudios de Cultura Centroamericana con Énfasis en Literatura

Gustavo Alonso Camacho Guzmán

Campus Omar Dengo

Heredia, Costa Rica

2018

Universidad Nacional
Sistema de Estudios de Posgrado
Facultad de Filosofía y Letras

**La representación de Centroamérica en el relato de viajes de Wilhelm
Marr**

Tesis para aspirar al grado de
Maestría en Estudios de Cultura Centroamericana con Énfasis en Literatura

presentada por

Gustavo Alonso Camacho Guzmán

el viernes 30 de noviembre de 2018

Tribunal examinador

Dr. Luis Alfredo Miranda Calderón
Representante del Consejo Central de Posgrado

M. L. Sigrid Solano Moraga, en representación de
M. L. Gabriel Baltodano Román
Coordinador de la Maestría en Estudios de Cultura Centroamericana

M. L. Gabriel Baltodano Román
Profesor guía

Dr. Carlos Francisco Monge Meza
Asesor de tesis

M. L. Karen Calvo Díaz
Asesora de tesis

TABLA DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN		
1.	Justificación	5
1.1.	Problemas y objetivos	6
1.2.	Estado de los conocimientos	7
1.3.	Un particular lingüístico-discursivo	18
1.4.	Fundamentos conceptuales	19
1.4.1.	El relato y la literatura de viajes	19
1.4.2.	La colonialidad	31
1.4.3.	Racismo, racialismo y la idea del salvaje	34
1.4.4.	La representación	44
1.5.	Procedimientos de trabajo	46
CAPÍTULO I		
LA REPRESENTACIÓN DE LO NO HUMANO		
1.1.	Las ideas previas al viaje acerca del Istmo	50
1.2.	El viaje de Nueva York a Nicaragua	52
1.3.	La naturaleza en el territorio nicaragüense	57
1.4.	La naturaleza en el territorio costarricense	66
1.5.	La naturaleza fuera del Istmo	77
CAPÍTULO II		
LA REPRESENTACIÓN DE LA CULTURA Y LA CIVILIZACIÓN		
2.1.	La civilización y la cultura en Estados Unidos	83
2.2.	La civilización y la cultura en Nicaragua	87
2.3.	La civilización y la cultura en Costa Rica	95
2.4.	La cultura libresca en el relato de viajes	106
CAPÍTULO III		
LA MIRADA Y SU INFLUENCIA EN EL RELATO DE VIAJES		
3.1.	La idea de Centroamérica y Estados Unidos en comparación con Europa	120
3.2.	La colonización de Centroamérica y las posibilidades de explotación	139
3.3.	La finalidad de la escritura y de la mirada	146
CAPÍTULO IV		
CONCLUSIONES		
4.1.	Conclusiones sobre los fundamentos conceptuales	155
4.2.	Conclusiones sobre los procedimientos de trabajo	158
4.3.	Conclusiones sobre el análisis	161
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS		165

INTRODUCCIÓN

INTRODUCCIÓN

1. Justificación

En este estudio se aborda la representación de la región en *Viaje a Centroamérica* (1863), de Wilhelm Marr (Alemania, 1819-1904). La elección de este texto obedece a que, de un aproximado de diecinueve viajeros que escribieron crónicas y relatos sobre su recorrido¹, casi todos europeos que estuvieron en Centroamérica durante el siglo XIX, solamente Marr describió de forma pormenorizada las costumbres, los ambientes y los habitantes que encontró en su viaje por Nicaragua y Costa Rica. Entre los demás viajeros que escribieron, algunos (entre ellos Alexander von Frantzius, Carl Hoffmann y Anders Sandoe Oersted) prestaron atención a la geografía, la naturaleza y los fenómenos atmosféricos y terrestres, mientras que otros, aunque describieron algunos elementos con más detalle, no presentan suficientes datos para distinguir la construcción de una representación coherente y detallada de la zona que visitaron (este es el caso de John Hale o Félix Belly).

Estudiar la manera cómo Wilhelm Marr representa Centroamérica es esencial por las repercusiones y los comentarios que su relato suscitó durante el siglo XX: Alejandro Alvarado Quirós y Víctor Guardia Quirós discutieron la presunta veracidad de Marr en la

¹ Los siguientes fueron los viajeros cuyos textos han sido localizados: John Hale (*Seis meses de residencia y viajes en Centro América*), John Lloyd Stephens (*Incidentes de viaje en Centro América, Chiapas y Yucatán*), Robert Glasgow (*Viajes en Centro América*), Wilhelm Marr (*Viaje a Centroamérica*), Ephraim George Squier (*Los estados de Centro América*), Francisco Solano Astaburuaga (*Repúblicas de Centro América*), Thomas Francis Meager (*Vacaciones en Costa Rica*), Anthony Throllope (*Las Indias Occidentales y el Continente Español*), Félix Belly (*A través de la América Central, Nicaragua y el Canal Interoceánico; De San Juan del Norte a San José de Costa Rica*), Anders Sandoe Oersted (*La parte central de Costa Rica*), Alexander von Frantzius (*El antiguo convento de la misión de Orosi en Cartago; Aportes al conocimiento de los volcanes de Costa Rica; La ribera derecha del río San Juan; La parte sureste de la república de Costa Rica; La vertiente atlántica; Cartografía de Costa Rica; Sobre los aborígenes de Costa Rica*), Carl Hoffmann (*Una excursión al volcán Irazú de Cartago; Una excursión al volcán Barva de Costa Rica en 1855*), John Bailly, José Joaquín Borda (*Provincialismos de Costa Rica*), Fredrick Boyle (*Costa Rica*), Otto Kuntze (*Alrededor del mundo, diario escrito en Costa Rica*), Helmut Polakowski (*Guatemala y Costa Rica; América Central*) y Ed Pougin (*El estado de Costa Rica, que podría ser de interés para la industria, el comercio y la inmigración belgas*). Véanse Fernández Guardia (2002), Quesada Pacheco (2001) y Zeledón Cartín (2014).

descripción de Costa Rica, a propósito de la publicación de unos fragmentos del relato en la *Revista del Instituto del Café*². Ambos afirmaron que Marr mentía, por cuanto irrespetó a los próceres nacionales que describió el viajero, como Juan Rafael Mora Porras y José María Castro Madriz, razón por la cual Guardia Quirós menciona que “los ultrajes de Marr no alcanzan de fijo a deslumbrar la bota de los extintos próceres” (Alvarado Quirós y Guardia Quirós, 1938: 214). Sin embargo, una parte del discurso de Marr sobre Costa Rica coincide con las ideas difundidas por la élite liberal sobre la nacionalidad costarricense; en particular, con los mitos referidos al origen étnico del campesino criollo y su inclinación al trabajo.

1.1. Problemas y objetivos

Para esta investigación se formula un problema general y tres específicos. El problema general es el siguiente: ¿Cuáles son las matrices de significado que intervienen en el proceso de representación de Centroamérica, construido por Wilhelm Marr en su relato de viajes? Mientras que los específicos se enumeran a continuación:

- a. ¿Cómo concibe el enunciador el relato la naturaleza centroamericana?
- b. ¿Qué posición adopta el enunciador ante la sociedad representada como parte de Centroamérica?
- c. ¿Cuáles son las condicionantes que determinan la mirada del enunciador en el relato de viajes de Marr?

A partir de los problemas planteados, el objetivo general que se deriva es el siguiente: analizar las matrices de significado que configuran la representación de

² La *Revista del Instituto del Café* había publicado en el número 40, tomo VI, de 1938, el capítulo XIII del relato de Marr, esto suscitó las cartas de Alvarado y Guardia.

Centroamérica construida por Marr en su relato de viajes. Para llevar a cabo dicho objetivo general, se formulan estos objetivos específicos:

- a. delimitar la concepción de naturaleza que el texto ofrece como parte de la representación de Centroamérica;
- b. estudiar la posición del enunciador frente a la sociedad representada como parte de Centroamérica; e
- c. identificar las condicionantes que determinan la mirada del enunciador en el relato de viajes de Marr.

A partir de los problemas de investigación, así como de los objetivos planteados, se plantea como hipótesis general de trabajo que la construcción de la representación de Centroamérica en el relato de Wilhelm Marr se lleva a cabo desde una posición ambigua y desde una mirada colonialista: el texto infravalora las culturas y la sociedad centroamericanas al tiempo que elabora una imagen igualmente ambigua de la naturaleza de la región. Así, el texto atenúa y minimiza los aspectos positivos de las culturas centroamericanas, y de forma implícita, justifica la conveniencia de colonizar Centroamérica para explotar sus recursos, tanto humanos como no humanos.

1.2.Estado de los conocimientos

En el ámbito centroamericano, la crítica literaria no ha prestado atención especial al relato de viajes de Wilhelm Marr. Sin embargo, hay dos intelectuales que en los últimos decenios se han dedicado al estudio, si bien somero, de la relación de Marr. A propósito de este texto, Peggy von Mayer (2006) explica que el autor escribió un “relato testimonial”, puesto que Marr dejó una crónica de sus aventuras y peripecias en América, lo cual deja la legitimidad del texto en el propio autor; desde esta perspectiva, el relato es válido y legítimo en tanto lo sostiene la palabra de su autor, una figura histórica. Von

Mayer lleva a cabo un sucinto comentario del texto de Marr, en el que, además del carácter testimonial de texto (entendido como documento histórico), subraya la subordinación y la exclusión del otro por el hecho de que la legitimación del relato esté en la figura del narrador: “el narrador da cuenta de su legitimidad como sujeto activo de la acción, confiriendo valor al testimonio desde una relación de saber y poder, convirtiendo al Otro en un objeto de conocimiento” (2006: 200). Apunta que el relato de Marr posee un carácter utilitario; así, el periplo por Nicaragua y Costa Rica se llevó a cabo con el fin de conocer el Istmo y las características tanto físicas (territorio y clima) como culturales (2006: 201). Con respecto al discurso y a la escritura del relato de Marr, la autora afirma que los recursos predominantes fueron la descripción, la ironía y el humor (2006: 204).

En el aspecto identitario y en la descripción del otro, el relato de Marr se caracteriza por mostrar sesgos racistas, los cuales son atribuidos al contexto histórico en que se produjo el relato; von Mayer (2006: 206) apunta que el racismo presente en *Viaje a Centroamérica* “corresponde al momento histórico en que se escribió el texto, en el cual estaban en boga las teorías darwinianas”, a las cuales se suman las ideas sobre la superioridad aria, el determinismo biológico, el evolucionismo y las tipologías de la especie humana. Estas ideas se encuentran a lo largo de las descripciones de nicaragüenses y de costarricenses. A los primeros, Marr los describe como carentes de palabra de honor, oportunistas y sin una idea de sentido de colectividad, de ahí que sean egoístas. Sobre los costarricenses, Marr ofrece una visión que, a pesar de ser más favorable que la anterior, no deja de presentar los prejuicios del autor sobre las personas que describe. La opinión de Marr sobre los costarricenses es favorable, aunque ridiculiza a los dirigentes y jefes de Estado (von Mayer, 2006: 202).

El segundo autor que ha estudiado el relato de Marr es Javier Rodríguez Sancho. Su estudio se centra en los aspectos étnicos presentes en el texto del viajero. Para ello,

Rodríguez Sancho lleva a cabo un resumen de los antecedentes de los viajes a América por parte de europeos, desde el impulso a la navegación promovido por los Reyes Católicos y por Portugal. Con respecto a las representaciones del otro, resultantes de estos primeros viajes, Rodríguez Sancho (2008: 126-127) anota que la representación e invención³ de los sujetos nativos estuvo influida por los elementos de la tradición clásica, en especial, de la mitología. Más adelante, durante la época de la Ilustración, el autor anota que las ideas sobre la diferencia de los otros dejaron de lado la tradición mitológica para postular al clima como causa de las razas diferentes a la blanca, este es el caso de Montesquieu y Rousseau.

En el caso de los viajeros alemanes, no solo Wilhelm Marr escribió sobre Costa Rica, sino que antes de él, Moritz Wagner y Carl Scherzer habían viajado por la región y escribieron *La república de Costa Rica en Centroamérica* (1856); de igual manera, Wilhelm Heine y Julius Froebel elaboraron una imagen romántica de Centroamérica, al tiempo que un racismo explícito. Esta es una ambivalencia también presente en el relato de Marr pues, a la vez que describió a la población de forma peyorativa, afirmó que el Istmo se iba a convertir en el nuevo emporio del comercio internacional (Rodríguez Sancho, 2008: 131). Según Rodríguez Sancho (2008: 135-137), el viaje de Marr duró alrededor de once meses, entre Nicaragua y Costa Rica, los dos primeros capítulos de *Viaje a Centroamérica* tratan del recorrido de Europa a Nueva York, y a partir del tercero, trata sobre Centroamérica. Según el estudioso, el viaje se realizó por razones comerciales, y en su relato, Marr negativiza a las personas y a la naturaleza que describe, por ejemplo: en la descripción del nicaragüense, afirma que es una combinación animalesca, entre tigre, mono y cerdo. Como se comprende, este juicio demuestra un profundo racismo

³ Sobre el proceso de invención del otro, el autor explica que primero se inventó al otro “para luego poseérsele formalmente con base en las reglas del dominador”. Esto implica que los conquistadores debieron primero concebir su existencia para después hacerlo entrar en la lógica colonial (Rodríguez Sancho, 2008: 124-125).

respecto del centroamericano. En cuanto al entorno natural, el autor afirma la apreciación negativa de Marr, sin embargo, es necesario aclarar que, a pesar de tal hecho resulta acertado para una parte de la naturaleza descrita en el relato, la expresado por Marr sobre el entorno natural también llega a ser de admiración por la exuberancia de tal aspecto, hecho que se observa, sobre todo, en la descripción de la naturaleza presente en el camino de Puntarenas a San José.

El relato de viajes de Marr fue objeto de crítica y polémica por una parte de la cultura letrada costarricense durante la primera mitad del siglo XX. A raíz de la publicación de los capítulos XI a XIV del relato de Marr en la *Revista del Instituto de Defensa del Café*, durante el periodo comprendido entre diciembre de 1937 a marzo de 1938, Alejandro Alvarado Quirós y Víctor Guardia Quirós dirigieron sendas cartas de protesta al director de la revista.

Alvarado Quirós (1938: 211) afirma que a pesar de la importancia de conocer los relatos de viajes escritos sobre el país, la presunta superioridad de los viajeros puede inspirar “recelos sobre la exactitud de sus narraciones”; de ahí, que sostenga que las aseveraciones de Marr sobre los próceres costarricenses (sobre todo, acerca de José María Castro Madriz y Juan Rafael Mora Porras, que el viajero conoció y describió en su relato)⁴ sean del todo falsas, en tanto los empequeñece y considera de forma despectiva. Alvarado Quirós (1938: 212) recurre a las biografías de Castro Madriz y de Mora Porras para desmentir las afirmaciones de Marr (a quien Alvarado y Guardia consideran proveniente de Prusia), y con ello, muestra los méritos de los próceres y la grandeza de sus acciones en favor del país. Esta revisión parte de la necesidad de moderar los juicios de Marr mediante acotaciones y explicaciones complementarias, que contribuyan a la adecuada

⁴ Alvarado Quirós no solo se refiere a estos dos próceres, sino que incluye a otros hombres notables, como Manuel Carazo (Ministro de Hacienda y Guerra), Bruno Carranza (presidente de la república por breve tiempo) y Nazario Toledo (diplomático durante la guerra contra William Walker) (1934: 211).

recepción de los relatos entre el público extranjero. En criterio de Alvarado Quirós, “sería prudente al reproducir estas caricaturas de nuestros próceres [...] agregar en notas al pie y para no dejar que se extravíe el criterio del lector, la debida e imparcial rectificación, que impone la ética de la historia [...]” (1938: 213).

Por su parte, Víctor Guardia Quirós parte de una perspectiva muy similar, en tanto las acciones de defensa del país en 1856 (por parte de Mora Porras) y el asentamiento de las bases de la democracia (gracias a Castro Madriz, con la proclamación de la República de Costa Rica) hacen que las afirmaciones de Marr supongan una ridiculización a los próceres, digna de olvidar. En contrapartida, Guardia Quirós magnifica a ambos próceres, en tanto define a Castro Madriz como “la figura bíblica de aquel viejo patriarca que destilaba dignidad” (1938: 214). En virtud de tales ideas, Guardia Quirós recomienda que el relato de Marr se publique con notas al pie de página para enmendar o corregir las afirmaciones erróneas y que el lector poco instruido en la historia costarricense no considere como verdaderas las palabras del viajero alemán. A partir de estas ideas, la polémica se centra en la veracidad o la falsedad de las afirmaciones de Marr con respecto a la historia de Costa Rica, y en específico, a la descripción de los hombres notables.

Ambos intelectuales parten de un implícito: el relato de viajes debe reflejar la realidad y tratar sobre ella; de ahí, que ambos reprochen la supuesta deformación que Marr lleva a cabo al hablar de los prohombres costarricenses. Para Alvarado Quirós y Guardia Quirós, el reflejo de la realidad implica que el relato sea objetivo, y tal objetividad supone ofrecer una representación de Castro Madriz y de Mora Porras muy similar a la concepción con la que los autores recuerdan a los dos personajes históricos. Por ello, ambos critican el hecho de que el discurso de Marr los describa de forma desenfadada y obvian que el discurso del relato es una interpretación particular de la historia nacional.

A estas ideas, la dirección de la revista responde con una nota, inmediatamente después, y publicada a modo de editorial, puesto que no cuenta con firma de su autor. Esta última nota ofrece aún más luces sobre los otros elementos mencionados por Marr en su relato: la naturaleza, la colonización, la cultura y el conocimiento del país en los círculos europeos. La dirección de la revista responde que el objetivo de la publicación de unos capítulos de Marr obedece a una finalidad muy concreta: dar a conocer las condiciones de vida del pasado para ofrecer una comparación con el presente (Alvarado Quirós y Alvarado Quirós, 1938: 215). Asimismo, el director de la revista señala que estas consideraciones adicionales escaparon incluso a la primera publicación, en 1929 de los escritos de Marr, un texto cuya preparación estuvo a cargo de Ricardo Fernández Guardia. Además, no deben observarse solamente los comentarios despectivos sobre Mora Porras y Castro Madriz, puesto que el viajero “llena de bellísimos elogios la naturaleza de nuestras tierras, su clima, la índole apacible y bondadosa de nuestro pueblo” (Alvarado Quirós y Guardia Quirós, 1938: 215). De forma complementaria, valora el aporte del alemán al desarrollo del país, pues sus relatos dejaron una constancia de las ventajas de la colonización europea que contribuyó a “colocarnos en el lugar en que hoy estamos” (Alvarado Quirós y Guardia Quirós, 1938: 215). De esta manera, Costa Rica se dio a conocer en Europa como “algo más que una de tantas tierras poblada de indios en estado salvaje” (Alvarado Quirós y Guardia Quirós, 1938: 215).

A la luz de lo anterior, resulta significativo el hecho de que las intenciones de la publicación consistan en mostrar las ventajas del progreso europeo, puesto que se parte de que el indígena (o indio) es un ser salvaje; a la vez que en reafirmar una concepción que se ofrece del viajero como benefactor que dio a conocer el país en Europa, y con ello, atrajo el progreso material y la civilización.

Un análisis actual del relato de Marr se encuentra en un artículo de reciente aparición de Werner Mackenbach (2016); quien establece una serie de tópicos recurrentes en los relatos de tres viajeros alemanes por Centroamérica: dos de ellos (Wilhelm Heine y Wilhelm Marr) escribieron sus impresiones de viaje hacia la mitad del siglo XIX y fueron publicadas en 1853 y 1863 respectivamente, y uno más (Franz Xaver Koetz) viajó al Istmo durante las últimas décadas del siglo XX y publicó su relato de viajes en 1985. En su estudio, Mackenbach demuestra que existe un conjunto de tópicos y de estereotipos comunes al discurso de los tres viajeros.

El análisis del discurso de dos viajeros alemanes del siglo XIX es de interés para esta investigación, puesto que corresponde con la época en la que Centroamérica empezó su inserción en el mercado internacional, es el periodo en el cual se manifestaron los intereses geoestratégicos de las potencias mundiales (Estados Unidos e Inglaterra, principalmente), y se promovieron proyectos de colonización a lo largo del Istmo (Mackenbach, 2016: 75).

A la luz del análisis de los relatos, el autor considera que en los tres, a pesar de la distancia temporal que media entre ellos, se busca plasmar de forma veraz las condiciones de los lugares descritos, más allá de las formas tradicionales de percibir la otredad, de ahí que el autor considere la existencia, implícitamente, de una relación directa entre la realidad y el texto escrito: lo que escriben los viajeros es un intento por retratar la realidad tal cual es (Mackenbach, 2016: 77).

Mackenbach (2016: 79) organiza el análisis de los relatos en tres apartados: la representación de la naturaleza, la referida a la cultura y la de la política. Sobre el primer punto, destaca el afán de los viajeros en comparar la región centroamericana con las condiciones naturales de Europa, ello, explica el crítico, se encuentra presente en las primeras crónicas sobre América, pues en los escritos de Colón también se efectúa una

comparación entre ambos continentes. Además de ello, es característico de los relatos de viajes la descripción de una naturaleza amenazante y horrorosa; sin embargo, tal visión no es la única: también los tres relatos muestran una naturaleza idílica y un suelo fértil y rico. Esta imagen dual de la naturaleza oscila entre dos imagotipos: el *locus horribilis* y el *locus amoenus* (Mackenbach, 2016: 80-82).

Resulta significativo que las descripciones de las mujeres centroamericanas formen parte del análisis sobre el tema de la naturaleza en los tres viajeros, esto se debe a que los tres relatos estudiados por Mackenbach establecen una relación estrecha entre la mujer y la naturaleza (2016: 82). Al igual que en el aspecto anterior, la descripción de la mujer centroamericana también fluctúa entre dos percepciones opuestas: lo concupiscente y la repulsión. La mujer es, al mismo tiempo, una figura atrayente y sensual, pero también un ser repulsivo (Mackenbach, 2016: 84).

La representación de la cultura centroamericana se encuentra marcada por un procedimiento constante en los tres viajeros: la percepción de la cultura a partir de los parámetros europeos, es decir, de la “percepción europea/alemana” del mundo (Mackenbach, 2016: 86), en la cual, el modelo de cultura ideal es el de Europa. A ello se suma la utilización de prejuicios racistas: para Marr, el centroamericano en general es un ser inferior, esta caracterización es aún más notoria cuando se trata de los indígenas y negros. Un ejemplo de esta concepción de la población centroamericana es el recurso de la animalización, al comparar la fisonomía de los nicaragüenses con diversos animales (cerdos, monos y tigres) (Mackenbach, 2016: 87). El autor lleva a cabo una comparación entre estas ideas y la ideología defendida por Marr durante su juventud. El viajero fue partidario del “movimiento democrático” llamado “La Alemania Joven”, un grupo que defendía las ideas liberales, los derechos humanos y la igualdad absoluta (Mackenbach, 2016: 87-88). Sin embargo, en el relato de viajes presenta ideas contrarias a tales

principios: el nicaragüense pertenece a una raza inferior por causa del mestizaje, y en general, el centroamericano está destinado a no poder acceder a las condiciones culturales propias de un europeo.

La situación política de Nicaragua y de Costa Rica es otro de los aspectos presentes en el relato de viajes de Marr. Sobre este tema, Mackenbach (2016: 90-92) afirma que la imagen constante para describir la política centroamericana es el caos, y en cuanto al discurso, destaca la ironía y el desprecio por el ejercicio de la política y por quienes gobiernan estos países. Esto explica la visión peyorativa de los próceres costarricenses. De esta manera, el ejercicio de la política en Centroamérica es un simple remedo del modelo europeo. Ejemplo de ello es la descripción de las habitaciones del presidente de Nicaragua, en las cuales Marr encontró una gran cantidad de pulgas. A propósito de este tema, Mackenbach apunta: “los dos viajeros [Heine y Marr] pintan Nicaragua como un país sumergido en el caos, especialmente con respecto a la seguridad pública, la violencia y los conflictos armados” (2016: 92) A estos elementos habría que agregar uno más: la suciedad de los pueblos también es un indicio de la visión peyorativa y de la calificación de Centroamérica como un lugar al que aún no llega la cultura europea.

Mackebach (2016: 104) afirma que la referencia permanente a Europa es una constante en los tres viajeros; sin embargo, esto no es un rasgo exclusivo del siglo XIX, es un recurso del relato de viajes escrito por europeos desde los inicios mismos de la conquista de América: Cristóbal Colón, Hernán Cortés y otros conquistadores y viajeros compararon el Nuevo Mundo con las condiciones de vida en Europa. A pesar de ello, el estudio de este tipo de relatos es útil en tanto da cuenta del repertorio cultural que media las relaciones entre América y Europa en el siglo XIX, una coyuntura crucial para el desarrollo de las naciones americanas, en general, y centroamericanas, en particular.

Desde una perspectiva más general, Laura Añón y Jimena Rodríguez (2009: 3) califican como relatos de viajes algunos textos propios de la conquista y redactados desde América y Europa. Añón y Rodríguez consideran como falsa antítesis la distinción entre literatura e historia, en razón de que son mayores las similitudes entre ambos modelos de escritura que las diferencias. Con respecto a los textos que tratan sobre viajes, y en especial, los que tratan sobre América y los años de la conquista, las autoras proponen estudiar las cartas de relación o las historias de conquista como relatos de viajes. A modo de ejemplos, ambas mencionan la *Historia de la conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo o los *Naufrajos*, de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, textos en los cuales los viajeros, que en este caso coinciden con la figura del conquistador, toman el lugar de testigos privilegiados, al mismo tiempo que se instituyen como narradores en primera persona, lo que da credibilidad a sus propias palabras, es decir, estos relatos crean una voz autorizada por el hecho de corresponder con un sujeto histórico.

De esta manera, las cartas de relación, como las de Hernán Cortés, o los textos tradicionalmente tomados como historiográficos, como los de Díaz del Castillo o Cabeza de Vaca, poseen características que permiten leerlos como relatos de viaje. Sin embargo, para las autoras, la crónica de viajes no es lo mismo que el relato de viajes. Esta distinción se debe a que existen dos tipos de escritores sobre viajes, lo cual determina si el texto corresponde a una crónica o a un relato. En primer lugar, el viajero puede escribir su relato al mismo tiempo que sucede el recorrido, o puede escribirlo una vez que haya finalizado el viaje, sea esta escritura posterior hecha en el lugar de origen o en el mismo lugar en el que sucedió el viaje.

En consecuencia, el relato de viajes puede escribirse en el lugar de origen de su autor, una vez que haya regresado a este, o en el lugar que fue recorrido. Este segundo tipo de escritura puede efectuarse cuando ya el periplo esté concluido o aun cuando no

haya terminado. En segundo lugar, el viaje puede relatarse a partir de otros textos o de otras lecturas, este es el caso de la crónica, puesto que esta se escribe a partir, no de la propia experiencia, sino de las lecturas o referencias sobre el objeto del que se escribe: como ejemplo de ello, las autoras mencionan el caso de Pedro Mártir de Anglería (Añón y Rodríguez, 2009: 6).

Otro aspecto al que se refieren estas investigadoras es lo identitario: al desarrollar un periplo, “el alejamiento de la cultura de origen y la convivencia prolongada con lo desconocido abren la subjetividad del personaje hacia nuevos signos de identidad”, lo cual causa que no se pueda hablar de una vuelta del viajero, propiamente dicha, puesto que el viaje pudo cambiar o influir en la subjetividad de quien lo llevó a cabo (Añón y Rodríguez, 2009: 7).

En suma, aunque el libro *Viaje a Centroamérica* ha sido analizado por algunos estudiosos, tales estudios son generales y panorámicos. Se concluye, de modo preliminar, que el texto no ha sido examinado con una perspectiva de mayor profundidad. A ello se une el que el relato de Marr describe algunos elementos que parecen coincidir con el discurso oficialista sobre la identidad costarricense: una Costa Rica apacible y bucólica, llena de gentes humildes y amables son parte de una representación literaria que coincide plenamente con la idea de nación difundida por el Estado Liberal costarricense desde la década de 1880. La índole de los estudios sobre *Viaje a Centroamérica* y el desarrollo de la imagen literaria de una Costa Rica apacible y su coincidencia con lo descrito por este viajero justifican el análisis de este relato de viajes. Otro aspecto despierta el interés: el análisis de las ideas y las concepciones con las cuales se describió Centroamérica resultan de capital importancia para poner en evidencia que los discursos del colonialismo fueron las matrices ideológicas a partir de las cuales se concibió y representó la región.

1.3. Un particular lingüístico-discursivo

El texto analizado consiste de una traducción del original, escrito en alemán. Se trata de una *traducción técnica* elaborada por Irene Reinhold y publicada con introducción de Juan Carlos Solórzano por la Editorial de la Universidad de Costa Rica en 2004. Esta versión en español no fue la primera en publicarse. Se han encontrado dos versiones del relato de viajes: la primera de ellas recoge los capítulos XI a XV, publicados por Ricardo Fernández Guardia en *Costa Rica en el siglo XIX. Antología de viajeros* (1929). La traducción de estos capítulos, según Fernández Guardia, estuvo a cargo de José Dávila, filólogo del que, hasta el momento, se cuenta con escasos datos. La segunda edición del relato de Marr corresponde a los mismos capítulos, publicados en la *Revista del Instituto del Café de Costa Rica*, en los números treinta y siete a cuarenta y uno, tomos cinco y seis. Estos números de la revista corresponden a los meses que van de diciembre de 1937 a marzo de 1938. Esta versión no consigna el nombre del traductor, aunque en la primera entrega se afirma que la publicación se efectúa con la autorización de Ricardo Fernández Guardia.

Al confrontar las tres versiones mencionadas, todas mostraron una gran uniformidad en cuanto a la construcción discursiva y la selección del léxico, hecho que permite pensar que, en el fondo, las tres versiones del texto de Marr provienen de una primera traducción atribuible a José Dávila. Al trabajar sobre un texto traducido, es claro que el discurso, en sus aspectos formales y expresivos, va a ser distinto al original, por las características propias del idioma de partida y sus diferencias respecto de la lengua de destino. Por ello, este trabajo hace hincapié en el análisis del contenido del relato y no de la forma expresiva, en específico: se analizan los tropos discursivos a los que recurre el viajero para representar a Nicaragua y Costa Rica, los cuales son subyacentes respecto de la forma de tal discurso y no cuentan con alteración alguna en la traducción. En este

trabajo académico, se recurre al estudio del régimen de representación, al contar este con un contenido cultural, compartido por una comunidad específica. Tal plano de análisis considera el examen del conjunto de imágenes culturales, literarias, y tópicos al que recurre el escritor (en este caso, el viajero) para elaborar una visión del mundo centroamericano a partir de una sensibilidad determinada por el colonialismo, el sexismo y el racismo.

1.4.Fundamentos conceptuales

1.4.1. El relato y la literatura de viajes

La literatura que trata sobre viajes se ha considerado como un género diferente de la narrativa, en cuanto supone una relación diferente entre el *relato* y la *historia*, de ahí que se lo considere como parte de los géneros historiográficos. Quesada Pacheco (2001: 16), en la recopilación de los relatos de viaje escritos sobre Costa Rica, afirma que este género, por sus características referenciales, ha sido tomado como parte de los textos historiográficos; sin embargo, por la posibilidad de relacionar al relato de viajes con la literatura, Quesada afirma que se trata de un género con características híbridas: un discurso distinto de los géneros literarios canónicos, pese a que cuenta con rasgos propios de estos, pero también, diferente de los libros sobre historia.

Sobre los relatos de viajes escritos durante el siglo XIX, el autor señala que durante esta centuria, los viajeros prestaron mayor atención al entorno natural, debido a la influencia del naturalismo científico en auge, en especial, a causa de los trabajos de Charles Darwin y Alexander von Humboldt sobre América (Quesada Pacheco, 2001: 20). En cuanto a la descripción de lo social, el autor sostiene que es constante de los relatos de viajeros el presentar al otro como subordinado con respecto al viajero, no solo en el

plano social, sino también en el plano discursivo: “el otro está sujeto a los fines y deseos por los cuales el autor del relato quiere describirlo” (Quesada Pacheco, 2001: 22).

Luis Alburquerque García (2011: 21) indica que, en cuanto a las características formales de los escritos, este tipo de literatura puede considerarse como fronteriza. Ello se debe a que no prima una forma única, sino que puede presentar rasgos de otros géneros literarios, si bien existe cierto predominio de unas formas sobre otras; en especial, “lo factual predomina sobre lo ficcional”. Con todo, también es posible que textos de este tipo cuenten con elementos enteramente ficcionales. De igual manera, predomina la descripción sobre la narración, aunque tales relaciones cambien según la época. Incluso, su carácter fronterizo obedece a que con frecuencia se los considera textos historiográficos, al tratarse de narraciones sobre itinerarios hechos a través de lugares reales. Si bien es cierto que el relato de viajes trata acerca de un recorrido en un espacio concreto, el autor pudo haber puesto en su relato elementos ficcionales, o bien, pudo obviar o exagerar un episodio; de ahí, que a pesar de la supuesta referencialidad atribuida, el texto puede tomarse las libertades propias de cualquier otro género literario, como queda ya anotado.

Alburquerque García (2011: 18) considera oportuno distinguir entre el relato de viajes y la literatura de viajes. Tal diferenciación obedece a que el primero remite a la relación de un viaje realmente efectuado, mientras que el segundo término, a la literatura que trata sobre un viaje, el cual puede ser imaginario o ficticio. A propósito de ello, el autor apunta: “[...] si bien todo libro de viajes se enmarca dentro del ámbito de la literatura de viajes, no toda literatura de viajes queda incluida dentro de los 'relatos de viajes’”.

Desde esta perspectiva, el relato de viaje se caracteriza por tres aspectos: (1.) trata sobre un hecho factual, acontecido realmente, (2.) su discurso es predominantemente

descriptivo, y (3.) prima la objetividad⁵, puesto que se trata de un relato testimonial, que da cuenta de lo que realmente sucedió. Entender este tipo de escritura como testimonial implicaría para Albuquerque García que “el narrador está comprometido con el autor, pues su identidad es plena” (2011: 19). Esto implica un pacto de lectura que llevaría a tomar al narrador como equivalente del autor, y viceversa. Sin embargo, la referencialidad del relato de viaje no obsta para que este posea rasgos literarios (Albuquerque García, 2011: 16-17). De esta manera, por su propia índole, el discurso emplearía figuras retóricas que remitan “a la descripción o ékfrasis, entendida como mecanismo que busca 'poner ante los ojos' la realidad representada” (Albuquerque García, 2011: 17).

Sobre los orígenes del género, menciona algunos textos y autores anteriores a los escritos de Marco Polo como antecedentes de esta forma de escritura, es el caso de Herodoto o Jenofonte, autores de la *Historia* y la *Anábasis*, respectivamente (Albuquerque García 2011: 18-19). De la Edad Media y el Renacimiento, Albuquerque García cita algunos ejemplos de relatos de viaje que han pasado a ser considerados como paradigmas del género; entre ellos, el *Libro de las maravillas del mundo*, del italiano Marco Polo, o la *Embajada a Tamorlán*, de Ruy González de Clavijo (2011: 22). Asimismo, los textos escritos sobre la conquista de América cuentan con rasgos propios del relato de viaje: de estos, el autor menciona el diario de Colón, las cartas de relación, tanto las del propio Cristóbal Colón como las de Hernán Cortés, así como los *Naufragios*, de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, e incluso, toma como parte de este tipo de relatos la producción de Bernal Díaz del Castillo. Todos estos textos, al igual que los relatos de viajes, identifican al autor con dos instancias narrativas, propias de cualquier otro texto

⁵ Al respecto de las ideas del testimonio como realmente acontecido, debe aclararse que todo discurso es subjetivo, y se encuentra mediado por el enunciador del discurso, de ahí que no sea plausible tratar el testimonio como verdad objetiva.

narrativo: el narrador y el personaje. Así, los tres (autor-narrador-personaje) se conjugan en una misma persona (Alburquerque García, 2011: 24).

La carta de relación y el relato de viajes no obedecen a los mismos fines, aunque su asunto sea idéntico: narrar el periplo de un viajero por tierras lejanas. Al respecto, Manuel Gómez (2013: 25-28) considera que las cartas de relación cuentan con una finalidad política, en tanto exhiben una uniformidad de formato y responden a una necesidad de la corte española: informarse sobre las condiciones de sus colonias en el territorio americano. Este es un aspecto que no se encuentra en el relato de viajes, pues este consiste de una narrativa híbrida, en la cual confluye tanto lo histórico y lo científico (lo no ficcional), como lo propiamente narrativo (lo ficcional). Por ello, no resulta sencillo deslindar, en el caso del relato de viajes, lo literario de lo no literario. En cuanto construcción discursiva, el relato de viajes, por su propia hibridez, es de carácter fronterizo y retrospectivo. Lo primero obedece a que el tema principal del relato de viajes consiste en la introducción de un sujeto en una realidad que le es ajena y desconocida: valga decir, el relato de viajes trata del cruce de una frontera por parte de un sujeto (el viajero). Por su parte, el carácter retrospectivo de este tipo de discurso se halla en que “se representa mediante una sistematización de lo memorial, como una forma de rescatar el recuerdo de la vivencia y de la praxis espacial, mediante la escritura” (Gómez, 2013: 29).

Blanca López de Mariscal considera el relato de viajes como un subgénero de la narrativa, elaborado a partir de la interacción del viajero con un espacio, por definición, ajeno a él. López de Mariscal lleva a cabo un resumen de las principales formas que ha tomado el relato viajes durante la Antigüedad clásica y durante el siglo XIX. A criterio de la autora, los relatos de viajes escritos durante la época clásica y la Edad Media se caracterizaron por echar mano de un discurso fantástico, en el que se describían monstruos y seres extraordinarios. Este rasgo se debía a que estas narraciones “acogen

entre sus líneas narrativas, sin cuestionamiento de veracidad, seres y espacios que se habían originado en los cuerpos mitológicos de las diferentes culturas orientales y mediterráneas”. Estos mismos elementos están presentes en los primeros relatos europeos sobre América.

Edmond Cros (2003) estudia las estrategias discursivas que utilizaron los europeos para describir lo desconocido en América. En su estudio, que parte de una de las cartas de Colón, pone de manifiesto los estigmas de los que partieron los europeos para describir al indígena y a la naturaleza americana. Lo extraño se describe a partir de lo que es conocido para el sujeto que observa. Sin embargo, aunque las descripciones parezcan no tener sesgos negativos, pueden configurar un “discurso contradictorio”, formado por “fragmentos de discurso” irreductibles. En las cartas de Colón, Cros encuentra señas de deformidad y exceso y expresiones de lo maravilloso que remiten a las “figuras de lo monstruoso” (López de Mariscal, 2003: 40-41). Ello implica que “en el trasfondo de esta descripción edénica hay un discurso de lo satánico; tanto la una como el otro son, por lo demás, productos discursivos de la noción de lo desemejante, de lo diferente” (López de Mariscal, 2003: 44). Estas características no permiten que el Otro pueda ser representable, si no es por medio de lo monstruoso⁶.

Mary Louise Pratt (2010: 31) estudió la literatura de viajes desde el auge del género en el siglo XVIII hasta las épocas de la globalización y la posmodernidad. El análisis de Pratt se lleva a cabo a partir del concepto de *zona de contacto*, entendida como “espacios sociales” en los que culturas distintas se encuentran, y tal encuentro resulta ser, por lo general, asimétrico. Los encuentros en la zona de contacto (es decir, en las tierras colonizadas por el imperio) produjeron la transculturación del saber a partir del instante

⁶ Para Cros, el Otro (indígena) interioriza lo extraño que, al mismo tiempo, resulta contradictorio (europeo). Ello solo da como resultado figuras híbridas, es decir, al sujeto cultural colonial, en el que se conjugan lo indígena y lo europeo de forma contradictoria e irreductiblemente (2003: 52).

en que los colonizados empezaron a construir su propio conocimiento con las herramientas intelectuales de los conquistadores. Un ejemplo de este proceso se hallaría en Felipe Guamán Poma de Ayala, quien representa la cultura nativa del Perú a partir de los paradigmas españoles: en otros términos, se describe, inventa y representa el mundo propio desde los elementos de la cultura colonizadora. El resultado de este proceso fue que el sujeto colonial tomara los elementos de la cultura europea para explicar a la indígena: de ahí que en este proceso, el resultado fuera un elemento híbrido, que sirviera para autorrepresentarse, y considerarse como un sujeto también híbrido (Pratt, 2010: 32-34).

Debido a la naturaleza de los libros y relatos de viajes, es necesaria una perspectiva desde la cual se observe el mundo que se desea describir y representar, tal posición es la de la figura del *veedor*: el viajero que observa y describe. En el caso de los relatos sobre la colonia, el veedor corresponde con un “sujeto blanco y masculino del discurso paisajístico europeo: aquel cuyos ojos imperiales pasivamente contemplan y poseen” (Pratt, 2010: 35). Esto último implicaría que existe un vínculo muy estrecho entre las acciones de *mirar*, *referir* y *dominar*.

En el caso de América, la autorrepresentación dio como resultado la transculturación, puesto que los otros, descritos por los ojos del yo, se construyen e identifican a sí mismos con el fin de “responder a esas representaciones metropolitanas o para dialogar con ellas”. Esta es la razón por la cual la autorrepresentación, también llamada autoetnografía es, en algunos casos, bilingüe y dialógica. Ejemplo de esto es la *Nueva corónica*, de Guamán Poma de Ayala (Pratt, 2010: 35-36).

En etapas posteriores a la conquista de América, Pratt considera las producciones más importantes para el género y ofrece una clasificación en cuatro grandes tipos: literatura de viajes científica, sentimental, estetizante y de la vanguardia capitalista. La

literatura científica, propia del siglo XVIII, surgió gracias a dos acontecimientos: la publicación del libro *Systema naturae* (1735), de Carl Linneo y la expedición La Condamine, organizada en 1735. Linneo elaboró todo un sistema de clasificación de las especies, que dio inicio a una generación de naturalistas dedicados a explorar nuevos territorios para clasificar las plantas y animales. Por su parte, la expedición La Condamine se organizó para determinar la forma de la Tierra. Esta expedición, conocida con el nombre del sobreviviente que logró regresar a Europa, dio como resultado el informe que se publicó en 1745. Este informe consiste de un escrito que, de acuerdo con Pratt, corresponde a la literatura de supervivencia, más que a un informe científico. Tal clasificación se debe a que su interés consiste en relatar los peligros sorteados y las maravillas vistas en tierras lejanas (Pratt, 2010: 50-52).

Durante la segunda mitad del siglo XVIII, el sistema de clasificación de la naturaleza creado por Linneo se llevó a la práctica como un intento de ordenar y controlar el mundo: “La historia natural afirmó una autoridad urbana, culta y masculina por sobre el resto del planeta” (Pratt, 2010: 84). Esta apropiación científica y moderna recibe el nombre de anticonquista, en razón de su apariencia pasiva, puesto que el naturalista solamente observa y clasifica y no se adueña o apodera por la fuerza. Con todo, el acto de ver legaliza y afirma la apropiación colonial de los lugares que los naturalistas visitan (Pratt, 2010: 110)⁷.

El acto del naturalista en las tierras colonizadas (Pratt menciona a América y África) obedece a un fin utilitario: los expedicionarios que se dedicaron a catalogar la naturaleza vieron los lugares por los que transitaban como habitables, es decir, como vacíos o

⁷ Sobre la literatura de viajes escrita por autores de la Ilustración, Albuquerque García menciona que para esta época, el viaje fue objeto de reflexión por parte de Bacon, Rousseau o Diderot. Así, el viaje fue visto como un elemento fundamental en la formación de los jóvenes, en razón de la necesidad de viajar con fines educativos. Para el caso de España, Albuquerque García menciona como ejemplos del género las *Cartas*, de Jovellanos, o algunos textos de Moratín (2011: 26-27).

abandonados, y al igual que con el espacio, el nativo de las tierras colonizadas también se veía como una entidad vacía que debía llenarse con la cultura occidental (Pratt, 2010: 125). A propósito de esto, la autora apunta:

La voz normalizadora y generalizadora de las descripciones etnográficas de conductas y costumbres es diferente de la de narrador del paisaje, pero la complementa. Ambas están autorizadas por el proyecto global de la historia natural: una presenta la tierra como paisaje y territorio, indagando sus posibilidades; la otra presenta a los habitantes indígenas como cuerpos, cuyas posibilidades también se exploran (Pratt, 2010: 131).

A criterio de Pratt, los libros de viajes “crearon el orden imperial para los europeos [que se encontraban en las colonias] y les otorgaron un lugar dentro de él”. Es decir, los libros de viajes insertaron a las colonias en el esquema construido por el imperio. Tales construcciones discursivas tuvieron como fin fomentar la idea de que las colonias y sus respectivas poblaciones de origen europeo se sintieran parte del proyecto planetario, es decir, de la expansión de las fronteras del imperio (Pratt, 2010: 24). A ello se unió la necesidad, por parte de la metrópoli, de imaginar y “presentar y re-presentar” a las colonias y a sus habitantes, para que los europeos conocieran y supieran de ellos (Pratt, 2010: 25).

Por su parte, la literatura de viajes sentimental narra las experiencias personales de un héroe que “fue protagonista y figura central de su propio relato, que se desenvuelve como una serie de episodios épicos de pruebas, desafíos y encuentros con lo imprevisible” (Pratt, 2010: 149). Este tipo de literatura se halla emparentado con la literatura de supervivencia, al modo de *La Condamine*, y se caracteriza por contar con muy poca descripción, puesto que el interés se halla en las aventuras que vive el protagonista (Pratt, 2010: 151, 169). Por las características apuntadas, no es extraño que este tipo se asocie con mayor frecuencia a la escritura ficcional: el periplo de un protagonista por una región que le es desconocida o adversa es un motivo de la literatura de aventuras: a modo de

ejemplo, puede mencionarse un texto como *La isla del tesoro*, de Robert Louis Stevenson (1883).

El tercer tipo de literatura de viaje analizada por Pratt consiste de los escritos estetizantes de Alexander von Humboldt, en los cuales se describió la naturaleza como portentosa e imponente. Humboldt, acompañado de Aimé Bonpland, recorrió la geografía americana entre 1799 y 1804. A criterio de Pratt (2010: 228-229), los textos de Humboldt inauguran una nueva concepción de América, y con ella, se construye una nueva “conciencia planetaria”. Humboldt describe, a partir del ideario romántico, una naturaleza americana portentosa, “un espectáculo capaz de sobrecoger la comprensión y el conocimiento humanos” (Pratt, 2010: 235). A la par de ello, este viajero consideró el aspecto social desde el determinismo. Esto se debe a que sus ideas sobre la cultura americana están fundadas en el aspecto natural: al ser los americanos pueblos en estrecho contacto con la naturaleza, su cultura y su arte son inferiores a las manifestaciones europeas. Esta teoría reafirma la inferioridad de la civilización americana y se observa con claridad en el texto *Vistas de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*, publicado entre 1810 y 1814 (Pratt, 2010: 247-251) mediante la adscripción al registro de lo salvaje y primitivo.

Para la identidad americana, los textos de este autor guardan especial valor, sobre todo, por su incidencia en los idearios de la formación de los estados independientes y la construcción de las identidades nacionales. Para los procesos de independencia y de fundación de nacionalidades, la figura de Humboldt fue imprescindible: como ejemplo de ello, Pratt menciona la influencia del alemán en las ideas de Andrés Bello, en particular, a partir de la primera publicación del *Repertorio Americano* (1826). Un texto en que se observa esta influencia es “Agricultura de la zona tórrida”.

Para Pratt, los escritos de Humboldt, que forman parte del saber europeo sobre la zona de contacto, fueron transculturados por medio de “un proceso criollo de autoinvención” con el fin de legitimar la hegemonía de los criollos sobre indígenas y demás grupos étnicos de América. La transculturación de Humboldt, de un conocimiento europeo que legitima una posición de los no europeos, no fue, según Pratt, un hecho exclusivo de Andrés Bello, pues la misma postura puede observarse, además, en los poemas “En el teocalli de Cholula”, de José María Heredia, “La cautiva”, de Esteban Echeverría y en *Facundo*, de Domingo Faustino Sarmiento (Pratt, 2010: 317-342).

Pratt sostiene que, después de Humboldt, existió otra generación de productores de relatos de viajes, que describió la zona de contacto a partir de las utilidades comerciales que podría percibir la metrópoli en caso de trabajar la tierra. Tal generación de escritores consiste en la “vanguardia capitalista”, que publica y escribe sus relatos casi al mismo tiempo que Humboldt. Hacia 1810, un grupo de viajeros, en su mayoría, británicos, explora las zonas de contacto con fines económicos (Pratt, 2010: 269-270). Como ejemplos de este grupo, Pratt señala a John Mawe, Joseph Andrews, John Miers, Charles Stuart Cochrane.

En sus textos, Pratt afirma que se puede hallar una nueva retórica de la conquista, en la que el pensamiento neocolonial está presente, puesto que su objetivo es legitimar los proyectos expansionistas de Europa: “en sus escritos, la contemplativa y estetizante retórica del descubrimiento es frecuentemente remplazada por una retórica de conquista y logros orientada hacia objetivos determinados” (Pratt, 2010: 275). Esta es la razón por la cual los textos de la vanguardia capitalista expresan un ansia de progreso y una legitimación de la intervención europea en América y en África, principales zonas colonizadas por la metrópoli durante el siglo XIX.

La vanguardia capitalista observa el espacio como un lugar vacío de significación, del que se puede obtener provecho si se trabaja en él. La autora resume las características discursivas de este tipo de viajeros de la siguiente manera:

El meollo del discurso de la vanguardia capitalista era claro: América debía ser transformada en un escenario de trabajo y eficiencia; su población colonial debía dejar de ser una amorfa y venal masa indolente, carente de ambición, jerarquía, buen gusto y dinero, para convertirse en mano de obra asalariada y en mercado para los bienes de consumo metropolitanos (Pratt, 2010: 286)⁸.

De acuerdo con López de Mariscal, el siglo XIX se caracterizó por la aparición del relato de viajes moderno, cuyo afán fue dar cuenta fiel de lo visto y lo acontecido durante el periplo. Los aspectos apuntados para el relato de viajes del siglo XIX coinciden plenamente con el afán de los relatos de viajes redactados por europeos durante las fechas en que se decidió la independencia de las colonias españolas en América: su objetivo fue informar del territorio por parte de un europeo, pretendidamente superior a lo que observa. Tal planteamiento coincide, en gran parte, con lo apuntado por Mary Louise Pratt, en tanto el relato de viajes del XIX fue un escrito que buscó la fidelidad de lo visto como estrategia económica y de poder. Tal acto, propio del veedor, se llevó a cabo desde una perspectiva de superioridad frente al ambiente y los grupos humanos observados. En este sentido, este tipo de relatos comparte algunos rasgos de las manifestaciones renacentistas y coloniales.

López de Mariscal señala la presencia de prejuicios en los relatos escritos durante el siglo XIX, a la vez que un afán de conquista del territorio que coincide con el de la

⁸ El siglo XIX fue particularmente rico en la manifestación de la literatura de viajes. Pratt anota que simultáneamente a los textos de la vanguardia capitalista, apareció una corriente de mujeres que relata sus viajes por la zona de contacto, pero no desde la perspectiva masculina, sino que se describen espacios domésticos o íntimos, y el exterior acostumbra verse desde esos lugares, cerrados y protectores. Tal diferencia en el discurso con respecto a los relatos de viaje de la vanguardia capitalista “no responde, pues, simplemente a una cuestión de diferentes esferas de interés o pericia, sino a modos diversos de construir el conocimiento y la subjetividad” (Pratt, 2010: 295). En algunos casos, este tipo de relato llegó a constituir lo que Pratt (2010: 308) llama con el nombre de “feminotopías”, es decir, idealizaciones del mundo caracterizadas por la “autonomía, poder y placer femeninos”. Algunos nombres de autoras que produjeron relatos de este tipo son Flora Tristán, María Graham, Mary Montagu y Marie Claire Hooock-Demarle.

“vanguardia capitalista”. Este hecho es aún más evidente en los viajeros no españoles; por ejemplo, en viajeros ingleses, alemanes, y de otras naciones de Europa.

Además de ofrecer una descripción general de los relatos de viaje escritos a lo largo del tiempo, López de Mariscal lleva a cabo una clasificación de los tipos de autor del subgénero. Según la autora, el autor puede tipificarse como autor-testigo, cuando relata un viaje hecho por él mismo y del cual es protagonista; como ejemplo, la autora menciona las cartas de relación de Hernán Cortés. El segundo tipo es el autor-recopilador, el cual escribe sobre viajes que no realizó, sino que redacta a partir de otros textos, como el caso de Pedro Mártir de Anglería. El tercer tipo de autor consiste en el autor-ficcionalizador, que se identifica con el novelista, puesto que su trabajo consiste en la fabulación de un viaje ficticio.

La clasificación de los autores de relatos de viajes que propone López de Mariscal es posible gracias a las precisiones de Quesada Pacheco sobre la imagen que proyecta el autor, de forma consciente o inconsciente en el texto. Quesada (2001: 16-17) afirma que es posible elaborar una imagen del autor, en razón de que el texto ofrece “una fotografía de quien lo compuso”, tal imagen puede verse, de acuerdo con Quesada, en dos niveles distintos: en los aspectos superficiales, es decir, en lo que el relato afirma sobre la biografía del autor, y en los elementos subyacentes del discurso, como las connotaciones y los implícitos.

El discurso del relato de viajes es un aspecto que trata con detenimiento Pratt, puesto que su clasificación se basa en los aspectos discursivos de la literatura de este tipo, López de Mariscal propone una forma más simple de tipificar el discurso de este tipo de textos. A criterio de la autora, el relato de viajes cuenta con dos posibles modelos de escritura: el de la acción, en que prima lo narrativo, y cuyo fin es mostrar el periplo y las

vicisitudes del viajero; y el de la imagen, en el que el recorrido toma un lugar secundario, puesto que el objetivo es describir los lugares recorridos.

A la luz de lo expuesto, el relato de Wilhelm Marr puede ser descrito como un texto que consiste de una autobiografía, escrita por lo que Beatriz López de Mariscal llama el autor-testigo. Además, se hacen evidentes algunos rasgos que lo hacen coincidir con la literatura de Humboldt, dada la fascinación ante el paisaje natural. Al mismo tiempo, los acontecimientos que se relatan lo hacen coincidir con la literatura de la vanguardia capitalista, puesto que el narrador considera, reiteradamente, las posibilidades de colonización y desarrollo con que cuenta Centroamérica y los obstáculos que sería necesario vencer para desarrollar la región.

1.4.2. *La colonialidad*

Mignolo (2010: 56) considera que la colonialidad responde a una concepción que ha configurado el mundo, sobre todo a partir del siglo XVI. En el desarrollo de este orden, fueron descritas las relaciones de los europeos (cristianos), en primer lugar, con moros y judíos, y posterior a la llegada a América, con los amerindios. Ello implica que para el pensamiento eurocéntrico, estos grupos son vistos como los otros, como diferentes. La idea de la colonialidad, desde la perspectiva de Mignolo (2010: 57), da forma al *sistema-mundo moderno*, en que Europa asume un lugar de privilegio, por encima de las demás regiones: la modernidad se concibe a partir de la apropiación colonial de las periferias por parte de Europa. Esto produjo una estructura de poder que legitima la condición colonial de los otros, lo cual organiza y da forma a la *diferencia colonial*.

El autor considera que el Renacimiento europeo desempeñó un papel preponderante en la conformación colonial del mundo: para justificar la conquista y colonización de América, de África y de las demás regiones de la periferia, se recurrió a la “articulación

racional de las diferencias culturales que hace un observador europeo” en función de la tradición europea (Mignolo, 2009: 170). Esto último sirvió como criterio que legitima la superioridad cultural de Europa por sobre las demás civilizaciones, dignas de conquistarse y colonizarse⁹.

La propuesta de Mignolo (2009: 174) lo lleva a proponer el término *semiosis colonial*, mediante el cual postula que el encuentro colonial (por ejemplo, el encuentro primero entre españoles e indígenas, o en un sentido más amplio, entre europeos y no europeos) consiste de un “proceso de manipulación y control más que de transmisión de significado o representación”. De esta manera, el sujeto que participa en el encuentro colonial estaría marcado por una serie de ideas preconcebidas sobre el otro (al cual se le niega su posición de sujeto para asumirlo como objeto).

Por sus propias características, la semiosis colonial da cuenta de una serie de interacciones entre la “producción cultural de miembros de tradiciones culturales radicalmente diferentes” y la (mayor o menor) comprensión de tradiciones culturales ajenas (Mignolo, 2009: 180-181). Asimismo, la semiosis colonial requiere de la coexistencia de culturas, de lo cual resultan las relaciones de poder (Mignolo, 2009: 181), casi siempre asimétricas¹⁰. Por ello, no es extraño que dentro de estas relaciones se encuentre una serie de ideas preconcebidas sobre los otros, las cuales se pueden relacionar con asuntos de etnia, clase y género: resulta usual que en estas relaciones asimétricas se halle oculta e implícita la idea de que una etnia (la europea) sea superior a otra, o bien, se considere a la comunidad dominada como atrasada y bárbara. Ello llevaría a la justificación y legitimación del orden colonial, en el que Europa toma el poder e impone

⁹ Estos aspectos servirían, además, para identificar a la cultura europea como cultura universal y modelo digno de ser seguido e imitado por los demás pueblos. De esto se desprende la identificación de la historia de Europa y su literatura como historia y literatura universales.

¹⁰ Mignolo apunta: “La hermenéutica monotópica sirvió para mantener la universalidad de la cultura europea y, al mismo tiempo, para justificar la tendencia de sus miembros de percibirse como el punto de referencia para evaluar todas las demás culturas” (2009: 190).

un control sobre las colonias con el fin de llevarlas al desarrollo y a la cultura, es decir, a la civilización.

En el estudio de la escritura colonial sobre la periferia aparecen un conjunto de elementos que permiten explicar no solo las condiciones e implicaciones del discurso, sino también el tipo de escritura que se elige para tratar sobre las colonias. Beauchesne estudia las crónicas de la época colonial (tales como los escritos de Cabeza de Vaca), así como ciertos textos contemporáneos que tratan sobre la periferia. No es casual que el discurso elija ciertas formas de enunciación en vez de otras: si el afán del colonizador es el dar fe de lo que ha visto, la crónica o el relato de viajes son modelos discursivos que permiten este tipo de enunciación.

Para la autora, la periferia no es uniforme, sino que dentro del continente americano (continente otro y periférico, desde la perspectiva europea) existen una serie de centros (la Nueva España y Perú, por ejemplo) y una serie de periferias (el Amazonas, en particular) (Beauchesne, 2013: 16). De esta forma, es posible relacionar el discurso de Beauchesne con una idea propia del discurso colonial, que justificó la clasificación de los pueblos en civilizados y bárbaros, y por extensión, la idea del racismo: los pueblos se hallan más o menos desarrollados según su semejanza con respecto a un modelo, indefectiblemente europeo. Así, los virreinos de Perú y Nueva España son un centro con respecto a otros lugares del continente, pues se parecen más a Europa, aunque no sean parte de la metrópoli.

Esta idea le permite a Beauchesne (2013: 20) afirmar que el discurso del colonialismo no es uniforme, puesto que la periferia no es única ni homogénea, sino que dentro de ella pueden existir zonas más cercanas o más lejanas al ideal de civilización¹¹.

¹¹ Esta idea no es nueva, puesto que Hegel postula una tesis semejante: la Historia y los pueblos progresan en un único sentido, de ahí que algunos se hallen más desarrollados que otros. Esta aseveración aparece, por ejemplo, en *Lecciones sobre la Filosofía de la Historia Universal* (1837).

Esta idea permite explicar los mecanismos que llevan a Marr a considerar a Nicaragua de forma distinta que a Costa Rica en cuanto a su desarrollo y progreso: si la primera se encuentra sumida en la barbarie, la segunda se halla un poco más cerca del ideal que Marr lleva en mente sobre la civilización (Marr, 2004: 321).

1.4.3. *Racismo, racialismo y la idea del salvaje*

El relato de viajes de Wilhelm Marr ofrece una visión y una valoración de los negros e indígenas que es posible reconstruir. Tal valoración, que es negativa enumera una serie de concepciones sociales y étnico-culturales en favor del europeo. Ello vuelve necesario dar cuenta del fenómeno del racismo y de su manifestación durante el siglo XIX, época en que, además de Marr, la ciencia avala y legitima la superioridad del blanco, sobre los demás grupos y etnias.

Según Tzvetan Todorov (1991), la posición universalista en las disciplinas etnográficas y antropológicas, es decir, el considerar que existen una serie de ideas o postulados sobre la humanidad que se aplican universalmente, puede implicar una posición etnocéntrica, puesto que en ocasiones se consideran como “universales” los principios de la sociedad a la que pertenece el etnólogo o el científico que estudia las características de la especie humana. De acuerdo con el autor, esta postura universalista fue propia de los siglos XVII y XVIII; en particular, Todorov (1991: 21-22) menciona a tres franceses que ejemplifican lo expuesto: Blaise Pascal, Jean de La Bruyère y François de La Rochefoucauld.

La etnología se encuentra muy relacionada con la presunción de que existe una serie de razas humanas, y por consiguiente, con la idea del racismo, que es el resultado de la clasificación, ordenación y diferenciación de tales razas. Para Todorov (1991: 115), el *racismo* consiste en una forma de conducta, caracterizada por el odio y el menosprecio

de las personas que cuentan con características físicas diferentes de las propias, aunque también el término puede consistir en una ideología sobre las razas humanas; de ahí, que el autor efectúe una distinción entre los términos *racismo* y *racialismo*. De esta manera, el primero consiste en una actitud, una consecuencia de la ideología o doctrina que postula las diferencias entre las personas.

Por ser un conjunto de ideas, el racialismo parte de cinco premisas:

1. Las razas existen entre los seres humanos, así como las hay entre los animales.
Esto se basa en las diferencias físicas entre las personas. Por existir diferentes razas humanas, no es bueno que entre ellas se mezclen.
2. Los aspectos físicos influyen en el plano moral: las diferencias físicas entre razas condicionan tanto lo cultural como lo moral; así, hay razas superiores, con alto grado de desarrollo cultural y moral, y existen otras inferiores, menos desarrolladas, y por tanto, con un menor sentido de la moralidad. Todorov menciona como ejemplo el caso del pensamiento de Buffon (1991: 128)
3. El grupo racial cuenta con la capacidad de influir sobre el individuo de forma visible. Esto implica el determinismo racial.
4. Los valores cuentan con una jerarquía única, en razón de que las características estéticas y morales de un grupo determinado se califican positivamente en tanto sean más próximas a las características del grupo al que pertenece el investigador.
5. La política se encuentra fundada en el saber: a partir de los puntos anteriores, se extrae “un juicio moral y un ideal político” (Todorov, 1991: 119), el cual puede llegar a justificar y legitimar la eliminación o el sometimiento de otros grupos considerados como inferiores.

Hacia la mitad del siglo XIX, cuando Marr viajó y escribió, se desarrolló toda una serie de postulados sobre las razas humanas, que bajo el nombre de ciencia, legitimaron el colonialismo y el racismo. Al respecto, Juan Manuel Sánchez Arteaga (2008) analiza los postulados de la biología humana durante el siglo XIX. Él afirma que tras una apariencia de objetividad positivista se ocultó el prejuicio racista y la superioridad del blanco. Sánchez Arteaga resume las ideas de cinco autores de la época: Carl Vogt, Paul Broca, Thomas Huxley, Ernst Haeckel y Charles Darwin. Tales científicos apoyaron abiertamente la teoría de la superioridad e inferioridad de las razas, debate que en ocasiones estuvo de acuerdo con la poligénesis (considerar que las etnias provienen de especies diferentes). Ello explicaría “las causas últimas de los distintos ritmos en la carrera evolutiva de las razas humanas”, y por tanto, los distintos niveles de desarrollo y civilización.

Para los científicos del XIX, la prueba de la superioridad e inferioridad de las razas fue tan clara que incluso aquellos que aceptaron la monogénesis estuvieron de acuerdo en reconocer las diferencias entre razas (Sánchez Arteaga, 2008: 110-111). De los científicos mencionados por Sánchez Arteaga, Vogt, Broca y Haeckel defienden la poligénesis, en razón de que los tres aceptaron la idea de que las razas humanas provienen de distintas especies de primates. Por una parte, Vogt menciona que fueron dos tipos distintos de monos los que dieron origen a las razas. Por otra parte, Broca además de aceptar esta idea, afirma que la hibridación de especies implicaría la degeneración de las más adelantadas. Haeckel cuenta con un criterio similar, aunque este científico postula la existencia de doce razas diferentes; para demostrar la animalidad de algunas de ellas, presenta pruebas anatómicas, como la existencia de un pie prensil. Estos hechos lo llevan a concluir que resulta inútil incorporar a las demás razas al progreso de la civilización europea, puesto

que tales especies no estarían preparadas para asumir la civilización (Sánchez Arteaga, 2008: 117-118).

Caso revelador es el científico Thomas Huxley, de quien Sánchez Arteaga (2008: 115) afirma que fue un antiesclavista, pues deseaba restituir a los esclavos su condición natural de seres libres, lo que para Huxley implicaría devolverlos a su estatus original, inferior al blanco. De esta manera, aunque Huxley fuera un abolicionista, sus ideas no dejaron de ser sesgadas en favor de los blancos, puesto que la libertad de los esclavos no implicaba la igualdad de condición.

Entre los naturalistas del XIX, sobresale Charles Darwin y sus teorías sobre la evolución. De él, Sánchez Arteaga menciona que justificó y vio como buena la obra civilizatoria de Europa sobre el resto del planeta. Darwin afirmó que la especie humana procede de un tronco común que contaba con subdivisiones. Sus ideas sobre la biología humana se apoyaron en evidencias físicas, como el tamaño de la mandíbula o de las muelas: cuanto mayor fuera su tamaño, más cerca del primate estaría el grupo humano (Sánchez Arteaga, 2008: 119-121). Darwin sentó, con su teoría, las bases del colonialismo, puesto que las razas idóneas, y por tanto, europeas, dominarían los medios de subsistencia y subordinarían a los grupos no aptos (Sánchez Arteaga, 2008: 385). Para Sánchez Arteaga (2008: 384), tal actitud consistió en una violencia simbólica que legitimó las condiciones de violencia física en las colonias. Incluso, este hecho legitimó el genocidio a que se sometió a los pueblos colonizados. En este contexto, Darwin señaló la urgencia de estudiar a los pueblos colonizados, para conocer el estado anterior del hombre, antes de que fueran exterminados por completo.

En resumen, durante el siglo XIX las ciencias legitimaron como verdad empírica la superioridad del blanco sobre los demás grupos étnicos, lo cual sustentó el racismo en nombre de la biología y el naturalismo. Ello no fue exclusivo de las elites europeas;

influyó en intelectuales ajenos a ese círculo: “Ni siquiera los poquísimos intelectuales *no caucásicos* [...] pudieron encontrar otro discurso *socialmente legítimo* para contradecir los dictámenes demenciales de la biología occidental sobre la jerarquía natural de las razas” (Sánchez Arteaga, 2008: 384. Destacado en el original). Tal perspectiva de la metrópoli fue para Sánchez Arteaga (2008: 395), una reelaboración de la creencia religiosa del pueblo elegido: si en la religión Dios eligió un pueblo para que fuera suyo, la ciencia proclamó que la raza blanca, europea, fue elegida por la naturaleza para civilizar el resto del mundo.

Tales ideas, en que se hallan concepciones polarizadas, se expresan a través del discurso, por medio del *cuadrado ideológico*: el discurso se encargaría de resaltar las malas acciones de *ellos* y de mitigar *sus* buenas acciones; y al contrario, el mismo discurso se encargaría de atenuar las malas acciones de *nosotros* y resaltar las buenas acciones de este mismo grupo (van Dijk, 1996: 21).

Esto explica las posiciones ideológicas del racismo: resaltar los aspectos negativos del otro y atenuar los buenos, para resaltar los aspectos buenos del grupo del Yo y disimular los malos. Este hecho no solo se halla en la estructura superficial del discurso, en lo que este dice, sino que puede hallarse, según van Dijk (1996: 26), en las estructuras de la construcción del discurso, en su estructura sintáctica: “las estrategias ideológicas globales de auto-presentación positiva y presentación negativa del otro pueden implementarse al nivel local de las oraciones y secuencias de oraciones”. Esto implica que las estructuras sintácticas subordinadas sirven para atenuar, ocultar o disimular algún aspecto que se desea quede oculto o disimulado.

Para el caso del racismo, el autor, además de lo ya expuesto, sostiene que una representación del nosotros implica una representación de los otros, puesto que el racismo asigna valores específicos a ambos grupos:

el racismo como ideología es, primeramente, sobre quiénes somos Nosotros (gente blanca, europeos, etc.), qué aspecto tenemos, de dónde venimos, qué representamos, cuáles son nuestros valores y nuestros recursos, o sea, cuáles son nuestros intereses, y cómo se relacionan con los del otro grupo específico, esto es, los no blancos (1996: 165).

Los mismos procesos de atenuar los aspectos buenos y de resaltar los aspectos negativos de la cultura a la que no pertenece el autor también se encuentran en el relato de viajes de Wilhelm Marr. En este caso, Marr describe a la sociedad centroamericana con las mismas estrategias discursivas que anota van Dijk dentro del cuadrado ideológico. De ahí, que tanto el racismo como la concepción negativa de Centroamérica en los planos político, económico, social y cultural se opongan a la actitud positiva del autor procedente de la cultura europea.

Sobre el concepto de racismo y su relación con el término *raza*, Pierre Sané y Jérôme Bindé (2006: 325) afirman que, a pesar de que de forma científica se ha podido constatar la inexistencia de razas en la especie humana, el racismo persiste y se ha transformado: en vez de distinguir entre los distintos colores de la piel, ahora se distingue entre culturas y costumbres. Esta es la razón por la cual Bokolo menciona que, en la actualidad, la raza designa un concepto cultural (Sané y Bindé, 2006: 349). Por ello, el racismo además de una discriminación o separación en función del color de la piel, también puede fundamentarse en las diferencias de costumbres, civilización y creencias (Kahn, 2006: 341). Axel Kahn sostiene que la comprobación de una gran semejanza genética entre grupos humanos separados por largas distancias comprobó que las razas no existían, y con ello, el racismo no tenía justificación científica alguna; sin embargo, Kahn (2006: 339-340) afirma que tal idea cuenta con un sesgo, puesto que dejaría pensar que si las razas existieran, el racismo sí sería justificable; de ahí, que el fundamento de existencia y preservación del racismo sea la cultura. Así, el racismo, en general, ha diferenciado a los grupos humanos en función de dos aspectos: el color de piel (tal como

sucede entre blancos y negros) y la cultura. Este segundo tipo de racismo es propio de la época contemporánea, en que el proceso de globalización suscita diferencias notales entre quienes cuentan con acceso a esa cultura globalizada y quienes no lo tienen.

Para mostrar los orígenes del racismo, Mbembe (2006: 343) afirma que tanto la creencia como el conocimiento participan en la construcción de este, puesto que ambos influyen en la construcción de juicios y valores. Según Mbembe, el racismo consiste en “la duda activa, práctica e imaginativa respecto a la proposición según la cual toda vida humana, en sí misma y por sí misma, equivaldría, tendría el mismo precio, la misma densidad y el mismo valor”, por ello, el racismo corresponde a una práctica de la imaginación (2006: 347).

El contexto en que se desarrolló el viaje de Marr estuvo marcado por la pretensión de superioridad racial europea. Ello explica el que las descripciones de las personas estén sesgadas: para Marr, el centroamericano resulta inferior a él, que se designa como miembro de la sociedad civilizada, europea y superior frente a los demás pueblos y culturas. No obstante, resulta necesario explicar que uno de los antecedentes de la división entre seres inferiores y superiores está presente en las concepciones europeas, anteriores a la conquista de América, sobre el salvaje y el caníbal. Bartra (2011: 15) afirma que la idea de un hombre salvaje e inculto (el *homo silvestris*, *homo sylvaticus* o el *homo agrestis*) resulta muy antigua dentro de la cultura europea, en tanto se halla presente en Europa desde antes de la expansión colonial. Ello se debe a que el ideal de una civilización y una cultura también implica la definición de su opuesto, es decir, de un estado de cosas salvaje y de un hombre que se halla fuera de esa cultura (Bartra, 2011: 12). En este sentido, el salvaje consiste de una idea aplicada “a los pueblos no europeos como una transposición de un mito [...]” (Bartra, 2011: 15).

Bartra (2011: 21-22) demuestra que existió una idea del hombre salvaje en Grecia, en donde se lo consideraba un ser alejado de la *paideia* (y por ello, contrario a los ideales griegos), un ser distante del *logos*, es decir, se trataba de un ser irracional, e incluso, incivilizado o no domesticado; de ahí que se lo pueda describir como desobediente y rebelde, como un ente en el cual prima el instinto sobre la razón. Además de estas características, el salvaje también es opuesto a la civilidad, y por ello, constituye un ser comúnmente descrito como desnudo, puesto que el vestido es un elemento asociado con la urbanidad y la cultura (Bartra, 2011: 153). Por esta razón, su figura se tomó como punto de referencia para poder definir los ideales de conducta, costumbres y maneras propias del hombre que vive dentro de la cultura, y por ello, en la *polis*.

A pesar de esta descripción, el salvaje no cuenta con una única faceta, sino que puede ser una figura contradictoria, que conjugue dos caras: una “maligna y feroz” y otra “noble y pura”, próxima a las ideas sobre el buen salvaje. Como ejemplo de un salvaje de la cultura griega con esta última faceta, Bartra menciona al centauro Quirón, quien aprendió las prácticas de la medicina, la música y las artes adivinatorias (2001: 22-23)¹². Para la cultura griega, el salvaje era una condición individual, en la que el sujeto podía degenerar si se alejaba de la *polis*, y se sumía en la bestialidad (Bartra, 2011: 25). Esto implicaba que la ciudad (centro de cultura, orden y civilización) era un lugar muy delimitado, definido en función de su opuesto, en tanto estar fuera de ella significaba vivir en medio del instinto y de la bestialidad (Bartra, 2011: 29).

No resulta extraño, entonces, que la naturaleza también haya sido vista por los romanos como una amenaza a la cultura (propia de la ciudad) (Bartra, 2011: 51) y haya servido como punto de partida “para establecer una serie de significados supuestamente

¹² La idea del buen salvaje vuelve a aparecer en el siglo XVIII, en Rousseau, como opuesto al *homo ferus*, descrito por Linneo como una de las razas o familias en que se podía clasificar a los seres humanos (Bartra, 2011: 15), de ahí que la idea del salvaje pueda asociarse con la distinción del ser humano entre inferiores y superiores, y con la idea del racismo.

externos a la sociedad” (Bartra, 2011: 102). E incluso, no es casual que la naturaleza haya sido relacionada con la barbarie, aunque en épocas posteriores (en la tradición cristiana medieval) se la considere un lugar en el que se puede hallar la redención y la salvación del alma, ejemplos de esto último son las imágenes del ermitaño o asceta (Bartra, 2011: 51-52); Bartra menciona como ejemplo de ello una versión de la hagiografía de San Juan Crisóstomo (2011: 83-88), aunque la tradición cristiana medieval cuenta con más ejemplos, como el caso de Santa María Egipciaca.

Por su parte, Jáuregui (2008: 49) considera que lo monstruoso y lo bárbaro fueron parte integral de la idea de América desde la época de la conquista. El propio Colón mencionaba la posibilidad de que en el Nuevo Mundo vivieran hombres con cabeza de perro o con algunas características monstruosas para el pensamiento europeo. Tales ideas fueron de capital importancia para “la construcción de Occidente como centro geopolítico y lugar de enunciación privilegiado”. De esta manera, al indígena se lo asoció con la figura del salvaje, presente en Europa desde antes de la llegada de Colón a América (Jáuregui, 2008: 50)¹³.

A criterio de Jáuregui, las características atribuidas por los europeos a la otredad obedecen a un conjunto de ideas, provenientes de los modelos grecolatinos de pensamiento: la distancia geográfica con respecto a Europa (en las antípodas, por ejemplo), la presencia de un lenguaje menos desarrollado y aparentemente sin escritura (la lengua bárbara), la carencia de una cultura sofisticada y la presencia de lo teratológico. Tales ideas estaban fundadas, por ejemplo, en los escritos de Homero, Heródoto, Marco Polo, San Isidoro de Sevilla, entre otros autores (Jáuregui, 2008: 52).

El salvaje no es una figura unitaria, también cuenta con una contraparte, contradictoria a primera vista: el buen salvaje, que forma parte de las ideas fundacionales

¹³ Jáuregui agrega lo siguiente: “Producir el Nuevo Mundo como lugar epistemológico implicó la aplicación del imaginario de la mismidad a la significación de lo desconocido” (2008: 51)

de la Modernidad. Tanto el buen salvaje como el caníbal conforman una misma unidad: el otro como ser al que es necesario conquistar, primero en cuanto a un aspecto abstracto (para la salvación del alma), y luego, en cuanto a un aspecto concreto (como fuerza de trabajo). En ambos casos, tanto el buen salvaje como el caníbal fueron justificaciones de la apropiación colonial (Jáuregui, 2008: 72), que obedecieron a los intereses y conveniencias del conquistador: el salvaje podía ser bueno o no, según sea dócil o rebelde a la dominación. Por ello, Jáuregui afirma que “*Edén y Canibalia se complementan*” (2008: 72. Destacado en el original).

Para este crítico, el hecho de calificar a los indígenas como caníbales fue parte de la construcción de la otredad, de un sujeto susceptible de ser dominado, lo cual justificaría el expolio y la expansión colonial (Jáuregui, 2008: 87). Por esta razón, la designación de los indígenas como *canibales* se hallaba en función de los intereses y las conveniencias de las encomiendas (Jáuregui, 2008: 79), de la expansión colonial y del comercio atlántico (2008: 105). De esta manera, la figura del salvaje responde a una idea que fundamenta la Modernidad y justifica la apropiación colonial de los pueblos no europeos en razón de su salvajismo, canibalismo y falta de cultura y desarrollo. A lo largo del relato de viajes de Marr, resulta notorio que la descripción de los indígenas se halla en función de un tópico que responde a sistemas de pensamiento anteriores al siglo XIX: en tanto se remite a la idea del buen salvaje, esta idea del otro como bárbaro no es utilizada solamente para referirse a los indígenas, sino también para describir a los criollos. El nicaragüense resulta animalizado por el viajero, por medio de una figura que remite al racismo, en tanto el viajero se considera racialmente superior a la población de Nicaragua.

1.4.4. La representación

De acuerdo con Felipe Victoriano y Claudia Darrigrandi (2009: 249), la representación consiste en un “acto cognitivo por medio del cual se produce un signo o símbolo que se instaura como el ‘doble’ de una presunta ‘realidad’ o de un ‘original’”. Esto implica que la representación interpreta un objeto o realidad, un *referente*, al mismo tiempo que lo trae al presente: lo re-presenta. Al volver a presentar a un referente específico, la representación consiste de una restitución artificial, puesto que no se trata del referente en sí mismo, sino de su doble, de su simbolización. Esta es la razón por la cual Chartier afirma que la representación supone una ausencia; es decir, una construcción o manifestación de un acto de reemplazo, al tiempo que se trata de la exhibición de una presencia (Victoriano y Darrigrandi, 1996: 57-58).

Para ambos autores, este término se encuentra relacionado con el estudio de la sociedad y la cultura, ámbitos en los que se lo relaciona con las “constelaciones simbólicas destinadas a regir el orden de los discursos y de las prácticas sociales” (Victoriano y Darrigrandi, 2009: 250). Desde esta perspectiva, la representación, además de restituir una imagen o realidad ausente, también designa a las estructuras desde las cuales los sujetos interpretan y comprenden el mundo: es decir, la representación remite a la cosmovisión de los individuos.

A partir de estas ideas sobre la representación, es consecuente afirmar que esta es portadora de significados, y con ello, forma parte de “prácticas sociales y culturales que involucran un referente [...]; unos agentes que realizan la representación a partir de cierta ideología en un contexto histórico-social determinado, y finalmente; unos receptores que, en el acto de recepción, perciben e interpretan dicha representación” (Victoriano y Darrigrandi, 2009: 250). El proceso descrito no es ajeno a las circunstancias históricas y

sociales en las que se encuentran tanto el agente como los receptores, sino que es un proceso mediado por las condiciones histórico-sociales de los individuos.

El papel del aspecto histórico y social se encuentra subrayado por Chartier (1996: 50-51), quien le concede especial importancia a las estrategias de lectura y a la distinción entre el *mundo del texto* y el *mundo del lector*. Esta distinción se debe a que el proceso de lectura lleva a cabo una construcción, determinada históricamente, sobre el sentido del texto, de ahí que el sentido que se le otorgue a una representación no es, en modo alguno, estático, sino que se trata de un significado variable según el tiempo, las condiciones históricas y las comunidades que lleven a cabo dicho proceso de lectura.

En cuanto a la inteligibilidad de la representación, Chartier (1996: 58) plantea dos condiciones necesarias para que la relación entre el referente y el signo visible que lo representa sea plausible: en primer lugar, el autor apunta el “conocimiento del signo como signo”, esto es, lo que representa al referente debe ser convencionalmente reconocido en su condición de “representante”; y en segundo lugar, debe existir un conjunto de convenciones que rijan la relación entre este y lo representado. En otros términos, debe existir una relación lo suficientemente clara entre el texto y su referente, y al mismo tiempo, el texto debe ser reconocido como medio por el cual sea posible transmitir una representación, y con ello, construir una imagen del mundo, una cosmovisión propia del agente, del escritor del texto. Por ello, la representación se encuentra estrechamente relacionada con un sistema articulado de imágenes, que conforma el discurso y que le otorga a este un contenido cultural, puesto que las imágenes propias de un discurso son compartidas por un grupo social o una cultura. Los tópicos que utiliza Marr para representar textualmente a la región forman, en realidad parte de la “constelación simbólica” del autor: son, en su mayoría, concepciones presentes en el pensamiento europeo, por ejemplo, la idea del hombre salvaje, el caníbal, la Arcadia, el trópico como

peligroso, entre otras ideas, forman parte de los repertorios culturales del siglo XIX, a partir de los cuales se representó la región centroamericana.

1.5.Procedimientos de trabajo

Para estudiar la representación de Centroamérica construida en el relato de viajes de Wilhelm Marr, se proponen los siguientes métodos de análisis:

- a. El estudio parte de una lectura heurística del texto, en la que se describen los aspectos que lo conforman. Se realiza una aproximación preliminar de algunos elementos del texto: temas y procedimientos de representación, entre otros. Ello implica que esta parte trata la superficie del relato. Por su propia índole, este abordaje textual será de carácter descriptivo.

Para efectos de la lectura del texto, debe considerarse el hecho de que el relato de viajes se ha leído desde dos perspectivas, en apariencia, opuestas: puede tratar sobre una realidad concreta (una escritura referencial) o puede tratar sobre una condición posible de la realidad, construida a través de la verosimilitud (ficcionalidad). Por sus propias características, el relato de viajes puede contar con ambas formas de enunciación: el relato pretende dar cuenta de las condiciones reales de un lugar específico, aunque también puede recurrir a la fabulación o la exageración. Tal manera de entender el relato de viajes y a literatura que trata de lugares alejados se encuentra en Albuquerque García (2011), Gómez (2013) y Trousson (1995).

En cuanto a los procedimientos de representación, debe tomarse en cuenta que la escritura del relato de viajes posee la particularidad de ser una escritura sobre el individuo en la cual, el enunciador es protagonista de su propio discurso. Por esta razón, el relato también conforma una escritura sobre el otro. A este

segundo aspecto se asocia un tercer elemento: el relato de viajes es una escritura que da cuenta de las relaciones coloniales entre centros y periferias, de ahí que sea una escritura que trata sobre las relaciones coloniales de un momento determinado. Para ello, resultan de especial utilidad el concepto de *veedor* (Pratt, 2010), las ideas de Mignolo sobre la colonialidad (Mignolo, 2009, 2010), así como las ideas de Sloterdijk (2007) sobre la cartografía colonial.

- b. El segundo aspecto se refiere al tipo de representación creada por el autor y la concepción que el viajero posee sobre la sociedad europea. Este abordaje se lleva a cabo mediante el análisis de las opiniones y los juicios emitidos por el autor dentro de su discurso, así como del examen de las implicaciones ideológicas con que puedan contar tales opiniones y juicios. El análisis textual es empleado para interpretar los procedimientos discursivos con los cuales se construye la representación de la naturaleza y de la sociedad centroamericana. Ello permitiría poner de manifiesto el tipo de mirada que lleva a cabo el viajero para representar las condiciones de Centroamérica durante la mitad del siglo XIX.

Para comprender la representación de la naturaleza se recurre a la noción de lo *no humano* de Descola (2010) y a la concepción del trópico como lugar idílico o amenazante presente en Stepan (2001). En cuanto a la concepción de la cultura y la representación de las sociedades centroamericanas, resulta útil la idea del salvaje (Bartra, 2011) y el caníbal (Jáuregui, 2008), así como los planteamientos sobre el racialismo y el racismo (Todorov, 1991; Kahn, 2006; Rodríguez Sancho, 2008). Para poner de manifiesto el ejercicio de la mirada se recurre a las ideas de Crary (2008), a los planteamientos de Mignolo (2009) sobre la

semiosis colonial y las ideas de Haraway (2015) sobre las condiciones de la mirada colonial y sus manifestaciones.

- c. Asimismo, gracias a la investigación bibliográfica y a la consulta de fuentes de carácter historiográfico, se establecen relaciones entre el texto y el contexto en que se desarrollaron la producción del relato y el recorrido de Marr por Costa Rica y Nicaragua. Esto permite determinar las características y condiciones de Centroamérica hacia la mitad del siglo XIX y sus vínculos con el relato de viajes. Resulta significativo el hecho de que el contexto de producción del relato estuvo marcado por un afán de colonización: se consideraba oportuno analizar el lugar en donde sería conveniente la construcción de un canal interoceánico en Centroamérica, al tiempo que se visitaba la región ístmica con objetivos científicos. Para este hecho, resultan útiles las ideas de Zeledón Cartín (2014), von Houwald (1975) y Fernández Guardia (2002); asimismo, son significativas las polémicas en torno al relato de viajes de Marr, en las cuales participaron Alvarado Quirós y Guardia Quirós (1938).

CAPÍTULO I

LA REPRESENTACIÓN DE LO NO HUMANO

Capítulo I

La representación de lo no humano

En este capítulo se desarrolla el estudio de la representación que Wilhelm Marr elaboró en su relato de viajes sobre los aspectos no humanos de Centroamérica (fauna, flora, condiciones climáticas y territorio, entre otros). A grandes rasgos, en el relato de viajes de Marr se hallan dos maneras de entender el entorno natural: este es peligroso, hostil y adverso para el ser humano; o bien, es atrayente, idílico y edénico. Esto último permitiría establecer una relación entre el relato de viajes y ciertos tópicos propios de la literatura utópica, como la Arcadia y el Edén. Incluso, la representación de estos aspectos, a lo largo del relato, no es uniforme, puesto que, en general, las descripciones permiten diferenciar las condiciones del territorio nicaragüense de las del territorio costarricense. Por ello, este capítulo se divide en dos grandes apartados: los elementos no humanos descritos por el viajero en Nicaragua y los descritos en Costa Rica.

1.1. Las ideas previas al viaje acerca del Istmo

Las intenciones y los objetivos que llevan a Marr a visitar Centroamérica no están tan claros; sin embargo, el narrador afirma que viaja a Nicaragua en una misión diplomática del Senado de Hamburgo. Este encargo consistiría en inspeccionar “los distintos consulados hanseáticos en una misión secreta”, sobre la cual el senado le enviaría instrucciones una vez llegado a Nicaragua (Marr, 2004: 75). En principio, se trató de una estrategia que le permitió realizar su recorrido con cartas de recomendación para todos los gobernantes del Istmo. Según se señala en el texto, el doctor Ludwigh¹⁴, que se encuentra con Marr en Nueva York, le prometió que le conseguiría tales cartas de recomendación (2004: 83).

¹⁴ Aún no se cuenta con datos sobre su vida.

Los alemanes con quienes el viajero comparte expresan algunas ideas sobre Nicaragua que permiten considerar a ese país como un lugar incivilizado, en el cual predomina la barbarie. Sin embargo, esta representación de Nicaragua no es la única con la que se encuentra el viajero, pues si Centroamérica es descrita como un lugar salvaje, también cuenta con un gran potencial económico:

Además del Dr. Ludwigh me encontré ahí con otros alemanes cultos, pero estos se esforzaron en amargarme el té que nos ofreció la señora de la casa, con descripciones espeluznantes sobre Nicaragua. Julius Fröbel había regresado hace poco, dijeron, y estaba guardando cama por turno, una vez con fiebre y otra vez por úlceras a causa del clima [...] La canalización sería pura estafa del señor *van der Bilt*, el robo y el asesinato eran la regla, en breve, con tranquilidad se me estaba excavando la tumba (Marr, 2004: 83. Destacado del original).

A esta imagen negativa se opone la opinión de uno de los alemanes, el viajero Möring, quien considera que Centroamérica era “el nuevo emporio del sur” (2004: 83). Empero, la visión de Centroamérica más común es la primera. Ello quiere decir que la concepción del Istmo, desde la mirada europea, es la de una tierra salvaje, insalubre, violenta y en la cual se está propenso a morir por causa de las enfermedades o de los salteadores de caminos. Incluso, en la región dominaría, de acuerdo con esta perspectiva, el robo y la estafa: el proyecto de construcción de un canal interoceánico es una empresa que no se llegaría a concretar, a pesar del potencial y de la posibilidad de desarrollar la región: el *nuevo emporio del sur* es una zona que, según lo dicho, debe civilizarse mediante la intervención de Europa y Estados Unidos.

Considerar que Centroamérica es una región violenta, bárbara y salvaje implicaría dudar del proyecto en que cree Marr y, en general, la cultura europea: no se podría llevar la civilización al territorio ístmico, en razón de que la zona no permite que la civilización se desarrolle en ella. Por esta razón, en el pensamiento que el viajero presenta en su relato, es claro que Centroamérica sería una región bárbara por naturaleza y sin posibilidades de desarrollo cultural o económico entendido a la manera de Estados Unidos y Europa.

A pesar de que el viajero no expresa explícitamente su objetivo al viajar a Centroamérica, puesto que desde el inicio del relato tal decisión se atribuye a un estado de ánimo indefinido, existen algunas expresiones en las que aparecen intenciones detrás del viaje, es el caso de su participación en el proyecto de la construcción del canal interoceánico. Sin embargo, este proyecto acaba sin concretarse, debido a que los proyectos en América, con frecuencia, resultan imposibles de ejecutar:

En Hamburgo y Nueva York había hecho contactos de negocios; de manera vaga esperaba hacer mi nombre inmortal en la obra grandiosa del canal; pero, una vez con el pie en este suelo americano desesperadamente prosaico, casi todos los planes, proyectos e ilusiones se esfumaron (Marr, 2004: 91).

El viajero considera que en el lugar en que se halla las pretensiones y proyectos no llegan a emprenderse. Este hecho justifica la conducta del viajero ante la vida laboral y económica que lleva: se despoja de sus pertenencias y de sus recursos, pues “la mayoría de los inmigrantes solo salen adelante cuando ya no tienen nada” (2004: 91). A partir de esta determinación, el viajero se dedica a probar suerte poco antes de embarcarse hacia Centroamérica, pues en Estados Unidos “no hay prejuicio sobre ningún trabajo [por ello] es fácil defenderse si uno no mira ningún empleo con prejuicio” (2004: 96).

1.2.El viaje de Nueva York a Nicaragua

Después de estar cerca de dos meses en Nueva York, Marr parte en una pequeña embarcación rumbo a Centroamérica el 15 de octubre de 1852. El afán de confiar en el azar aún se encuentra presente en el texto, pues el viajero afirma que va a visitar una zona completamente desconocida y en donde nadie sabía de él (2004: 99). De camino a Greytown, Marr se encuentra con un antiguo marinero de Nueva Orleans. De este encuentro, resulta interesante la manera como ambos conciben el trópico, lo cual le permite al viajero expresarse sobre el tipo de discurso que él mismo produce: el hombre viaja con la intención de establecer un negocio de importación de frutas a Nicaragua desde

Jamaica, el proyecto consistiría en importar “*all kind of fruits, pineapples, bananas, platains, mangos, oranges, etc*” (2004: 102. Destacado y en inglés en el original).

La respuesta sorprende a Marr por dos razones: en primer lugar, él afirma haber pensado que las frutas de la zona tropical se consiguen con completa facilidad, y en segundo lugar, la sorpresa del viajero se debe a las consecuencias de la lectura de relatos de viajes:

¡Esa fue la consecuencia de haber leído libros y reportes de viajes! Los entusiastas que meten sus narices en un país lo exageran todo, lo bueno y lo malo y confunden al lector. Antes de mi partida conocí a algunos que me contaron cosas fabulosas, que habían visto todo rosado y también vieron crecer piñas al lado del camino. ¡Ahora oí, para sorpresa mía, que traían las frutas y verduras, desde unos cuantos centenares de millas, hacia un mercado en la costa que me habían descrito como el suelo más fértil del mundo! (Marr, 2004: 102-103).

A partir de estas ideas es posible notar la calificación que Marr le otorga al relato de viajes, y con ello, a su propio discurso: el relato de viajes resulta, de esta forma, un género dado a la exageración, y con ello, a la mentira; además, tiende a confundir a sus lectores y los hace creer hechos inverosímiles o que se encuentran fuera de lugar. Por esto, confunde a los lectores. Ejemplo de esto último, para Marr, es la intención del marinero de Nueva Orleans, quien desea importar frutas del trópico a un lugar en el que, en principio, debe encontrarse ese tipo de alimentos.

Esta situación permite dilucidar algunos aspectos sobre los estereotipos de la zona tropical, así como de los relatos de viajes, previos a la publicación del relato de Marr. El estereotipo sobre el trópico que aparece se refiere al imaginario de la abundancia: parece ilógico importar alimentos que se pueden encontrar en el lugar. Si Nicaragua está dentro de la zona tropical, sería de esperar que produjera los frutos que podrían hallarse en el resto del trópico, aun si fuera en las islas. En segundo lugar, el viajero expresa su opinión, en general, sobre los relatos de viajes que tratan acerca del trópico y sobre quienes los escriben: en ellos, la fabulación y la invención priman sobre lo referencial y la descripción

más apegada a la realidad, de ahí que la exageración sea un recurso frecuente en ellos. Por su parte, quien viaja a otros países es un entusiasta, que más que un cronista, resulta ser una persona que escribe fábulas; con ello, Marr asocia al relato de viajes, sobre todo, con la ficción y la literatura, antes que con la historiografía y el quehacer científico, puesto que el componente ficcional de los relatos de viajes permite afirmar hechos que no son ciertos ni comprobables.

La primera impresión que Marr describe sobre el trópico se encuentra marcada por la idea de lo agradable y de lo placentero. Ello permite asociar esta primera impresión con la idea del Edén: el paraíso terrenal está en América. Después de cruzar el Golfo de México, el viajero expresa no haberse sentido tan a gusto, a esta idea se le une la belleza del trópico y la quietud:

No puedo recordar haberme sentido nunca tan placenteramente como aquella mañana. Con 75 grados (Fahrenheit) en el aire, echado a lo largo en la cubierta y con la cabeza apoyada en las manos, deseé ser pintor para poner en lienzo esta monotonía sencilla y bella (2004: 106).

A la idea de la belleza tropical y la tranquilidad de su clima se une la del relajamiento de las costumbres y de las maneras de la tripulación del barco. Esta es la primera ocasión en la que Marr se detiene a describir las actitudes de sus compañeros de viaje hacia Nicaragua, pues las referencias a este aspecto son inexistentes antes de este punto. Una vez en el trópico, la tripulación parecía propia de un barco pirata, y hasta él mismo empezó a descuidar su aspecto, al deshacerse de “toda la ropa innecesaria” (2004: 107). Ello puede interpretarse como una característica del trópico: las costumbres se vuelven más relajadas: el ambiente tropical degrada, incluso, al hombre superior, en oposición a los demás lugares, por ejemplo, Europa y Estados Unidos.

Otro aspecto que permite caracterizar el lugar al que Marr viaja es la descripción del océano durante la noche. Al tratar sobre cómo se encontraba el cielo nocturno en el mar, el viajero construye un discurso en el que predominan las ideas de lo impulsivo, lo

fuerte y lo grande. En otros términos, el viajero asocia la región tropical de América, es decir, a Centroamérica con lo impulsivo, y con ello, la considera como opuesta a los Estados Unidos que están asociados con la idea de producción, actividad y pragmatismo. Al mismo tiempo, el Istmo resulta opuesto a Europa: “[...] No podía quitar la vista de los maravillosos relámpagos, de las extrañas formas que los cientos y cientos de rayos proyectaban en el cielo. Ya parecía el estallido repentino de un volcán [...] ya corría de un lado a otro como un enredo de serpientes fogosas” (Marr, 2004: 107).

Más adelante, cuando la embarcación llega a las costas de Jamaica, Marr declara parte de los posibles intereses que justifican su viaje. Esta nueva manifestación de los objetivos del viajero se encuentra marcada por tres ideas básicas: (a.) el afán de lucro a través de la fortuna, (b.) el conocimiento de las mujeres criollas e indias, y (c.) radicarse al frente de una plantación. En esta última razón aparece de forma clara una de las concepciones que el viajero posee sobre el género y la relación de matrimonio: “Se enamorará de mí una criolla rica, me regalará su bello corazón y sus plantaciones aún más bellas, y yo me apasionaré y aceptaré el corazón y la plantación y ella estará encantada de recibir como tirano de la casa a un ‘*most distinguished writer and traveller*’” (2004: 108. Destacado y en inglés en el original).

De esta manera, es posible afirmar que la región centroamericana es un lugar exótico en el cual es posible hallar el amor y la riqueza. Asimismo, es posible determinar las relaciones de género del viajero: la vida matrimonial implica una relación desigual en la que el hombre es un tirano que somete a la mujer. Además, el mundo centroamericano es pasivo y femenino, listo para ser poseído.

Al llegar a la costa de la Mosquitia, es notorio que el viajero mencione la idea de lo vacío y de lo inculto. A primera vista, la tierra se encuentra virgen y deshabitada. A ello se une el comentario del capitán de la embarcación, quien califica a la tierra como maldita

e insalubre: “Estaba de pie en el alcázar y me maltraté los ojos a través del telescopio, buscando huellas de presencia humana. En vano traté de encontrar por los menos los mástiles de unos barcos” (2004: 114-115). Esta idea permite formular una justificación de la apropiación colonial: el vacío legitima el usufructo de una tierra que no pertenece a nadie.

El prejuicio de que la Mosquitia es tierra maldita permite a Marr expresar algunas ideas sobre el carácter de los centroamericanos, las cuales resultan significativas en tanto remiten a la construcción de una imagen sobre el hombre europeo, como fuente de cultura y de luz, mientras que los habitantes de Centroamérica aparecen calificados como incultos que llevan una vida vacía:

[...] encontré gran tranquilidad en la presunción europea de que en una tierra maldita los hombres debían unirse agradable y cariñosamente y solo me preocupaba porque temía que la gente a la que iba dirigido no me dejaría ir otra vez. Yo, un europeo culto, les debería parecer como un oasis en el desierto de su vida (Marr, 2004: 115).

Esta calificación de Nicaragua lleva al viajero a dudar sobre el verdadero potencial económico y comercial que se le atribuye a Centroamérica, sobre todo por la construcción del canal a través del río San Juan y el Lago de Nicaragua. El viajero continúa la descripción de la costa con la comparación entre lo que pudo apreciar en Estados Unidos y lo que observa de Greytown: “Allí, en altamar frente a Nueva York, toda la actividad de un joven gigante que siente su fuerza, la acumulación de todo lo nuevo en el Nuevo Mundo [...] Aquí ondea un sudario verde abundante, un silencio inquietante que me causaba escalofríos” (2004: 115). Es decir, si a Nueva York se la describe a partir de la novedad, la actividad y el movimiento, Greytown, además de ser una tierra maldita, está asociada a la muerte y el silencio, puesto que todo lo cubre un sudario.

1.3. La naturaleza en el territorio nicaragüense

Al describir su arribo a Nicaragua, al puerto de Greytown, Marr presta atención al mostrar una tierra que se halla en estado virgen. Por ello, Centroamérica sería, desde esta perspectiva, un territorio que no ha sido tocado por la mano del hombre europeo, pues el viajero no encuentra, por más que busca, signos de civilización o de cultura europea. Es revelador que la primera idea sobre Nicaragua remita al vacío y lo inculto, es decir, al estado natural y salvaje. Sobre este aspecto, Marr escribe lo siguiente: “Estaba de pie en el alcázar y me maltraté los ojos a través del telescopio, buscando huellas de presencia humana. En vano traté de encontrar por los menos los mástiles de unos barcos” (Marr, 2004: 114-115).

En esta circunstancia, la naturaleza se asocia a la muerte: si no existe civilización en Greytown, lo que hay es muerte y vacío: “Aquí ondea un sudario verde abundante, un silencio inquietante que me causaba escalofríos” (2004: 115). Por tanto, Nicaragua acaba siendo una tierra sin vida, lo cual se opone a las intenciones de construir un canal interoceánico en Nicaragua, y con ello, a los intentos de llevar a ese país la civilización. De este modo, la naturaleza en Nicaragua es un componente hostil, opuesto a la civilización, la cultura y los intereses y proyectos del ser humano moderno.

No es de extrañar que a este aspecto se una la idea de la enfermedad. Al iniciar su viaje en piragua a lo largo del río San Juan, el relato va a presentar una serie de valoraciones y juicios sobre la naturaleza que define a esta como productora de enfermedades. Al describir las dos orillas del río, el viajero menciona que la ribera izquierda del río se encuentra llena de manglares

entre cuyas raíces aéreas descubiertas, que semejaban haberse agarrado como arañas en el suelo pantanoso, durante la marea alta se acumula todo aquel lodo y desechos vegetales, cuya evaporación produce los gases que provocan la fiebre, a causa de la cual la costa tiene tan mal renombre (2004: 137).

La región centroamericana es calificada en función de las características naturales, como una zona insalubre. Este rasgo se encuentra unido a la idea de que el medio natural es hostil al ser humano, no solo por los vapores que provocan la fiebre, sino también por los animales y alimañas que proliferan en la región. La cantidad de alimañas es tal que una de las principales características con que se describe el San Juan es el exceso de ellas:

La noche que siguió a este día fue una de las más horribles que jamás he vivido. Después del anochecer, los mosquitos y zancudos nos atacaron a miríadas. [...] y como si todas las criaturas asquerosas del Arca de Noé se hubieran dado cita, al mismo tiempo corrieron por encima de mis manos cuatro o cinco de las arañas más repugnantes (Marr, 2004: 148).

Sin embargo, al llegar al final del río San Juan y desembocar en el Lago de Nicaragua, la concepción sobre la naturaleza cambia: ya no se trata de un medio hostil y enfermizo, sino de uno imponente: “Habíamos salido de la selva y delante de nosotros, hacia el noroeste y subiendo hasta el horizonte, se extendía el lago de Nicaragua, majestuoso y risueño, al cual entramos con toda la fuerza de los remos” (2004: 153). Esta representación no es la única sobre el Lago: la majestuosidad del ambiente se combina con la idea del vacío, y con ella, de lo inerte. El Lago de Nicaragua, desde esta perspectiva, no había sido tocado por la mano del hombre europeo, pues no presentaba rastro alguno de cultura. Así, la civilización, tal como el viajero la entiende, no había llegado aún a esta parte del mundo. Este aspecto le permite al viajero comparar el paisaje que tiene frente a él con los lagos de Europa, en específico de Suiza: “A una superficie de agua tan inmensa pero sin vida ni movimiento, sin rastro visible de cultura, de casas o tierras cultivadas en las orillas, sin barcos, le faltaba el contraste que distingue a los lagos románticos de Suiza” (2004: 153).

De este modo, la naturaleza y el paisaje europeos son superiores a los de Nicaragua, puesto que los primeros exhiben los rasgos de la cultura (cultivos y casas en las orillas, barcos, muelles, entre otros), mientras que el Lago de Nicaragua es una “sonrisa solitaria”

(2004: 153). Estos aspectos con que el viajero caracteriza al paisaje lo llevan a añorar su propio país y el lazo que, implícitamente, establece con ella a través del océano: para el viajero, el río San Juan era un “brazo que estrechaba la mano a mi querido mar”; sin embargo, el Lago era un “pecho sin corazón”, con el que era imposible establecer alguna afinidad sentimental. Así, el viajero toma conciencia de su verdadera separación de la patria (que asocia con la vida, la cultura y la civilización) y su llegada a un lugar vacío, carente de los elementos propios de la cultura y la civilización europeas.

Al llegar al pueblo de San Carlos, el viajero enumera, en forma extensa, las características del río San Juan. Este pasaje lleva a concebir la naturaleza como un elemento susceptible de medición, y con ello, pretende ofrecer un resumen de las características físicas y geográficas del río, tal como lo haría un científico: “hasta el Colorado, la anchura del río varía entre 1000 y 1200 pies. El terreno casi siempre es pantanoso a ambos lados. La vegetación principal es de caña, prados pantanosos y manglares” (2004: 156). Resulta notorio el hecho de que durante la navegación, el viajero toma notas sobre lo que observa: las características de la vegetación, la profundidad del río y demás aspectos que podrían haber sido de interés para un científico. Ello permite pensar que el viaje de Marr a Nicaragua y Costa Rica pudo haber tenido algún interés científico, al modo de la literatura de viajes que se interesaba por describir y medir todos los detalles de la naturaleza.

A propósito del canal, el viajero afirma que la misma naturaleza ha dispuesto el espacio para construir un canal que una los dos océanos, pero que esta empresa no se concretaría debido a dos circunstancias: la falta de población en la parte occidental del país y la pereza de los nicaragüenses: “[...] los ingenieros olvidaron el problema de la mano de obra. Un hombre blanco no puede realizar un trabajo corporal duro en estas llanuras calientes y pantanosas; y los nativos de Nicaragua no quieren trabajar” (2004:

159). De esta manera, a pesar de que las condiciones geográficas del río San Juan y el Lago de Nicaragua son aptas para la construcción de un canal, dicho proyecto, que para el autor sería una condición de civilización y progreso, no se logrará llevar a cabo por causa del clima y de la raza: el calor de la zona impediría el trabajo productivo y eficaz de personas blancas, y aunque los nicaragüenses, mejor aclimatados, podrían echar a andar el proyecto, la pereza de estos no permitiría que el canal fuera una realidad.

Las condiciones del clima también influyen en la proliferación de plagas y de alimañas, elementos que el viajero considera adversos al ser humano. De este modo, la naturaleza, además de hostil, se caracteriza por la existencia de insectos y plagas. En el Lago de Nicaragua, de camino hacia Granada, los tripulantes de la piragua sufren una plaga de piojos que el viajero atribuye al calor de la región. Al ver que los marineros se acicalaban entre sí, el viajero expresa:

Admito que esa situación era el colmo en el gran concierto de nuestros pequeños sufrimientos, y cuando mi compañero de viaje también descubrió en su persona la existencia de ese animalito que se vuelve abuelo cada 24 horas, entonces quería rezar por un frío siberiano, para poder continuar el viaje a Granada en patines sobre hielo (Marr, 2004: 160).

Al tratar sobre su estadía en Granada, el viajero presenta, además de las condiciones de vida y la cultura de los granadinos, dos ideas diferentes sobre la naturaleza de la región. En primer lugar, las condiciones del clima de Granada son descritas de una única forma: se asemejan a las de un horno (2004: 184). Sin embargo, esta condición se toma como rasgo característico del resto del Istmo; para el viajero, Centroamérica cuenta con un único clima: el calor. No existe otra posibilidad: “Deseé salir del horno caliente y pesado de Granada. Pero estábamos en América Central” (Marr, 2004: 184).

Antes de expresar que Granada, y por extensión, toda la región centroamericana son un lugar de temperaturas excesivamente altas, el viajero presenta una condición diferente de la naturaleza: a pesar del clima, la naturaleza puede llegar a contar con rasgos

románticos, que en ocasiones llegan a lo mágico. Esto pone de manifiesto las contradicciones de un escritor que cuenta con una visión idealizada y romántica de la naturaleza, a semejanza de los escritos de Humboldt, y una visión moderna, en la cual prima el carácter economicista y utilitario.

Ejemplo de esta situación se muestra cuando el viajero describe un rasgo de la cultura granadina: los ritos funerarios después de la muerte de un niño. El ambiente en que se vela el cuerpo es festivo, hay baile y fuegos artificiales, y a ello se une una naturaleza mágica: “La naturaleza misma parecía haber formado una imagen de cuento de hadas alrededor de nosotros y todos mis nervios se entregaron al efecto suave relajante de ella” (2004: 173). Esta es la razón por la cual el viajero expresa que dicha impresión coincide con las descripciones idealizadas que se encuentran en algunos relatos de viaje, de ahí que sea el mismo viajero quien afirme que esa impresión sea “la situación de un mundo bucólico”. Ello implica que la representación de la naturaleza en el territorio nicaragüense no es solamente la de un medio hostil, peligroso y plagado, sino también la de un medio atrayente, mágico e idealizado.

La naturaleza es abundante, fértil y rica. Estas consideraciones sobre la naturaleza aparecen en el camino a Masaya, recorrido que realiza acompañado de un médico: “Totalmente seguro de no perderme, todo el cielo me parecía estar lleno de violines, y trotamos lo más rápido por el paisaje, cuya vegetación, ahora, al final de la estación lluviosa, crecía en toda su abundancia” (2004: 194). Además de ser una naturaleza atractiva para el viajero; de este modo, se unen tres ideas sobre la naturaleza del Istmo: la abundancia, la fertilidad y la riqueza:

Masaya es la región más fértil de toda la República de Nicaragua. A pesar de la escasez de agua y de que ni el menor riachuelo corta la llanura en una legua a la redonda, el verde fresco de la vegetación no sufre ni siquiera durante el verano seco (Marr, 2004: 198).

La calificación de la naturaleza como mágica no se expresa, únicamente, al describirse el entorno en el que se llevó a cabo la vela del niño; se asume su carácter mágico de forma explícita al presentar las impresiones sobre Nindirí y Nandaime. Este último lugar también recibe el nombre de Nandosmo¹⁵. Aparte de tratar sobre los rastros de actividad volcánica presentes en el camino hacia Managua, Marr describe la belleza de las palmeras de Nindirí: la belleza del entorno permite relacionarlo con seres fantásticos, con la magia y el ensueño: “No sé si hay hadas y seres parecidos en Centroamérica, pero seguramente decidirán residir en Nindirí y construirán su casa entre este lugar y Nandosmo” (2004: 202-203).

Sin embargo, la naturaleza en Masaya no es solamente de carácter mágico; es una naturaleza que puede actuar con fuerza y violencia. Ello se pone de manifiesto en el relato sobre el volcán Masaya, al que el viajero llama el “Infierno de Masaya”. Hacia el oeste del cráter, a unas dos leguas, se extiende un “mar de lava”, vestigio de la magnitud de la actividad del volcán en tiempos remotos. Además, el viajero retoma los tópicos de la mitología griega para ofrecer una idea de la naturaleza, al tiempo que compara el ambiente con los paisajes europeos. Esto lo lleva a proponer una característica en la que Centroamérica es superior a Europa, aunque la asimila a la tradición cultural de Occidente: “¿Qué son todas las ruinas de castillos de caballeros, en comparación con estas ruinas incendiadas del templo de Hefaiostos?” (2004: 209).

Al describir el Camino Real, antes de llegar a la ciudad de Managua, aparece otra concepción de la naturaleza, relacionada con lo deprimente: el trópico puede ser hostil para el ser humano, puede ser exuberante, rico y atrayente, pero también, tiene la facultad de deprimir a las personas: “Cuando entramos en el bosque, nuestros caballos contuvieron su paso y pasaron a aquel trote de viaje tranquilo y suave [...] La conversación se hizo

¹⁵ En otras partes del relato, el viajero utiliza el nombre de “Nandosmo”.

más simple y finalmente algo deprimente” (Marr, 2004: 219). Este rasgo se encuentra estrechamente relacionado con la soledad y el ambiente mortuorio que se halla en algunas de las descripciones. El entorno vacío aparece cuando el relato describe el Lago de Managua y el volcán Momotombo. Ello, a la vez, relaciona el estado de la naturaleza con el carácter de los nativos, al no aparecer una vida bulliciosa y urbana: “El paisaje tiene un carácter muerto, silencioso, quisiera decir: tímido, a la manera indígena” (2004: 223). A partir de esto se desprende una idea sobre los centroamericanos, en cuanto condicionados por las características del medio en el que habitan: son tímidos, al igual que su tierra. A ello se une el calificar a la tierra como inculta y olvidada, aunque con mucho potencial: el Lago de Managua posee un valor inmenso como ruta de navegación, pero se le va a dar tal uso cuando lleguen “los americanos” a apoderarse del territorio (2004: 223): de ahí que Centroamérica sea considerada como un lugar que debe ser conquistado e invadido en nombre de la civilización, y que la naturaleza sea concebida por el viajero como un medio para producir utilidades y ganancias y para ser utilizado en favor del progreso material. Por ello, no extraña que, en algunos pasajes, el viajero manifieste su impresión de haber retrocedido en el tiempo: la falta de civilización y de cultura tal como él la concibe implica un viaje temporal hacia el pasado; por ello, da la impresión de que el ambiente en que se encuentra el viajero está en la prehistoria, en tanto es la Modernidad la que produce progreso e historia: “Todo el paisaje porta el sello de algo recién creado y, sin querer, uno cree que lo han transportado a una época más temprana en el desarrollo de la tierra” (2004: 227).

Nuevamente, la presentación del paisaje es comparada con las condiciones europeas, puesto que al presentar el Lago de Managua, implícitamente, el viajero lo compara con los lagos suizos: “Solo conozco los lagos bonitos de Suiza o la Alta Austria”; de ello se deduce que los lagos de Centroamérica están muy por debajo de las expectativas

del viajero (Marr, 2004: 226). Sin embargo, a esta comparación la sigue un factor impresionante para el viajero, que muestra las fuerzas aún vivas de la prehistoria al observar los volcanes desde la ciudad de León: El Viejo, Telica, Santa Bárbara, Momotombo y Momotombito. En esta ocasión, el paisaje no solo es impresionante, sino que cuenta con una apariencia agradable:

Si se ve desde el techo plano de la Catedral de San Pedro, el aspecto de esos volcanes es verdaderamente magnífico, sobre todo porque estos, a diferencia de los del Lago de Nicaragua, casi no están poblados de bosques y se elevan desde la llanura risueña y floreciente (2004: 237).

Respecto de los volcanes de Nicaragua, el viajero les otorga un carácter majestuoso, que se extiende no solo al lugar en específico, sino a toda la cordillera en donde estos se encuentran. Ello lo expresa el viajero al salir de León para subir al cráter del Telica (2004: 265). Más adelante, a la vista de los volcanes desde la cima del Telica, el viajero expresa que el aspecto general de ellos es el del caos, lo que lo lleva a utilizar un tópico de la cultura grecolatina para describir la naturaleza; el paisaje semeja como si la noche anterior, Venus y Vulcano celebraran su noche de bodas, dadas las características complejas del territorio: “Explotada, estallada, rota, revuelta está toda la región” (2004: 271)¹⁶. Por ello, la idea del viajero sobre estos lugares es cambiante, en razón de que considera que los volcanes de Nicaragua son muestra de la imponencia de la naturaleza, pero al mismo tiempo, son lugares caóticos, en donde predominan el peligro y el riesgo.

El viajero se enfrenta a los peligros del volcán al querer repetir la hazaña de otro alemán: Julius Fröbel, descendió antes que él al cráter: el interior es cambiante y peligroso, a pesar de que el descenso se lleva a cabo de forma rápida. No obstante esa facilidad, “cuando pasando por piedras y lava, llegamos abajo, el suelo estaba hirviendo

¹⁶ Respecto del proceso de escritura, resulta interesante el hecho de que el viajero afirme que los apuntes sobre la vista del paisaje desde la cima del volcán fueron tomados en el mismo sitio (2004: 271). Por ello, resulta notorio que el relato de viajes de Marr fue, escrito, al menos en parte, al mismo tiempo que se desarrollaba el recorrido por Centroamérica, lo cual permite pensar que el proceso de revisión y de redacción final fue posterior al regreso a Europa.

y en todas partes el pie apenas tocaba la superficie temblorosa de la corteza terráquea, salían vapores espesos y calientes” (Marr, 2004: 273). La situación se agrava cuando salen a la superficie del cráter vapores y gases más densos: el suelo cedió a la presión y el viajero se hundió en el lodo hasta las caderas. Ello provocó que el ascenso y la salida del cráter fueran difíciles, dado el agotamiento físico y la exposición a los gases del volcán. No extraña, entonces, que “los rayos ardientes del sol que caían en el cráter, los vapores calientes que se habían vuelto más intensos por mis pasos en medio del lodo y una terrible sed hacían imposible una estadía prolongada en el cráter” (2004: 274).

En tanto son observados desde lejos, los volcanes de Nicaragua semejan lugares majestuosos e imponentes, mientras que de cerca son espacios llenos de peligro, en los que es posible perder la vida. No ocurre lo mismo con la descripción de un lugar que también es imponente: el océano. Durante el viaje de Alemania a Nueva York, el mar no es un espacio que represente un peligro o un riesgo para el viajero. Esto se manifiesta en la descripción de la vista del océano Pacífico al amanecer: un lugar cuya contemplación inspira satisfacción y alegría: “Más que el mar, mi mirada ebria, por primera vez se hundía en el *océano Pacífico*” (2004: 269. Destacado en el original). La impresión de ver el océano es tal que llega a parecerse a un encuentro con lo divino, en tanto la mirada lo llena de recogimiento: “Soy un pagano terrible, eso es cierto. Pero dudo si mi devoto amigo A. Godeffroy jamás ha percibido tal sensación de recogimiento, de edificación, como yo en aquel momento en que se erguía la catedral del cielo sobre el océano Pacífico” (Marr, 2004: 269). Incluso, al relatar el viaje del puerto del Realejo al Golfo de Nicoya, el viajero apunta que la navegación en el mar transmite una sensación de dulzura y de suavidad, pues se compara el océano con una almohada de plumas, por lo que merece el nombre de Pacífico (2004: 311).

Este sentimiento le permite al viajero establecer una diferencia entre él y su guía, en cuanto al aspecto cultural, pues si el primero se maravilló ante la vastedad del océano, el segundo se alegró al ver la playa, es decir, la orilla del mar. El viajero apunta: “¿La playa? Pues sí, es un indio, y ¡qué sabe este del infinito!” (2004: 269). Este juicio, de manera implícita, coloca al viajero en un lugar culturalmente superior en comparación con su guía, pues de acuerdo con esta perspectiva, el civilizado es capaz de percibir y reconocer el infinito, mientras que el otro puede fijarse solamente en lo más cercano a él: la orilla del mar.

La representación de la naturaleza en el territorio nicaragüense se caracteriza por presentar dos aspectos distintos: por una parte, la naturaleza es fascinante, imponente y majestuosa, pero por otra, es también un elemento lleno de peligros y de riesgos para el ser humano, incluso, es un elemento relacionado con el vacío, y por tanto, con la muerte; en tanto es una muestra de que la civilización europea no ha llegado al Istmo, de ahí que la naturaleza se asocie a lo vacío y lo muerto, pues no se ha *llenado* con la civilización del hombre blanco. En síntesis, el caos, el primitivismo y la idea del vacío sirven de justificación de la apropiación colonial del territorio y de la oportunidad para explotar el Istmo, y con ello, producir utilidades y beneficios para el mundo civilizado: este es, en último término, el objetivo de la construcción del canal interoceánico.

1.4. La naturaleza en el territorio costarricense

Si en Nicaragua lo natural era, al mismo tiempo, peligroso y magnífico, imponente y vacío, la naturaleza costarricense ofrece otra perspectiva, pues en este caso, se trata de un aspecto agradable y dulce el que predomina en las descripciones sobre el entorno. La primera mención a Costa Rica forma parte de una conversación que sostiene el viajero sobre sus proyectos y planes. En tal conversación, se le propone viajar a Costa Rica, y la

descripción que ofrece de ella permite notar una calificación positiva en cuanto a la naturaleza con que puede encontrarse; incluso, tal idea sobre Costa Rica no solo alcanza a la naturaleza, sino también a las condiciones culturales y sociales: “Un clima de eterna primavera en la meseta que está a 4000 pies de altura, un puerto caliente pero saludable, Punta Arenas, seguridad personal y de las pertenencias, costumbres cultas y negocios florecientes con un pronóstico significativo para el futuro” (Marr, 2004: 292).

Sobre el viaje de Nicaragua a Costa Rica, el primer aspecto que Marr menciona es el tipo de navegación que puede hacerse en las costas del Pacífico, no solo en las costas en las que él se encuentra, sino en el resto del Istmo: “aquella navegación costera es muy sencilla, excepto a la altura de la bahía de Fonseca, donde el Papagayo, un viento fuerte del norte, dificulta con frecuencia la entrada, y en Punta Mala, en el Golfo de Panamá” (2004: 313)¹⁷. A esta sencillez de la navegación se une la apariencia del Golfo de Nicoya. El Golfo se describe como un lugar hermoso, lo cual se acerca a la visión de la naturaleza como un elemento atrayente y magnífico: “El golfo de Nicoya es uno de los espectáculos más hermosos de la naturaleza meridional que es posible imaginar” (2004: 316). Incluso, se lo llega a calificar como superior al golfo de Nápoles, y se le acaba considerando, no un golfo, sino un “estanque” que forma parte del “Paraíso de los Andes”¹⁸. De esta manera, el paisaje que el viajero describe equipara a Costa Rica con el continente europeo: no sucede lo mismo en Nicaragua, pues este último país está, para el viajero, muy lejos de lo europeo.

La similitud de condiciones entre Costa Rica y Europa también se encuentra en la descripción del interior del Golfo de Nicoya, pues este “se asemeja al fondo de un paisaje

¹⁷ Al parecer, Punta Mala es la actual Punta Judas, que se ubica en el Pacífico costarricense. La menciona John Cockburn en su relato de viajes, publicado en 1735. Según Termer, la Punta Mala se halla en la entrada del Golfo de Nicoya (1976: 90). Véanse Termer, 1976: 53-100 y Cockburn, 1976: 10-52.

¹⁸ El viajero le da este nombre al sistema montañoso que atraviesa el territorio de Costa Rica, por ello menciona que los Andes rodean la altiplanicie (el centro) del país (2004: 369).

suizo” y se parece a un lago del norte de Italia: el Maggiore (Marr, 2004: 317)¹⁹. Además de lo apuntado, es digna de subrayar la impresión que causa en el viajero la vista del territorio desde la ciudad de Puntarenas: “Selvas vírgenes, volcanes, altos cerros y el océano aparecen ahí en contacto inmediato. Nada falta para que la hermosura de aquella grandiosa naturaleza alcance la más alta perfección” (2004: 317).

La descripción de la naturaleza del territorio costarricense no solo es favorable, sino que también algunos aspectos se encuentran asociados al peligro y la confusión; es el caso del río Barranca. En el trayecto a San José, el viajero cruza este río en medio de la noche, el ambiente se caracteriza como salvaje, en tanto el río es caudaloso y se halla en medio de la selva virgen. A cruzar el río: “Ahí los gigantes verdes del bosque nos taparon la luz de la luna y confieso que no me sentí muy seguro cuando, detrás de don Julio nos metimos en medio de la oscura y precipitada corriente del río” (2004: 333). A esta imagen de peligro se une la idea del caos propio de la naturaleza: el lecho del río era una “salvaje confusión” de piedras que ponían en peligro a la montura y a su jinete. Sin embargo, tal descripción no alcanza el grado de la descripción de la naturaleza amenazante que aparece en el texto cuando se refiere a Nicaragua.

La naturaleza de Costa Rica no solo es agradable, magnífica o ligeramente peligrosa, sino que se la asocia con elementos propios de la civilización, en tanto no corresponde con el carácter salvaje, sino que muestra rasgos que dejan ver una posible acción del ser humano sobre ella. Al cruzar el Monte del Aguacate, el viajero describe los bosques y valles aledaños al camino de manera que se los puede asociar al cuidado y el orden que puede dar la mano del ser humano: “Perdí especialmente la vista del lindo bosque que parece un parque con sus tres románticos valles de los ríos Paires, Jesús María y Susubres” (Marr, 2004: 335); la belleza natural del medio no es un aspecto aislado, sino

¹⁹ Incluso, el Golfo de Nicoya recibe el calificativo de encantador: ello implica una valoración sumamente positiva (2004: 333).

que el viajero afirma que en cuanto a la riqueza natural, Costa Rica es uno de los lugares “más ricos del mundo a este respecto” (2004: 335).

Otro aspecto que relaciona a la naturaleza con la acción del ser humano es la similitud entre esta y un decorado artificial, al modo de un escenario, lo cual muestra una naturaleza que parece estar bajo el control del ser humano. El Monte del Aguacate no es solamente un lugar que ofrece una vista hermosa de las tierras adyacentes a él, sino que el sitio es propicio para hacer de fondo a una representación teatral: “Un sitio me cautivó especialmente y hubiera deseado tener un *gropius* para copiar el paisaje que parecía como mandado hacer para una decoración de teatro” (2014: 336. Destacado en el original). De este modo, la naturaleza en Costa Rica toma, en general, caracteres de agradable, hermosa y que crece como si fuera guiada por el ser humano. Más aún, llega a comparársela con la naturaleza que se puede hallar en Europa, en tanto compara el paisaje con los que se pueden hallar en Alemania: “Si se trocara, en la fantasía, la vegetación tropical por abetos y pinos, se habría podido jurar que un ladrón había robado este paisaje al Harz, en Alemania y lo dejó perdido aquí” (2004: 337).

La comparación de un paisaje del Monte del Aguacate con el que se puede hallar en Alemania no es, en modo alguno, una referencia aislada. Una segunda mención de la similitud entre Costa Rica y Europa se halla cuando el viajero describe las condiciones del clima: se afirma que la naturaleza se halla llena de contrastes, y uno de ellos es el aire frío que sopla, muy parecido a los que se pueden sentir en el Rigi, monte de Suiza cuyo aire frío se asocia con un atardecer de verano: “Aquel sople de aire frío que me refrescaba las mejillas ardientes, ¿había nacido a los diez grados de latitud, o era que el Rigi de Suiza, con todo el bálsamo de una tarde de verano, se había trasladado allí?” (Marr, 2004: 339). Tal característica permite al viajero calificar a Costa Rica como el país de la eterna primavera, y con ello, equiparar al valle central del país, visto a lo lejos desde el camino

hacia San José, como el Edén (2004: 339). En resumen, Costa Rica es un paraíso en tanto se lo asocia al Edén, y tal paraíso es similar a Europa, por ello, el continente de origen del viajero es, también, otro paraíso terrenal, agradable y, para el caso de Europa, civilizado.

De este modo, en la descripción de la naturaleza de Nicaragua el cotejo con Europa sirve para mostrar que Centroamérica como un lugar inculto, ajeno al desarrollo e inferior, no solo en cuanto a la cultura y las condiciones de vida; en la descripción de Costa Rica, la referencia al lugar de origen del viajero sirve para colocar el espacio descrito en el mismo nivel de Europa: Costa Rica y el Viejo Mundo son, de esta manera, regiones potencialmente parecidas respecto de las condiciones de la naturaleza, hecho que se extiende no solo a este ámbito, sino también al resto de elementos, tales como la cultura y las condiciones de vida, lo cual permitiría llevar el progreso al país. La diferencia en las condiciones naturales, así como la apariencia y temperamento de las personas que halla a su paso hacen que el viajero establezca una clara diferencia entre Nicaragua y Costa Rica, y a la vez, dude de sí mismo al considerar que dos lugares que forman una misma región sean tan distintos:

Todo nos sonreía en aquella naturaleza. Los jinetes y carreteros que encontrábamos eran alegres y corteses; ninguno viajaba con armas; ninguna mirada huraña, pérfida o socarrona se posó sobre nosotros; no tomamos ninguna precaución en las revueltas del camino o al pasar junto a otro jinete. No vimos nada que se pareciera a la vecina Nicaragua. Tal fue nuestra primera impresión. ¿Será la correcta? (2014: 340).

La eterna primavera es un tópico que aparece no solo en el camino hacia San José, sino que se repite cuando el viajero se encuentra en la capital y describe la temperatura atmosférica: la temperatura se halla entre los sesenta y ochenta grados Fahrenheit, las mañanas son despejadas, y hacia la tarde se dan algunas lluvias. A estas se les da un carácter de majestad debido a los truenos y las cantidades de lluvia, lo que da por resultado una vegetación abundante (2004: 350-351). No obstante estas características tan favorables, las condiciones de vida del país no se hallan exentas de las enfermedades

propias del trópico, que el viajero enumera como “fiebre, disentería y úlceras”, y de estas últimas, llega a padecer el viajero, por causa de las niguas, aojadas en los dedos de los pies (Marr, 2004: 360). El medio natural es, al mismo tiempo, atractivo en cuanto a su belleza, es este el caso de los bosques, valles y demás espacios descritos por el viajero, pero también lleva consigo la propensión a la enfermedad, y con ello, muestra ser un riesgo para el ser humano. Sin embargo, predomina el primer aspecto a lo largo del relato.

Resulta notable que durante su estadía en Costa Rica, el viajero se relacionó, principalmente, con la comunidad de alemanes que se encontraba en el país. Dentro de ese círculo de compatriotas, Marr conoce a Alexander von Bülow, a quien llama “El Ogro” (2004: 362). Este personaje resulta de interés en tanto promueve y financia un proyecto de colonización en Turrialba, que recibe el nombre de la Angostura, en el cual participa Marr, y que implica un acercamiento al medio natural distinto del que se ha planteado hasta ahora. Si hasta el momento se ha descrito el paisaje como un elemento bello, imponente y hermoso, o bien amenazador y peligroso, el proyecto de colonización implica la acción directa sobre el medio con el fin de dominarlo y ponerlo al servicio del ser humano.

En el camino hacia la Angostura, en calidad de ingeniero, profesión que realizaría empíricamente en el proyecto de colonización de von Bülow, Marr visitó la actual provincia de Cartago. En la descripción del ambiente natural hallado en tal lugar, se repiten los tópicos mencionados para el resto de la naturaleza de Costa Rica: el país se parece a Europa, a pesar de las condiciones del clima, aunque el medio también sea peligroso para el ser humano; este último aspecto se presenta, sobre todo, cuando se describen dos volcanes cercanos a Cartago: el Irazú y el Turrialba.

La impresión que deja el valle oriental en el viajero es sumamente favorable: Cartago es el “Cofrecito de Joyas de Costa Rica” (Marr, 2004: 378). Se compara el

espacio con los valles europeos en tanto el color verde del campo y la disposición de las granjas y propiedades de los cartagineses son similares a lo que se puede observar en Suiza: “Las granjas con jardines y huerto cercados se parecen a los de Appenzel, y, a no ser por el viejo volcán Irazú, en cuyo pie se asienta la ciudad, se podría jurar que se tiene delante el más encantador de los valles de Suiza” (2004: 378).

Incluso, al igual que en la descripción del Aguacate, cuando el viajero menciona el paisaje que se encuentra en el pueblo de Paraíso, se relaciona lo natural con las artes, y con ello, se da un tinte de civilización al medio agreste (2004: 378). Otro aspecto en el que se aproxima y compara a Cartago con Europa es el clima: la temperatura cálida y fresca hace que el viajero lo asocie con un país europeo al que considera superior a los demás en cuanto a belleza y agrado: “En síntesis, creo que en toda la tierra, sin exceptuar Italia, no se encuentra un cielo más encantador ni una atmósfera más agradable que la de la altiplanicie de Cartago” (2004: 380).

La naturaleza es amena para el viajero, en particular, al amanecer, cuando se ilumina el paisaje circundante. En este instante, la naturaleza toma un aspecto agradable para el viajero, y con ello, se modifica su estado de ánimo: “El hermoso sol que a través de las ramas del limonero del patio penetraba en el cuarto, puso en fuga a las sabandijas, las hizo regresar a sus escondrijos, y con su brillo atrajo de nuevo el buen humor” (Marr, 2004: 382).

En la descripción del entorno, el viajero no solo consigna lo que sus ojos ven, sino que, tal como se ha visto en algunos aspectos de la descripción de Nicaragua, retoma tópicos de la cultura y de la literatura: al observar desde el paraje llamado Agua Caliente hacia Cartago, él escucha truenos a lo lejos que lo llevan a pensar en el Irazú, ello le parece “sumamente romántico”, pues recuerda las descripciones de la naturaleza que caracterizan al Romanticismo. Empero, el trueno anuncia, no una erupción del Irazú, sino

la lluvia, a la cual se le da el nombre de “glorioso aguacero”, fuerte y prolongado, después del cual las haciendas y estancias toman un aspecto claro y agradable (2004: 383). Por ello, la lluvia y la fuerza de los elementos no constituyen un peligro para el viajero, sino que son fuente de admiración y regocijo para el ser humano.

La imagen amena y agradable que el viajero presenta de las condiciones de la naturaleza lo lleva a desmentir a quienes en Europa han escrito sobre Costa Rica. Con ello, el viajero busca defender sus apreciaciones frente a los demás: él se entera de la reciente publicación de un artículo en un periódico alemán, escrito por el “célebre profesor Berghaus de Berlín”, en el que se habla sobre los peligros de los volcanes de Costa Rica; ante tal artículo, el viajero decide redactar dos artículos para ser publicados posteriormente en el *Corresponsal Hamburgués*, ello con la segura finalidad de desmentir la visión de peligro con que se describe la naturaleza del país, y con ello, promover la idea de que Costa Rica es un lugar idílico, agradable y ameno, a pesar del aparente riesgo que implica la actividad de los volcanes (2004: 384).

La idea del vulcanismo como falso peligro implica que los volcanes del país son dignos de ser vistos, en tanto resultan agradables para el ser humano. Esto es lo que se encuentra en la descripción del volcán Turrialba, cuando el viajero se encuentra en camino a la Angostura: “Era un espectáculo ver danzar, al parecer, la majestuosa columna de humo sobre las verdes copas de los árboles”.

Además, de manera implícita se relaciona a Cartago con la tierra prometida, mencionada en la Biblia, cuando se describe otro elemento natural, el río Turrialba. La relación con el tópico bíblico se encuentra en la descripción del agua: “El río Turrialba hace espuma como cien cascadas de leche” (2004: 387). A semejanza de la tierra que mana leche y miel, buscada por el pueblo judío. Sin embargo, no toda la naturaleza es descrita de esta manera: el medio tropical influye en el ánimo y la disposición de las

personas, hecho que explica la indolencia y la manera despreocupada de ser de quienes viven en el país: el trópico produce laxitud en quien se adentra por los bosques. De este modo, el clima influiría en la disposición de los centroamericanos hacia el trabajo, la cultura y el progreso: ello explicaría, a los ojos del viajero, las condiciones de vida de la región, pues en el viaje hacia la Angostura, el bosque lo aletarga y adormece (Marr, 2004: 388). Más aún, desde la perspectiva del viajero, el clima causa un cambio en la mentalidad de las gentes: el europeo cambia su idea ante el peligro y llega a perderle el temor: “La indiferencia ante el peligro llega a ser, para el europeo, una consecuencia de este clima” (2004: 418). Esto también ocurre con el entendimiento, que sufre disminución en el trópico: “la sabiduría depende a menudo de los grados de longitud y latitud del lugar donde se encuentre el sabio” (2004: 460).

La Angostura era el proyecto de colonización de otro alemán, Alexander von Bülow, que se situaba cerca del río Reventazón. Este lugar, aunque era pobre en cuanto a las condiciones de vida, ofrecía un paisaje que el viajero considera digno de una pintura romántica, dada la exuberancia del paisaje: “No se puede imaginar un paraje de bosque más salvajemente romántico, un pintor alemán que aquí hubiese perdido sus utensilios, tendría el derecho de pegarse un tiro en la desesperación de no poderlo reproducir” (2004: 389). Es en este lugar en donde va a desarrollarse el proyecto de colonización extranjera en el que el viajero participaría activamente, sobre todo, en la búsqueda de una ruta hacia el mar Caribe.

La vida en la Angostura está llena de trabajos e incomodidades, tanto para el viajero como para los demás habitantes de la colonia. Ello se debe, entre otros aspectos, al trabajo que implicaba uno de los principales objetivos del proyecto: la apertura de un camino en medio de la selva. A pesar de que la espesura del bosque conserva las características de un espacio magnífico, aparece un nuevo aspecto, no contemplado antes: la monotonía. El

trabajo en el bosque se vuelve pesado pues “el interior, con toda su magnificencia, es mucho más monótono de lo que yo hubiera imaginado” (2004: 402). A pesar de ello, en este punto puede observarse una similitud entre el viajero y una figura de la literatura:

A pesar de la monotonía de la selva y de la tranquilidad del Turrialba, Marr experimenta un terremoto, acontecimiento que asume con total naturalidad y calma:

Durante la noche desperté. La casa de madera crujía, traqueaba y se sacudía como un perro de aguas mojado. Un temblor de tierra. Esto no me importaba [...] Si yo no hubiese estado leyendo el artículo del profesor Berghaus habría salido también. Creo que me quedé en la cama tan solo por burlarme de este caballero erudito (Marr, 2004: 412).

Por ello, el posible peligro, que en la descripción de la naturaleza de Nicaragua quedaba explícitamente mencionado, en la descripción de Costa Rica queda neutralizado o anulado, en tanto la proximidad de los volcanes y los terremotos que el viajero menciona no son motivo de inquietud o de zozobra, sino que se los toma como si fueran dignos de ser admirados. Esta es la idea que ofrece el viajero sobre el Turrialba después del terremoto: es un espectáculo verlo humear.

Empero, no todo es agradable ni bello: las constantes lluvias traen consigo gran cantidad de incomodidades por razón de los insectos que salen: “Todos los trabajos se han detenido, todas las sabandijas existentes en un cuarto de milla se han refugiado en nuestra casa de madera, y yo estoy haciendo los más hermosos estudios zoológicos a expensas de mi sensibilísimo pellejo” (2004: 413). Otro aspecto que representa un riesgo para el viajero es la presencia inadvertida de venenos y sustancias nocivas. El ambiente no es del todo agradable ni hermoso, sino que a pesar de su belleza aparente, puede contar con elementos peligrosos. Este hecho forma parte de las ideas sobre las enfermedades tropicales, en tanto se consideraba que el trópico era un lugar lleno de peligros para el hombre civilizado, además de ser el lugar en que se hallaba una naturaleza indómita y descomunal en comparación con la europea. El hambre lleva al viajero a comer “una

especie de nueces” que encuentra en la espesura y a tomar abundante agua de un arroyo. Esto le produce vómitos violentos y delirios en una cabaña a la que fue enviado, y una vez repuesto, experimenta una sed excesiva y una sensación de debilidad, aunque después de un momento, el viajero se sienta repuesto por completo (2004: 417). Además de ser fuente de sustancias peligrosas, la espesura también es capaz de alterar el estado mental de las personas: el viajero apunta como la principal causa de locura en el país el sentimiento de hallarse perdido en medio de la selva:

Ya casi sé, en verdad solo casi, lo que siente un hombre que se extravía en la selva virgen. No es otra la causa de locura de ocho entre cada diez dementes que hay en este país, ya que por amor religión o política nadie se vuelve loco en este clima indolente (Marr, 2004: 421).

Poco antes de regresar a Europa, el viajero acepta emprender un proyecto para atraer inmigrantes a Costa Rica. En el viaje de vuelta, él recorre Alajuela y Sarapiquí para llegar al río San Juan. En el camino, Alajuela es descrita, al igual que ciertos aspectos del país, de una manera amena: la ciudad es un “cofrechito de alhajas” en tanto su emplazamiento está al pie del volcán Barva. De hecho, el viajero atribuye el origen del nombre a la expresión del cofre de alhajas, lo que remite a una imagen sumamente favorable (2004: 438). Esta imagen concuerda con la descripción del valle central, este es “el más soberbio jardín de cafetos que hay en el mundo” (2004: 439). De este modo, el centro del país se encuentra en un lugar bello y agradable. Esta imagen es opuesta a la que el viajero plasma cuando describe la periferia: el recorrido por Cariblanco y San Miguel, camino del San Juan, no es del todo agradable y ameno: aunque en el paisaje resalta, a lo lejos, los volcanes Barba²⁰, Irazú y Turrialba y la magnificencia de la selva aumenta conforme se avanza, el camino es un sendero lleno de lodo y difícil de transitar: “Bajando desde Cariblanco, al penetrar de nuevo en la espesura, encontramos un verdadero laberinto de

²⁰ En el texto existe una vacilación en la ortografía de esta palabra: Barva-Barba (2004: 439-440).

raíces de árboles entrelazadas, cuyos intervalos parecían estar rellenos de un lodo sin fondo” (Marr, 2004: 441). Las dificultades para recorrer el camino lleno de obstáculos llevan al viajero a afirmar lo siguiente: “Las marchas más forzadas de una tropa europea de caballería apenas son simples paseos comparadas con las que se hacen en la selva virgen durante la estación lluviosa” (2004: 443). Ello vuelve a la naturaleza un espacio en el que impera el desamparo, de este modo, lo ameno y bello se convierte en siniestro y horrible.

Esta impresión de desamparo predomina en la descripción de Sarapiquí: si los pueblos y ciudades del valle central son agradables y la naturaleza que los rodea es similar a la europea, las zonas poco pobladas del país son, al contrario, peligrosas y desagradables. Esta perspectiva se presenta en la descripción de Sarapiquí: se trata de unas pobres cabañas cerca del río del mismo nombre (2004: 444-445).

El viajero sale de Costa Rica por el Sarapiquí, llega al río San Juan, y parte a Estados Unidos. De su breve estadía en Nicaragua, retoma algunos aspectos que resaltan el vacío y la impresión de abandono que el viajero percibe al llegar a Greytown, pues la mayoría de la población ha partido y la naturaleza invade los espacios ocupados antes por los seres humanos: este es el caso de la posada en la que Marr planea pasar la noche; “en la casa de mi amable patrón don Chico Alvarado [...] encontré demasiados escorpiones, ciempiés, y cucarachas y demasiada suciedad como para quedarme allí”. Esta situación lo lleva a buscar una casa más limpia, “con una cocina más o menos civilizada” (2004: 447).

1.5. La naturaleza fuera del Istmo

Una vez fuera del territorio centroamericano, Marr se dirige hacia el Golfo de México; en concreto, a la desembocadura del Misisipi. Luego, se dirige hacia Cuba, pues

su intención era conocer La Habana, y posteriormente, emprende su viaje de regreso a Hamburgo. La impresión del viajero al llegar al Misisipi se caracteriza por lo desagradable y lo sucio: “El azul profundo del golfo de México se separaba, como una línea fuertemente trazada, del agua salobre del río, de color verde sucio, que a cada milla se volvía más amarillento y lodoso” (Marr, 2004: 456). Ello concuerda con el carácter del paisaje: un ambiente desolado y desagradable que dice mucho de la valentía de los colonizadores de aquella tierra “negra y pantanosa”, en la que además, se sufre una epidemia de fiebre amarilla y cuyo paisaje es monótono. El viajero remonta el Misisipi hasta Nueva Orleans y efectúa la comparación entre la naturaleza circundante y la vista en Nicaragua y Costa Rica, en la cual, para el viajero resulta superior la selva del trópico, aunque en el Misisipi existan más animales (tortugas, caimanes y demás) que en el San Juan:

El viaje por el Mississippi hasta Nueva Orleans y la vegetación en las orillas [...] pueden tener su encanto para un europeo que los ve por primera vez. A mí, como pocos días antes había recibido la fuerte impresión de la naturaleza en la selva tropical en su máxima expresión me dejó bastante indiferente (2004: 458).

Esta naturaleza poco agradable contrasta con la descripción que, desde lejos, se ofrece de La Habana, aunque el viajero no se detenga en tratar sobre el medio natural, sino en el espacio urbano. La capital de Cuba se describe de la siguiente manera: “un paisaje suave, verde ameno, en cuyas orillas se estrechaba la ciudad contra el mar azul oscuro, la cual de verdad se ve como una fila de perlas blancas” (2004: 463). Una vez descrita la capital de Cuba, el viajero emprende su viaje de regreso a Europa, con el firme propósito de regresar a América, hecho que efectúa, de acuerdo con la frase final del texto, menos de un año después (2004: 472).

A lo largo de su viaje, Wilhelm Marr plasma en su relato una representación de la naturaleza centroamericana oscilante entre, por una parte, lo desagradable, lo peligroso y lo riesgoso, y por otra parte, lo ameno, lo agradable y lo imponente. Esta oscilación

obedece a una frontera que marca el viajero entre Nicaragua y Costa Rica: la naturaleza que Marr encuentra en Nicaragua es ominosa, pues su fuerza y poder pueden hacerle daño al hombre (como es el caso de los volcanes); en Costa Rica, la naturaleza es agradable y atrayente, y su fuerza no es motivo de peligro o riesgo, sino un espectáculo digno de ser visto (ello sucede, por ejemplo, en el deseo de ver una erupción del volcán Turrialba o del Irazú).

Este último aspecto permite establecer una correspondencia poco común: se asocia lo natural con las artes; sobre todo, con la pintura y el teatro, pues su belleza es tal que el viajero considera que la naturaleza en Costa Rica (esto aparece, por ejemplo, en la descripción del Monte del Aguacate) crece como si la mano del ser humano la hiciera crecer. A partir del estudio de los elementos no humanos del texto, resalta el hecho de que la naturaleza centroamericana se describe a partir de una visión utilitaria, en tanto el viajero determina cuáles son las posibilidades de explotación con que cuenta el medio. Además de esta idea, también se recurre a una concepción del trópico como un lugar ambiguo: es peligroso y amenazador para el hombre civilizado, pero también es un lugar idílico y agradable a los sentidos.

CAPÍTULO II

LA REPRESENTACIÓN DE LA CULTURA Y LA CIVILIZACIÓN

Capítulo II

La representación de la cultura y la civilización

A lo largo del relato de Marr, aparece un conjunto de afirmaciones que permiten dilucidar cuál su idea sobre la cultura europea, la cultura que halla en Estados Unidos, así como las culturas centroamericanas. Estas concepciones permiten dilucidar qué ideas posee el viajero sobre sí mismo y sobre los demás, los otros americanos, en cuanto a la cultura y a cuáles grupos considera él como incultos, bárbaros y civilizados.

En tales concepciones sobre sí y sobre los demás, aparece a una idea recurrente desde la llegada del europeo a América, y que apunta Sloterdijk (2007: 129-130). Según esta, el habitante de las tierras que se exploraban, medían y registraban era visto como parte del mismo paisaje, y por tanto, ello parecía otorgarle derechos al europeo para adueñarse, conquistar y apoderarse de las tierras. Para el caso del relato de Marr, la superioridad técnica y cultural que posee sobre los criollos centroamericanos, sobre los negros y sobre los indígenas lleva al viajero a considerarse superior y a sugerir la necesidad de una apropiación de las tierras para poder producir utilidades en favor de Europa. Este es el caso, por ejemplo, de la participación como ingeniero en el proyecto del barón von Bülow de fundar una colonia en la Angostura²¹. Al mismo tiempo, esta idea permite explicar que el viajero recurra de forma constante a la idea de la superioridad racial (en términos de pureza de sangre y color de la piel) de sí y de los europeos frente a criollos, negros e indígenas (Marr, 2004: 206).

Para el viajero, el lugar que ocupa su propia ciudad con respecto al resto del mundo es de privilegio, en tanto Hamburgo se encuentra por encima, no solo de América, sino también del resto de Europa: “Pues no temo que nadie me contradiga que en Hamburgo

²¹ Otro ejemplo de ello es cuando el viajero insinúa la oportunidad y conveniencia del apoderamiento de las tierras de Nicaragua para lograr que arribe la civilización (europea) a Centroamérica, en razón del potencial económico de la región (2004: 153).

se puede conseguir cualquier placer material, al mismo precio y tres veces mejor que en cualquier otro lugar del mundo europeo conocido” (2004: 3). De este modo, la ciudad de origen del viajero se halla, para él, por encima de las demás ciudades: Europa es vista, así, como un lugar sumamente privilegiado y dentro de él, Hamburgo tiene un lugar aún más elevado. Un segundo hecho que reafirma la superioridad de Hamburgo y del viajero por sobre el resto de Europa y de sus habitantes consiste en el lugar que la tripulación del barco le da a él en la mesa al momento de tomar el té: “El té reunía a los viajeros de camarote en la sala. Al ser yo hamburgués, por supuesto, me dieron el mejor asiento a la par del capitán y, por consiguiente, lo más cerca de las ollas de carne” (2004: 6). Por ello, el viajero asume una posición olímpica, incluso, frente a sus propios coterráneos. De esta manera, el viajero critica y cuestiona, no solo a los no europeos, como va a suceder durante su recorrido por Centroamérica, sino también a los miembros de su mismo grupo. Este aspecto puede apreciarse en la reflexión que él efectúa a propósito de las comodidades que puede encontrar en Nueva York y del deseo de poder establecerse en esa ciudad:

Con todo, Nueva York me gustaba cada día más y yo me propuse, si mi ciudad natal ingrata un día llegara a la razonable convicción de pagarme una pensión de diez mil marcos anuales a un curso por lo menos algo ventajoso, gastaría mi dinero en Nueva York [...] Pero el hombre en este mundo, demasiadas veces yerra en su verdadero destino y mi ciudad natal consume demasiado *roastbeef* y carne ahumada, como para tener una idea tan inteligente (2004: 84. Destacado en el original).

Este sistema de valores, en el que Hamburgo (y con ella, Europa) se encuentra valorado de forma muy positiva, va a ser el que Marr aplicó para escribir sus ideas sobre la naturaleza, la cultura y la sociedad americanas, y en particular, sus ideas sobre Centroamérica.

2.1. La civilización y la cultura en Estados Unidos

En la narración del viaje hacia Nueva York, aparece una serie de nociones preconcebidas sobre América en general, en las cuales se asocia al continente con lo salvaje y lo no civilizado. Este es el caso, por ejemplo, de la primera mención de los pasajeros del barco en que el viajero inicia su periplo, pues él menciona que tal grupo de migrantes “cambiaría la cultura y la costumbre alemanas por los trucos y los empujones americanos” (2004: 3). Desde esta perspectiva, Alemania (y, por extensión, Europa) se asocia al orden, la cultura y la buena educación, mientras que América se asocia al caos, el truco y la mala educación.

Estas ideas parecen ser comunes en los demás pasajeros del barco. Ello se debe a que, al calificar el tipo de personas que viajan hacia América, aparecen cuatro objetivos principales: los objetivos del viaje a América implican la búsqueda de fortuna, la huida (sea de por razones económicas o por causas pendientes con la justicia), la intención de establecerse o el afán de concretar negocios. Sobre la huida, el narrador describe a “dos o tres figuras indefinibles, en cuyos rostros estaba grabado únicamente el miedo a los acreedores y a las órdenes de captura” (Marr, 2004: 4). Los demás objetivos para el viaje aparecen relacionados a personajes concretos: el compañero de camarote del viajero es un joven de Bremen que “buscaba su fortuna al otro lado del océano” (2004: 5). Por su parte, un pasajero que el viajero nombra como Achherrjeshes²² viajaba con la intención de revisar sus negocios, al igual que dos hermanos que contaban con un contrato para trabajar en Boston (2004: 7).

La representación del continente americano como un lugar exótico o salvaje también se encuentra en las opiniones de otros pasajeros, que Marr menciona en su relato.

²² Según Reinhold, esta expresión significa “Ay Dios mío”, tal como el oído la percibe en acento sajón (2004: 9). Más adelante, el viajero va a cambiar este nombre por el de Schmidt (2004: 19). Ello implica que el nombre de Achherrjeshes es un tipo de burla.

Este es el caso de un berlinés de quien el viajero anota: “[para él] América comprendía una legión de los términos más confusos. Allí todo era selva virgen, mar, ciudades magníficas, indios, matanzas, libertad e igualdad al mismo tiempo” (Marr, 2004: 13). Por ello, se puede afirmar que la imagen de una América exótica e inculta, en donde reina el azar resulta común entre los compañeros de viaje hacia Estados Unidos. Llama la atención el hecho de que en las ideas preconcebidas sobre América, no aparezca ni siquiera una mención al Istmo; es decir, se entiende a todo el continente americano como una única entidad, dentro de la cual, el viajero va a distinguir después una parte en específico: Centroamérica.

Incluso, al conocer a un norteamericano que recibe el nombre de Mr. Genuine, y al que presenta como el estereotipo del norteamericano, el viajero afirma que su interés se encuentra en los negocios y el lucro, de ahí que la cultura letrada posea un lugar secundario, o tome el estatuto de insignificante: “De arte, y especialmente de música entiende tanto como un burro de tocar el laúd” (2004: 68). Empero, la cultura no adopta del todo un papel secundario en cuanto a la exploración y estudio de otros pueblos y regiones, distintas de la metrópoli. Ello se debe a que, de acuerdo con el viajero, la Asociación Etnológica de Nueva York le encomienda una tarea lingüística, poco antes de partir hacia Centroamérica: completar un diccionario, que consistía en “un cuaderno con palabras inglesas en orden alfabético y espacios en blanco para cada traducción en lengua india” (2004: 84). Sin embargo, no se vuelve a mencionar el cuaderno ni las posibles pesquisas que pudo haber el viajero para completar el glosario.

Respecto de la concepción del autor sobre Nueva York, la ciudad se caracteriza por ser grande, imponente e impresionante. Al llegar al puerto de Nueva York, el viajero expresa sus primeras impresiones sobre la ciudad, que más adelante, se irán

transformando. Las primeras palabras sobre la ciudad implican la idea de grandeza, y animación:

[...] Mi mirada pasó por encima de la gente alrededor de mí. Ante mí apareció otra imagen *mayor y más impresionante* [...] Ya se podían distinguir a simple vista ciudades y aldeas y aun los grandes baños públicos que parecían cuarteles, en la playa de Jersey; delante de nosotros se abría la *gigantesca* bahía de Nueva York (Marr, 2004: 40. Destacado nuestro).

La idea de la grandeza de la ciudad contrasta con los prejuicios del viajero, que el relato deja implícitos, respecto de los neoyorquinos. Afirma que “a pesar de todo prejuicio sobre los americanos”, debía reconocer que poco más de un siglo había bastado para transformar una aldea en una metrópoli más impresionante que Londres o París (2004: 41-42). Esto permite pensar en que una parte de las ideas preconcebidas que menciona el viajero está relacionada con la incapacidad de emprender grandes obras, aspecto que el viajero daría por un hecho para con los habitantes de Europa.

La representación positiva de la ciudad de Nueva York no es inmutable, sino que, poco a poco, se convierte en una valoración negativa al describir a las personas que habitan en ella y al describir el carácter de los neoyorkinos. Al tratar sobre quienes abordaron a los pasajeros de la embarcación, aparece el tópico de la bestialidad, la mentira y la estafa. Desde el momento en que el barco arribó:

La vileza humana, infamia y bestialidad abrieron su bazar. Trabajaban la codicia, el hambre y la necesidad. Llovía libelos, recomendaciones de este o aquel comité de un estado en el oeste, de este o aquel ferrocarril hacia allá, tarjetas de visita, ofrecimientos de servicios de estafa (2004: 44).

Por tanto, si la ciudad, a primera vista, parece una metrópoli organizada al modo de las ciudades de Europa; al entrar en ella, el carácter de sus habitantes es hampesco. Mientras que la apariencia de la ciudad es espléndida, el interior de ella resulta hostil para los extranjeros; esta es la razón por la cual la imagen con que el viajero describe a la ciudad y a sus habitantes es la de un escupitajo: Nueva York “hasta ahora solo *había*

escupido media centena de charlatanes” hacia los recién llegados (2004: 46. Destacado nuestro).

Esta idea se encuentra relacionada con las demás impresiones que el viajero anota sobre lo que observa: el corazón de sus habitantes es “más [duro] que los adoquines de sus calles” (Marr, 2004: 47) y Estados Unidos acaba siendo “un país donde no se necesita respetar a nadie” (2004: 61)²³. Ello no es un aspecto enteramente negativo, sino que se trata de una ventaja, pues ello implica que cualquier oficio es válido cuando se trata de ganarse la vida y de sobrevivir, aunque para ello sea necesario estafar a los demás.

Además, esta concepción de Estados Unidos implica una nueva oposición entre este y Europa; para los recién llegados, la llegada al lugar de destino no es agradable: “Cada uno sintió que se había acabado con la tranquilidad alemana; que fue empujado hacia la realidad sin contenido, de una nueva carrera” (2004: 46-47). De este modo, la hostilidad de los neoyorquinos se opone a la tranquilidad (y con ella, queda implícita la cordialidad) común en Alemania: si en esta prima la tranquilidad, en Estados Unidos prima la inquietud; si en el segundo existe una realidad vacía, en la primera existe un contenido.

De esta manera, Estados Unidos termina siendo opuesto a Hamburgo, pues si esta ciudad, y con ella, toda Europa, estaba calificada por su cultura y sus costumbres, Norteamérica es calificada por su grandeza aparente, pero resulta ser un país salvaje pues sus habitantes son astutos, audaces y tienden a embaucar a los inmigrantes, pues estos no conocen el país ni sus costumbres.

²³ Ejemplo de este irrespeto hacia los demás se encuentra, de acuerdo con el viajero, en la falta de atención a los huéspedes y a la obligación de pagar por adelantado: “el reglamento de la casa que llegaba *straight to the point* de nuestras finanzas, el irrespeto absoluto de nuestras personalidades respetables, sonaban con un bien audible *pay and help yourself*” (2004: 48. Destacado y en inglés en el original).

2.2. La civilización y la cultura en Nicaragua

La primera mención a Centroamérica aparece cuando el viajero se encuentra en una reunión con otros alemanes. Marr expresa que una de sus intenciones es visitar los países del sur de Estados Unidos. En esta parte, el discurso presenta algunas ideas preconcebidas sobre Centroamérica relacionadas con el aspecto lingüístico al comparar el “mal inglés” que se hablaba en Estados Unidos con el idioma de los países hispanohablantes: “En aquellos países, de los cuales tenía ideas de naturaleza algo confusa y a los cuales pensaba viajar, se habla un español aún peor que yo no entendería” (Marr, 2004: 75). En otros términos, en el sur de continente americano es lingüísticamente inferior que Norteamérica, y al mismo tiempo, que Europa. Es decir, Centroamérica cuenta con un lenguaje menos desarrollado, lo cual es una de las características que Jáuregui apunta como propias del salvaje, presente desde la antigüedad en el imaginario occidental. Este tipo de prejuicio negativo asignado a Centroamérica respecto de Europa o de Estados Unidos va a ser común en algunas partes del relato de viajes de Marr.

Las intenciones y los objetivos que llevan al viajero a visitar Centroamérica no se expresan claramente; sin embargo, ello parece obedecer a cuestiones políticas: se lleva a cabo meses después de que Marr enfrentara una acusación por haber criticado duramente al gobierno francés, de ahí que el periplo obedeciera a la necesidad de ocultarse, de alejarse de esa situación, o incluso, de esperar a que se olvidara la controversia para poder regresar a Hamburgo (2004: 65). Al llegar al puerto de Greytown, el viajero recurre a una imagen que marca la diferencia entre el hombre europeo y el centroamericano, en tanto la disposición de los tripulantes de la primera embarcación que observa le permite asignar valores positivos y negativos a los individuos, al tiempo que ofrece una idea sobre el tipo de habitantes de Centroamérica.

Marr afirma que tres de los tripulantes del bote eran de color “café negro” andaban desnudos y eran de cuerpos grasientos; el cuarto hombre era un blanco vestido impecablemente. Sin que el viajero exprese apreciación alguna sobre este último, a partir de la asignación de valores negativos a los primeros, es posible afirmar que sobre este último el viajero posee un concepto positivo, en razón de su implícita identificación con el blanco.

Al aspecto de los nativos se añade un hecho más, que consiste en la promiscuidad sexual: “[...] cuya piel heredada de su padre —digo, de su *madre*, pues esa gente o bien no tiene o bien tiene varios padres— contrastaba llamativamente con la ropa blanca de un hombre blanco que estaba acurrucado en el centro de la canoa” (2004: 116). La desnudez y el impulso de los instintos, implícitamente, califica a los otros como salvajes e incultos, opuestos por sí al hombre vestido que llevan en la embarcación y al viajero.

Desde el momento en que sale en piragua hacia el interior de Nicaragua, aparecen, en diversas secciones del relato, las consideraciones del autor sobre la civilización centroamericana. Respecto de este tema, el viajero afirma que en Nicaragua no hay civilización, pues esta se encuentra en dos lugares en específico: en Europa y en Estados Unidos (Marr, 2004: 135). Ello permite afirmar que en el viajero existe una tendencia implícita al eurocentrismo, y a entender la idea de cultura a la manera de Europa: ello le niega a Centroamérica la posibilidad de contar, por sí misma, con cultura y civilización propias. De esta manera, Europa y Estados Unidos (modelos de progreso y civilización para el viajero) son superiores al resto del continente americano.

Esta concepción influye, además, en la manera como se describe el paisaje y la naturaleza. Ello queda de manifiesto al momento de describir el Lago de Nicaragua, pues no solo se trata de un paraje natural, sino que la falta de vestigios de cultura o de industria en el lago hace que este se convierta en un lugar muerto y vacío. Incluso, la ausencia de

cultura es un aspecto que influye en su estado de ánimo, y ello le impide entusiasmarse por conocer, ver y describir el Istmo: “La falta de cultura donde todas las condiciones para tal me saltaban a la vista en un instante, me impedían el arranque del entusiasmo, después de haber pagado el tributo del asombro” (2004: 153). Así, en ocasiones el relato expresa la expectativa de llegar a un lugar industrializado y desarrollado, pero tales esperanzas se desvanecen ante la pobreza y las condiciones de vida de los nicaragüenses. Este es el caso de la llegada a Granada: en camino hacia la ciudad, cuenta con esperanzas de hallar una ciudad como las de Europa, sin embargo, el aspecto de la ciudad muestra las condiciones de pobreza en que viven sus habitantes: así, la ciudad centroamericana se caracteriza por contar con muros de barro a medio construir o en ruinas, por ser sucia y por las edificaciones, las cuales se pueden clasificar en dos tipos: la casona de arquitectura colonial o las chozas de caña (2004: 167-168).

Empero, la situación de pobreza y de suciedad, constantes en las poblaciones que el viajero describe, contrastan con las manifestaciones culturales, los vestigios de civilizaciones antiguas o las manifestaciones de la piedad popular. En el caso de los primeros, los ídolos de las religiones autóctonas son asimilados a la cultura hispánica, de modo que se lleva a cabo un sincretismo entre la religión católica y los rastros de las religiones originarias. Ello se ejemplifica en el barrio de Jalteva²⁴, donde el viajero encuentra una iglesia cristiana en el lugar en donde, anteriormente se hallaba un templo autóctono. En la iglesia, a modo de cariátides del altar mayor, se encuentran “dos hombrecitos esculpidos groseramente en piedra”, ídolos de las religiones originarias, y cuya función parece ser la de representar el triunfo del catolicismo sobre las religiones de los pueblos nativos, asociadas por ello a la idolatría y al paganismo (Marr, 2004: 172).

²⁴ Actualmente, se conoce como Xalteva, población ubicada en León, Nicaragua.

Sin embargo, esta funcionalidad de los ídolos indígenas dentro de una iglesia es una idea del viajero, quien obliga a dar esa explicación al sacerdote a quien le preguntó al respecto.

La situación descrita pone de manifiesto no solo los procesos de evangelización llevados a cabo durante la conquista (la sustitución de un templo por otro como instrumento para que se aceptara y asimilara la religión católica), sino también la mezcla cultural que implica la combinación de dos religiones en un mismo lugar: la existencia de dos ídolos autóctonos en el altar de una iglesia católica evidencia una religión híbrida, mestiza y, si se quiere, criolla: al mismo tiempo europea e indígena. Incluso, la influencia del viajero para que el sacerdote le diera la explicación de que los ídolos representan el triunfo del cristianismo implica que el viajero impone su propia perspectiva y sus propias concepciones para explicar las características del entorno y del espacio en el que se halla.

Así, al preguntar a un centroamericano sobre las condiciones y características de la región, lo que el viajero logra es confirmar su propia visión de mundo, y anula las posibles ideas de su interlocutor; de esta manera, el diálogo que se pueda establecer entre ambos acaba siendo una repetición de lo que el europeo opina: no se trata de un diálogo, sino de un monólogo, en el cual prevalece la palabra del extranjero y su visión colonial de los otros y de sus manifestaciones culturales.

Las manifestaciones de la piedad popular presentes en la representación de Nicaragua son, principalmente, dos: el velorio de un niño y la festividad de la Inmaculada Concepción. Respecto de la primera, es notorio el carácter festivo con el que se puede tratar un aspecto que pudiera adoptar connotaciones de tristeza. La muerte es motivo de celebración y de alegría cuando se trata de un niño. Luego de describir la iglesia de Jalteva y sus ídolos de piedra, el viajero menciona una fiesta al aire libre: el baile, la conversación y demás señales de júbilo, como la quema de pólvora, se unen en el velorio de un niño.

Al igual que en la iglesia, el velorio se califica como un ritual que se encuentra a medio camino entre el catolicismo y las creencias indígenas.

Sin embargo, esta combinación de culturas y de religiones encuentra una explicación coherente: el niño muere sin conocer el pecado y los sufrimientos del mundo: “El buen Dios ha recibido otro ángel pequeño y moreno y el pequeño ángel de color café se ha escapado del peligro de hacerse un pecador terrestre” (Marr, 2004: 172). Esta situación lleva al viajero a considerar una imagen bucólica sobre el indígena y sobre Centroamérica: el velorio concuerda con las imágenes de los relatos de viajes que se leen en Europa sobre los lugares exóticos para la concepción eurocéntrica: la imagen del buen salvaje aparece, así en el relato de Marr.

Por su parte, otro tipo de actividades que permiten vislumbrar las manifestaciones de la cultura nicaragüense son la celebración de la Inmaculada Concepción, llamada “María Concepción” por el viajero (2004: 211). El festejo, realizado durante la estadía del viajero en Masaya, incluye, además, un hecho que es esperado por el viajero con expectativa pues corresponde con una de las actividades del mundo europeo: el teatro. La descripción de la fiesta patronal inicia con una procesión: la imagen de la virgen y el canto de las letanías, elementos propios de la cristiandad, se une en mismo conjunto con las manifestaciones no europeas:

Alrededor de la muchedumbre salvaje y fantástica [de la procesión] corrían indios y negros desnudos y medio desnudos, aullando y agitando astillas de pino encendidas, o bien se habían envuelto en pieles de vacas que estaban llenas de petardos, bombetas y varios otros fuegos artificiales que ardían y explotaban (Marr, 2004: 211).

De este modo, es notorio que la cultura nicaragüense descrita en el relato no es uniforme: es una combinación de rasgos europeos (como la celebración de una advocación de la virgen María y el rezo de letanías) y rasgos de culturas no europeas. A ello se une el conjunto de rituales que rodean el nacimiento, tales rituales corresponden a

una cultura propia de la región, y están relacionados, además, con las prácticas referentes a la salud: “Cuando a un indio le nace un hijo [...] lo lleva a la playa (eso significa aquí, en general, al lago) y allí lo mete debajo del agua. Si la pequeña criatura, como es lógico, después tiene catarro, entonces el indio vuelve al lago solo y llama tres veces en voz alta: ‘¡Viejo del Monte, cúrame a mi hijo!’” (2004: 199-200).

A pesar de las condiciones descritas sobre la cultura, hay un aspecto sobre el cual el viajero afirma que Centroamérica es superior a Europa: el trato y el intercambio comerciales. El comercio en Nicaragua puede llevarse a cabo en completa libertad y sin prejuicio alguno sobre la vergüenza, por lo cual, el viajero considera que el país es superior a Hamburgo, puesto que en Europa, vender artículos por las calles se considera indigno de un caballero: en Europa “uno deja de valer como caballero si en caso de emergencia prefiere ganar su pan con honestidad que con estafas en guantes de cabritilla” (2004: 174-175).

Ello se afirma después de que el viajero intentara vender unas joyas traídas en su equipaje y no recibió reparo alguno en que el hombre que consideraban médico alemán vendiera alhajas por las calles. De esta manera, para el viajero resulta negativo el disimulo al que se dedican ciertos grupos en Europa cuando se trata de las relaciones de comercio y las actividades lucrativas, pues desde esta perspectiva, el vender artículos de puerta en puerta no es digno de caballeros. A pesar de ello, para el viajero la actividad más practicada por los nicaragüenses es el robo, pues en Nicaragua “la artesanía honrada del bandido es la ocupación preferida de la clase baja y el hampa la de la clase alta” (Marr, 2004: 179).

Respecto de las prácticas médicas y el tratamiento de las enfermedades, el viajero, más que asegurar que se trata de la práctica cabal de la medicina, afirma que son costumbres cercanas a la curandería y las supersticiones. Esto se observa en el episodio

sobre Granada: un sacerdote español aplica “su ipecacuana y su tártaro emético” (2004: 178) para cualquier enfermedad, hasta que llegó un médico alemán (el viajero lo llama Dr. B.), quien practica una medicina también rudimentaria, en ocasiones relacionada con la curandería y el empirismo. Incluso, se llega a considerar a Marr como otro médico alemán por haber ayudado al Dr. B. con los pacientes que este atendía:

Por la tarde recibía lecciones y pronto mi manual estuvo lleno de apuntes patológicos. Avancé pronto, pues el campo me interesaba y el dicho de Goethe “de dejarlo al final como a Dios le place”, me procuró el bonete de doctor. Si un día la muerte pálida se acerca a mi lecho, podré decir con buena conciencia que no he curado a nadie hasta la muerte y que por lo menos era superior a los médicos *nativos* (2004: 180. Destacado en el original).

Además de practicarse una medicina muy rudimentaria, el estado de los establecimientos de salud era deplorable, en tanto no contaban con medida alguna para tratar enfermedades. Después de haberse hecho médico por la práctica empírica, el viajero describe un hospital de la región, en la descripción de ese establecimiento resalta el rechazo implícito del viajero ante las condiciones en que aquel se encuentra; por ejemplo, tal hospital es “un lugar donde en Europa no siquiera dejarían morir a un perro rabioso”, en el que trabajan, no médicos, sino “hombres sanguinarios” con instrumentos de tormento y asesinato. En suma, en Granada no hay hospital, sino un lugar en donde se tortura y mata a los enfermos (Marr, 2004: 180). Por ello, la medicina no es un oficio en Nicaragua, sino la práctica de un “delito” (2004: 182). Sin embargo, la opinión del viajero respecto de los nicaragüenses a los que debe atender como médico es negativa, en tanto les niega la categoría de humanos; cuando asistió a la amputación del pie de una anciana, el viajero consideró “si no sería crueldad con los animales tomar aquí medidas cortantes” (2004: 181).

La condición de pobreza, que se generaliza a los aspectos ya apuntados, también se halla en las descripciones sobre las diferentes instancias del gobierno de Nicaragua. Es este el caso de la descripción del ministro de finanzas, las habitaciones del presidente y

el ejército. El encuentro con el ministro se lleva a cabo en una tienda, casi de forma casual. El viajero entra a una tienda de la que sale “un hombre amarillo con una chaqueta blanca y corta y un pantalón de casimir gris”, cuya apariencia dejaba ver un descuido intencional (2004: 177-178). Un hecho similar ocurre cuando Marr llega a Managua y conoce al presidente de la república. Sobre Laureano Pineda, se afirma que estaba tendido en una hamaca, en su casa de habitación, similar a las casas de clase alta del país. Sin embargo, hay un aspecto que permite pensar en el estado higiénico de la casa de Pineda: la cantidad de pulgas que firma el viajero se llevó de la casa del presidente (2004: 222-223).

Por las características anotadas para la cultura en Nicaragua, no es extraño que el viajero cuente constantemente con la expectativa y el deseo de hallar condiciones culturales y sociales similares a las de Europa, pero su deseo acaba defraudado: a los ojos del viajero, la ausencia de la civilización europea en Nicaragua era evidente y generalizada: “la falta de cultura donde todas las condiciones para tal me saltaban a la vista en un instante, me impedían el arranque del entusiasmo, después de haber pagado el tributo del asombro” (2004: 153). Por tal razón, no halla en Nicaragua las condiciones culturales que esperaba encontrar, en virtud de su eurocentrismo: las mismas condiciones de vida propias de Europa. Por ello, la Centroamérica plasmada por el viajero en su relato aparece descrita como un lugar agreste, salvaje, habitado por seres incultos, y por tanto, como un lugar muerto y vacío, mientras que por oposición, Europa (Hamburgo, en especial) se califica como viva, llena de civilización, culta y refinada: “[...] los nombres que suenan tan bonitos como Granada, León, Realejo, a mí también me prometían por lo menos una copia de condiciones y confort europeos” que no llegan a concretarse (Marr, 2004: 167). De este modo, en la descripción de los nicaragüenses, el viajero recurre a varias de las ideas apuntadas por Bartra y por Jáuregui que han servido para describir al salvaje desde antes de la colonización de las partes no europeas del mundo: la lengua

bárbara, la distancia geográfica, el estado de desnudez, la carencia de cultura desarrollada o de un orden efectivo de gobierno (a pesar de que existe un sistema de gobierno en Nicaragua) y la primacía de los instintos son ideas que el viajero toma para describir lo que observa, pero son ideas preconcebidas, presentes en Europa desde mucho antes de la llegada del europeo a América.

2.3. La civilización y la cultura en Costa Rica

La civilización y la cultura en Costa Rica cuenta con rasgos que la acercan a la cultura europea, aunque se mantienen una serie de aspectos que el viajero asigna solamente a lo europeo o a lo centroamericano. Uno de estos aspectos que Marr asigna a uno pero no al otro es el orden y la organización: la embarcación en que el viajero se traslada desde el Realejo hasta el Golfo de Nicoya se describe como desordenada, a pesar de que el capitán del barco fuera un alemán. Ello implica una asignación de valores explícita, pues si Europa se asocia a la idea del orden, la organización y la limpieza, Centroamérica se asocia al desorden, la desorganización y la suciedad:

No obstante que el capitán era un alemán y, lo que es más, un alemán del Norte, las circunstancias propias de estos países no le permitían hacer que su barco fuera una loable excepción de la regla general; y, aunque comparado con la mayor parte de los que se ocupaban en el servicio de cabotaje el nuestro era limpio como el oro, su aspecto horripilaba (Marr, 2004: 312).

El viajero pasa por el Golfo de Nicoya y desembarca en Caldera, sitio del que elabora una descripción distinta si se la compara con las escritas por el viajero de las poblaciones nicaragüenses. Puntarenas (el nombre aparece como Punta Arenas) está emplazado en un paraje muy agradable para el viajero. Aunque la aldea presenta un aspecto ruín (2004: 317), la impresión que da el lugar al viajero hace que lo compare a algunas de las colonias de Estados Unidos en cuanto al progreso del puerto (2004: 318).

Parte de ese progreso se manifiesta en las relaciones comerciales de Costa Rica con Europa, sobre todo con Alemania, esto se manifiesta en la presencia de hamburgueses en el puerto de Puntarenas, así como en la impresión de limpieza y agilidad, que el viajero asocia a los “albores de la civilización” (2004: 321):

[...] en todas partes predominaba una índole ágil, activa y afanosa, que ofrecía el más halagüeño contraste con la tierra de la *raza perdida*, Nicaragua. Y cuando pasaron delante de mí tres marineros hamburgueses y escuché el bien conocido acento de nuestro idioma popular y esa francmasónica palabra de reconocimiento que emplean los hijos de Hamburgo en lejanas tierras, *Hummel*, me conmoví y exclamé: ¡*Viva Costa Rica!* (2004: 321. Destacados en el original).

Sin embargo, el ordenamiento jurídico de la “tierra feliz” (2004: 320) no es del todo eficiente. Marr entró en relaciones con Hermann von Lippe, conde de Lippe, comerciante alemán que está acusado de estafa en los tribunales costarricenses. Las gestiones judiciales no se llevan a efecto con la eficacia necesaria, pues las disposiciones dictadas en San José no se acatan o son contradichas por las autoridades judiciales de Puntarenas: “Si el juez de comercio de San José dicta un fallo en favor del conde (como no podía menos de hacerlo conforme a las leyes del país), este fallo no se cumplía en Punta Arenas” (2004: 325). Esto implica que la organización política y jurídica del país no está del todo formada, puesto que la comunicación entre las instancias judiciales no es del todo eficaz.

Ejemplo de la falta de eficacia de las autoridades es el modo en el que opera una aduana entre Puntarenas y San José, así como las condiciones en que se encuentra el edificio: se trata de una “miserable choza” en la que el control aduanero para con los extranjeros es en extremo permisivo, dado el contrabando al que se dedican y el soborno por medio del alcohol de que es objeto el encargado de revisar la mercancía que entra y sale del país (Marr, 2004: 332). Ello muestra que las autoridades estatales, en ocasiones, son dadas a las prácticas de corrupción.

Algo muy diferente ocurre en la aduana de La Garita, al pie del Río Grande y en camino hacia San José: esa última no es una choza, sino que es similar a una “fortaleza”

protegida del contrabando por las paredes de piedra que rodean el edificio, por el cual debe pasar la totalidad de productos que entran o salen del país (2004: 341-342). El viajero menciona que la revisión de la mercadería está a cargo del administrador general, don Salvador Gutiérrez, quien no practica la corrupción ni el contrabando, salvo cuando se trata de dos altos miembros del gobierno. Esto último muestra que la mejora de las condiciones de vida y de las condiciones de construcción, así como la eficacia de la aplicación de las disposiciones legales del país mejoran cuanto se está más cerca de la capital. No obstante, las autoridades del país, en ocasiones, se dedican al contrabando cuando se trata de asuntos de su propio interés:

Este *don* es incorruptible hasta donde admite el carácter novohispano de la incorruptibilidad, y solo se hace de la vista gorda cuando el señor presidente Juan Rafael Mora o su cuñado el atolondrado y amable general José María Cañas, el gobernador del puerto, ordenan pasar de contrabando mercancías por su altísima cuenta propia (2004: 343. Destacado en el original).

A pesar del avance de la idea de civilización similar a la existente en Europa, existe en Puntarenas un vestigio de la cultura autóctona; en específico, con respecto a la música; el viajero describe de manera casi idílica a los indígenas que vivían cerca de Puntarenas, a lo que describe como usualmente dedicados a la música, en tanto se trata de una práctica común y reiterada, y además, los asocia con un instrumento ligado a la cultura costarricense:

En el umbral de la puerta [de las casas de los indígenas] se veía a menudo a un hombre puesto en cuclillas repicando con dos palitos sobre una caja vacía, en tanto que mujeres y niños escuchaban con devoción esta música tan monótona, que dura con frecuencia hasta la noche. Algún otro tocaba danzas en la marimba, cuyo sonido se asemeja mucho al de nuestro xilófono (Marr, 2004: 326).

Respecto de la disposición de los pueblos que visita el viajero en camino hacia San José, es necesario tratar de tres: Esparza, San Mateo y Atenas. El primero de ellos se describe como un lugar de poca importancia en cuanto a su desarrollo, pues los edificios son “insignificantes”, sin embargo, el pueblo toma importancia por lo que lo rodea, es

decir, Esparza cobra importancia por los árboles, el paisaje y el paraje en el que se encuentra. Tal vez por esta razón lo primero que menciona el viajero sea la altitud sobre el nivel del mar y la extraordinaria fertilidad de los suelos; ello le permite establecer un contraste entre lo civilizado (las características de un edificio) y lo no civilizado (los árboles del lugar): “Hay una iglesia insignificante y mezquina [...] y tan solo resulta pintoresca por unos árboles colosales de mango que le dan sombra” (2004: 334).

No obstante lo anterior, Esparza cuenta con un aspecto que el viajero contrasta con lo descrito por él en Nicaragua: en el pueblo se experimenta “una sensación de limpieza” inexistente en Nicaragua, aunque esta sensación no se compara con la del norte de Alemania. De este modo, para el viajero, aunque Costa Rica se halla más cerca de la idea de civilización con respecto a Nicaragua, estas dos últimas no se comparan con Europa, la cual viene a ser el parámetro con que el viajero mide el grado de progreso y de cultura de Centroamérica.

Marr y los dos alemanes con quienes él emprende el camino hacia San José (Juan Knöhr y Julio Balke) pasan una noche en San Mateo, para continuar el viaje al día siguiente. A pesar de haber sido un lugar que el viajero pudiera haber observado con más detenimiento, dada esta circunstancia, la descripción de San Mateo se caracteriza por ser escueta en extremo: una altiplanicie en donde había “casas diseminadas y pequeñas haciendas” (Marr, 2004: 335); no existe dentro de la descripción un elemento que defina un rasgo propio de un pueblo, como sí lo hay en Esparza, una iglesia, una plaza o un conjunto de vecinos: San Mateo se describe sin un aspecto que indique cohesión alguna, es un pueblo desperdigado.

Algo muy similar sucede con la descripción de Atenas, puesto que lo notable de este último lugar es que sirve como antesala para ingresar al centro del país, a un “Edén”; el viajero sabe que ha llegado a Atenas porque menciona tres aspectos concretos: la

presencia de nubes de humo, los sembradíos de maíz y plátanos y las casas que apenas pueden distinguirse (2004: 339)²⁵. Además, Atenas sirve como punto para observar la totalidad del valle central, por lo que ofrece una vista general del centro del país: el viajero menciona los volcanes Poás, Barva, Irazú y Turrialba, las montañas de Orosí, el paso del Desengaño y la impresión de blancura de algunas iglesias o haciendas del valle (2004: 339-340).

Por su parte, la mención de lugares, pueblos o parajes con nombre, fuera de los mencionados, no se lleva a cabo hasta que el viajero se encuentra en San José. En el camino se encuentran muchas haciendas y el viajero cruza tres riachuelos sin saber que se trata de los que rodean la ciudad: Bermúdez, María Aguilar y Torres (2004: 344). No obstante que observa mayor animación, más construcciones y se fija en la pavimentación de las calles, los aspectos que observa no lo hacen afirmar que se encuentre en la capital:

Luego volví a ver ventanas con vidrios, muy parecidas en su forma a las de Nicaragua. A mano izquierda estaba un viejísimo cajón que, al mirarlo con más detenimiento, resultó ser una iglesia.

—Espero que pronto lleguemos a San José— dije a mi compañero—.

—Hace diez minutos que estamos en la ciudad—me respondió— (Marr, 2004: 345).

Para Marr, San José es una ciudad “en el sentido centroamericano del término” (2004: 345); es decir, una ciudad que no puede compararse en con las condiciones de desarrollo y habitantes a las urbes europeas, sin embargo, el viajero anota que existe cierto afán de parecerse a Europa: la ciudad era relativamente limpia, contaba con ciertas construcciones de estilo europeo y las calles se identificaban con nombres; estos aspectos se suman a una sensación de “alegría y contento” en los habitantes de la ciudad (2004: 345). Un ejemplo de que la ciudad cuenta con un afán de imitación de lo europeo se halla

²⁵ Otro poblado que cuenta con estas mismas características es Ojo de Agua (el viajero escribe Ojos de Agua): solo consiste en “unas cuantas viviendas de campesinos” dispersas en media legua de extensión (2004: 344).

en la adquisición de muebles y artefactos de hechura cosmopolita, rodeados de un ambiente poco refinado, que subraya la diferencia de condiciones:

En cuanto al gusto no lo hay ni medianamente depurado [...]. Se adquiere una cosa sin pensar que hacen falta diez más para darle el necesario realce. Es más, no se tendría empacho en poner sobre un piso de ladrillo, cerca de un diván con almohadones de terciopelo, una mesa tosca de madera, sobre la cual el dueño de la casa coloca su silla de montar [...] (2004: 349).

Un hecho interesante en la descripción de la cultura consiste en la representación de un día de mercado en San José. Este episodio muestra un conjunto de ideas sobre las prácticas económicas comunes en la población de la capital así como el tipo de educación que se da a los jóvenes y a los niños.

El viajero describe la animación y el movimiento frente a la catedral: los habitantes dejan de ser apacibles para convertirse en mercachifles, todos los miembros de la sociedad son al mismo tiempo vendedores y compradores:

Detrás de los improvisados mostradores hay oficiales, capitanes y mayores vendiendo clavos, cortaplumas y tijeras; magistrados de la Corte Suprema expenden medias de algodón [...] Más todavía: eclesiásticos desempeñan interinamente el oficio del caballero de la vara de medir mientras este almuerza (2004: 363).

Esto lo lleva a comparar el movimiento de compras y ventas con el tópico bíblico de los mercaderes del templo: mientras en la catedral se celebra una ceremonia, los mercaderes lucran y negocian a la puerta del templo (Marr, 2004: 363). A pesar de que para el viajero el movimiento y la animación que implica el comercio, el fenómeno no deja de revestir cierta tristeza, sobre todo cuando afirma que la educación dada a los más jóvenes está en función de la artimaña comercial, el regateo y la compra y venta, cuando debería estar en función del trabajo agrícola, puesto que la principal actividad del país es la agricultura.

Esta situación conlleva consecuencias negativas para la economía costarricense: dedicarse a la venta y compra de bienes reduce la cantidad de trabajadores agrícolas, esto último hará “también de los costarricenses tarde o temprano una *raza perdida*, salvo que

un gobierno fuerte opere un cambio” (2004: 364. Destacado en el original). Más aún, esta práctica es causa de la pérdida de productos agrícolas (se menciona el caso del café, perdido por falta de trabajadores) así como de la carestía de productos como la mantequilla y la leche: se producen solo las cantidades necesarias para el propio consumo ya que la actividad de mayor importancia es el dedicarse al mercado (2004: 365). De ahí que, en asuntos económicos, el viajero compare al costarricense con un judío: “La llamada Bolsa de los Judíos en Hamburgo resulta un salón comparada con la mezquindad del pequeño comercio que aquí se hace”. No obstante la actividad comercial y las consecuencias negativas para el desarrollo del país, el viajero afirma que aún se utiliza la semilla de cacao como moneda corriente en el país y que la cultura costarricense se encuentra por encima de la hallada en Nicaragua (2004: 364).

Ejemplo de la importancia del comercio y el regateo para los habitantes de la capital es la descripción del Ministro de Hacienda y Guerra, don Manuel José Carazo: el viajero describe que el ministro y su esposa atendían una venta de todo tipo de artículos, en la que se acostumbra practicar el regateo, no obstante que el talento y el conocimiento de Carazo son tales que se desperdician en asuntos de ese tipo: un hombre que parece un “buhonero judío” (2004: 365), aunque con el trato continuo, el ministro parece el “europeo más culto y no a un habitante de un remoto rincón de la tierra” (Marr, 2004: 366). Este personaje es un ejemplo de la afición apuntada por Marr al afán de lucro y de negocio que él halla en los costarricenses: se trata de un ministro del Estado que cuenta con un negocio particular, que sirve para hacer dinero.

A diferencia del mercado de San José, el que se efectúa en la plaza de Cartago cuenta con una descripción ajena al regateo y la posible estafa y más cercana a lo agrícola y lo pintoresco: el viajero menciona algunos productos que pueden encontrarse en abundancia, así como la reunión de personas de todos los grupos sociales sin grandes

distinciones, compran y venden las personas de todo tipo (indígenas, campesinos, así como hombres y mujeres de abolengo):

Figuran en él [en el mercado] los más hermosos frutos hacinados en superabundancia. Montañas de naranjas, piñas, bananos y plátanos, montones de cacao, maíz y frijoles, pieles de venado y de tigre, a la par de todo lo cual montan guardia las encantadoras muchachas campesinas de ojos negros con sus coquetos sombreros de paja, iguales a los que usan los hombres, revueltas con los indios estúpidos de Orosí y Viceita y rodeadas de *dones* y señoritas (2004: 385-386. Destacado en el original).

Además de lo apuntado, resulta notorio el hecho de que Marr no sea el único viajero alemán en Costa Rica: él se encuentra con que Karl Scherzer y Moritz Wagner, acompañados por un bávaro de apellido Hutzel, recién han llegado al país navegando por el San Juan y el Sarapiquí. Este encuentro reviste importancia para el desarrollo del relato de viajes sobre Centroamérica escrito por extranjeros: no solo Marr puso por escrito su viaje, sino también Scherzer y Wagner consignaron el relato de su viaje, aunque, según Marr, la razón del viaje de ambos era de carácter científico²⁶, en tanto estos se dedicaban a la recolección de plantas (hierbas y flores) y animales (tales como escarabajos y mariposas). La referencia a estos otros dos viajeros sirve para poner de manifiesto que era deplorable la condición de las rutas y caminos del país (Marr, 2004: 367-368), en razón de las condiciones de pobreza de la población y el poco tránsito de extranjeros hacia el país:

De nada sirvió que un agrimensor alemán de apellido Dibowsky, natural de Königsberg, les hiciera notar la circunstancia de que dese el descubrimiento de Costa Rica no habían venido ni doscientos viajeros [...] y que la población del país es demasiado escasa y demasiado pobre para poder realizar esa obra, un dentro del espíritu americano de especulación (2004: 367-368).

El capítulo que trata sobre San José acaba con una referencia a las ceremonias fúnebres, a las costumbres del clero costarricense y con una descripción de las peleas de

²⁶ En fechas recientes, se ha efectuado la reedición en español del texto de estos dos científicos: Scherzer, Carl y Moritz Wagner. *La república de Costa Rica en Centroamérica* (1856). San José: Editorial de la Universidad Estatal a Distancia, 2016.

gallos, las cuales son una forma de entretenimiento general, y sirven al viajero para conocer y describir a personas que, a la postre, fueron destacadas por la historia nacional. Con respecto a las honras fúnebres, el viajero apunta que los ritos suelen efectuarse acompañados por música de violines y violonchelos y no se acostumbra la utilización de ataúdes de madera, sino que se utiliza un simple sudario y unas andas para trasportar el cuerpo, el cual, al momento de inhumar, se encuentra en completa desnudez (2004: 369).

Por su parte, el clero cuenta con dos características muy notorias: la relajación de las costumbres y la ignorancia de los sacerdotes, además de la dedicación de estos a actividades comerciales, esto se debe a que el país es, desde la perspectiva del viajero, muy tolerante en materia de religión (2004: 369):

Aparte de su ignorancia crasa, el alto clero se compone en general de alegres y regocijados colegas que producen café o llevan a sus bueyes al mercado, como el jovial y rumboso padre Bonilla, o construyen casas y procrean hijos, como el padre Madriz, el cual, de veinticuatro frutos vivos del amor ha reconocido doce como legítimos y les ha hecho legados en su testamento; o, por último que buscan la felicidad en el vino, como el sediento padre Calvo (2004: 370).

Por tales razones, Marr considera que el pueblo no cuenta con fanatismos no ve con malos ojos las prácticas, que en principio, están vedadas para los miembros del clero, como la procreación o el alcoholismo.

La visita a una pelea de gallos, al final del capítulo dedicado a la descripción de San José, se explica por un deseo del viajero: conocer a los hombres notables de la ciudad. Este resulta ser un entretenimiento, tanto para los grupos acomodados y adinerados, como para los grupos de más modesta condición. Es en una pelea de gallos en donde el viajero conoce al presidente, Juan Rafael Mora, y al jefe del ejército, José Joaquín Mora. El presidente es descrito como un hombre socarrón que delega los asuntos de gobierno en sus ministros o en sus ayudantes, y solo se ocupa de ellos en cuanto afecten su propio interés (Marr, 2004: 370).

Para el viajero, los notables de San José se dedican, principalmente, al disimulo y la astucia. Tal es el caso de Juan Rafael Mora y de José María Castro Madriz. Según el viajero, Castro Madriz estuvo exiliado después de haber asumido la presidencia: “En presencia de Mora sabía dar a su fisonomía morena y pálida los pliegues dulcemente sonrientes en que el español oculta su puñal; pero Mora [...] observa con mirada recelosa las amabilidades de Castro para con todo el mundo” (2004: 371). Por su parte, parece no existir diferencias de grupos sociales durante la pelea de gallos, en tanto el evento reúne a las personas de toda condición: “Reinaba la más completa igualdad. El presidente no tiene el menor escrúpulo en apostar sus pesos contra los del último *peón*. El juego de gallos lo absorbe todo” (2004: 371. Destacado en el original).

Luego de unos días en San José, Marr parte hacia Cartago, y posteriormente, a La Angostura, en Turrialba, para trabajar como ingeniero en el proyecto de colonización que estaba desarrollando Alexander von Bülow en ese lugar. Resulta muy notorio el hecho de que Cartago no cuente con mayor atractivo para el viajero, ni con edificios notables, lo único que da animación y actividad a Cartago es el día del mercado: “La antigua capital del país parece como si se estuviera perdiendo el presente bajo un gorro de dormir” (2004: 379). En ella, habita un vecindario muy afable y cordial, lo cual contrasta con las características que el viajero otorga a los josefinos: si los primeros son honrados, corteses y amables, los segundos son personas a las que se les debe tener poca confianza, sobre todo en asuntos de negocios (Marr, 2004: 379).

Además de lo anotado, el viajero menciona un hecho de carácter político, al describir la manera en que se colonizó el paraje en donde se asienta Cartago: el viajero afirma que gran parte del desarrollo del lugar se debe a Braulio Carrillo, quien con un proceder despótico, obligó a los indígenas y a quienes vivían en el camino de San José a Cartago con tierras, a condición de que estas fueran puestas a producir maíz; tal proceder

es para el viajero un acto despótico, aunque inteligente, en tanto se está llevando el progreso, la cultura y el trabajo a tierras muy fértiles, que pueden servir para bien del ser humano. Sin embargo, las condiciones políticas del país fueron convulsas durante ese periodo, lo cual constituye una desgracia y una causa de atraso, desde la perspectiva del viajero, lo cual, además es para él una característica propia de la política hispanoamericana en general, en tanto el fin de los políticos parece ser, por lo común, la muerte, de ahí que la política sea un ejercicio peligroso, a causa de las intrigas, maquinaciones y conjuras que pueden suscitar el gobierno de países recién formados: “Por desgracia don Braulio fue expulsado por el general Morazán [...] A Morazán lo fusilaron en una revolución y don Braulio pereció en Nicaragua [en realidad, fue asesinado en El Salvador] a manos de un asesino, como sucede habitualmente a los gobernantes novohispanos” (2004: 380-381).

De este modo, la cultura y las costumbres descritas por el viajero durante su estadía en Costa Rica acercan a este país a la idea europea de civilización: para el viajero, Costa Rica es un país a medio camino entre la civilización y lo inculto o salvaje, en tanto cuenta con una sociedad en donde habita con relativo éxito una colonia de inmigrantes europeos, y además, resulta ser un país en donde se llevan a cabo proyectos de colonización, como el del barón von Bülow, por causa de los posibles beneficios para el país, pues la idea por la cual se defienden la colonización e inmigración europeas es por la entrada al país de trabajadores y labradores, que harían producir la tierra aún virgen. Esta es la razón por la cual el viajero apunta de la existencia de una “conspiración” (posiblemente, tal conspiración haya sido un contrato o convenio) para atraer alemanes que pudieran establecerse en el valle central (Marr, 2004: 419)²⁷.

²⁷ Algunas noticias sobre este hecho se deben a Carl Scherzer y Moritz Wagner: “En junio de 1853, un alemán residente en Costa Rica, un cierto señor Marr de Hamburgo, perdió de tal manera los estribos que hizo con el Gobierno de Costa Rica un contrato que pensándolo bien, mucho se parecía a la trata de negros africanos” (Scherzer y Wagner, 2016: 49).

2.4. La cultura libresca en el relato de viajes

El discurso elaborado por Marr cuenta con características que permiten asociar este texto con la literatura: el viajero no solo escribió un informe o relato de sus impresiones, sino que le dio a su discurso un carácter asociado más a lo literario que a lo simplemente informativo. Ejemplo de ello son las referencias y menciones o tópicos propios de la cultura grecolatina o de textos literarios considerados clásicos (por ejemplo, *Don Quijote*).

Este tipo de referencias, tales como los tópicos de la tradición literaria occidental, y de las mitologías latinas y griegas permite pensar que Marr, además de ser un hombre instruido y culto, creó, acaso sin habérselo propuesto, un relato de viajes con características más literarias que utilitarias: no solo interesa saber qué hay, cómo es, o qué posibilidades de provecho y colonización tiene Centroamérica, sino que también interesa darle al discurso un tratamiento en tanto tal: de ahí que el relato de viajes sea un producto también literario, pues se hallan en él tópicos de la tradición literaria. A ello se une el hecho de que a lo largo de la narración aparece un conjunto de frases sobre qué concepción tiene el viajero sobre el discurso que él elabora.

Como ejemplo de estos rasgos de carácter literario, aparece en el texto el recurso de apelar al lector, propio de la literatura decimonónica; a propósito de las actividades económicas a las que el viajero se dedica, aparece una frase en la que se habla al lector y se infieren las posibles reacciones de este ante el discurso: “Puede Ud. torcer la nariz, querido lector; pero como Ud. no me paga: *Hold your tongue!*” (Marr, 2004: 187. Abreviaturas y destacados del original). Ello implicaría que el viajero cuenta con un objetivo concreto: escribe para que su texto se publique y sea leído, no escribe para sí mismo o para fines privados, sino para que el texto salga a la luz.

La primera referencia que aparece en el texto es sobre cómo concibe el viajero su propio texto, este se caracteriza por ser un conjunto de reflexiones antes que la pintura de lo real: “buscar la paleta solo para colorear mis reflexiones, pero no las cosas” (2004: 4). Por tanto, para el viajero el discurso cuenta con un carácter principalmente personal: no se escribe sobre lo externo, sino sobre lo interno; de ahí que en el relato la primera persona sea la más utilizada, no solo porque el viajero escribe sobre lo que lleva a cabo y desde su propia perspectiva, sino porque también el viajero escribe sobre sus pensamientos y sus reflexiones.

Incluso, el discurso del viajero puede contar con otra finalidad, más allá de la mera presentación de las reflexiones de su autor: el discurso que el viajero elabora puede también servir para la propia diversión y el entretenimiento, de ahí que sea posible relacionar el discurso del relato de viajes con un aspecto privado. Se escribe, no para ser leído por otros, sino que se escribe para el propio entretenimiento, de ahí que la publicación del relato sea, según su mismo discurso, un aspecto secundario:

No voy a tener aventuras como las que sazonan el pavimento de París, pero usaré el breve tiempo de mi estadía aquí [Nueva York] para describir lo que me llamó la atención para diversión mía y, tal vez más tarde, la de otra gente (Marr, 2004: 50).

Además de lo dicho, el punto desde el cual se enuncia el relato de viajes (desde el lugar visitado y no desde el hogar, una vez efectuado el viaje) permite pensar en que el viajero, tal como lo afirma a lo largo del relato en algunos pasajes, llevaba a cabo la escritura simultáneamente a su viaje²⁸. El viajero, incluso, juzga el tipo de estilo que debe primar y utilizar para llevar a cabo su cometido: debe escribirse “tan desordenadamente como es posible” (2004: 50-51), para con ello, diferenciarse de los relatos de viajes escritos por alemanes, caracterizados, implícitamente, como ordenados en exceso.

²⁸ Ejemplo de ello es el recorrido por el río San Juan, en camino hacia el interior de Nicaragua: el viajero hizo algunas notas en tal sitio sobre las características generales del río (caudal, profundidad, vegetación, otros), las cuales se funden con el resto del relato, que adquiere su forma definitiva posterior al viaje (2004: 156).

Otro aspecto del discurso relacionado con la escritura *in situ* es la presencia de cortes en el texto, que dan la idea de una escritura desordenada o poco organizada. Este es el caso de un pasaje en que el viajero anuncia que va a tratar de la amputación de un pie a una anciana, seguido de lo cual el viajero menciona cómo se inició en la medicina y después narra lo anunciado párrafos anteriores (2004: 179-182). No obstante esta característica, también existen marcas en el texto que permiten pensar en una organización del texto posterior al viaje. Un ejemplo de este trabajo de reescritura y de reelaboración del relato se encuentra en la descripción del sacerdote de Granada: “quien más tarde llegó a tener tanta fama en las guerras contra los filibusteros” (2004: 184), tales guerras sucederían cerca de tres años después de efectuado el viaje por Centroamérica y siete años antes de la publicación del relato, de ahí que exista una combinación de escrituras: hay indicios de una elaboración en el lugar visitado, así como de una elaboración textual posterior a la realización del periplo.

A pesar de que el viajero lleva a cabo la escritura de un relato de viajes, la opinión que sobre este tipo de discurso es negativa, en tanto el género cuenta con afinidades y similitudes con otros géneros discursivos, propiamente ficcionales. Es decir, el relato de viajes puede contar con aspectos y temas propios de la imaginación del autor, de ahí que estos puedan confundir al lector, al hacer pasar por real un hecho ficcional. Esta opinión aparece a propósito del proyecto de un antiguo marinero de Nueva Orleans, que pretendía establecer un negocio de importación de todo tipo de frutas a Nicaragua desde Jamaica, cuando el viajero tenía entendido que en Nicaragua se producía todo tipo de cultivos, dada la fertilidad de la tierra:

Los entusiastas meten sus narices en un país, luego lo exageran todo, lo bueno y lo malo y confunden al lector. Antes de mi partida conocí a algunos que me contaron cosas fabulosas, que habían visto todo rosado y también vieron crecer las piñas al lado del camino (Marr, 2004: 103).

El relato de viajes, como género discursivo, no solo confunde al lector al presentar hechos propios de la ficción, aunque verosímiles, sino que también hace creer a los lectores ideas del todo inverosímiles: este es el caso del caudal del San Juan, a propósito del proyecto de construcción del canal de Nicaragua, los lugares peligrosos del río no son lo que han dicho otros: “Entonces falta mucho para que sean cataratas, como había afirmado la fantasía enloquecida de algunos turistas” (2004: 157). Este hecho es sumamente significativo, puesto que pone de manifiesto las posibilidades de que el relato de viajes recurra a la ficción y a lo que Pratt (2010: 149) llamó como literatura de viajes sentimental: el relato presenta, no las condiciones objetivas de la tierra por explorar, sino las aventuras y desafíos que debe enfrentar el viajero.

Además de las reflexiones sobre la naturaleza del discurso propio, en el relato aparecen una serie de referencias a obras literarias y mitológicas: ejemplos de ello son la mención de Robinson Crusoe, como una de las posibilidades en caso de que naufrague el barco en que se realiza el viaje hacia Estados Unidos, lo cual muestra a un emisor instruido. Empero, esta posibilidad no es opción ninguna en medio del Atlántico: “El agua fatal es tan ancha y sin islas entre Land’s End y Sandy Hook, que a uno ni siquiera le queda la perspectiva consoladora de poder instalarse a plazo indefinido como *Robinson Crusoe*” (2004: 10. Destacado en el original).

Un segundo tópico literario presente en el relato del viajero es el de Pablo y Virginia (procedente de una novela homónima de 1787), a propósito de la visión romántica del trópico y la comparación entre esta y las condiciones que el viajero describe cuando se encuentra en Nicaragua: una de las descripciones del viajero sobre la naturaleza en este lugar se asocia con el sentimiento de la congoja. De esta manera, se subvierte el estereotipo del trópico como un lugar armonioso y propicio para el idilio y se lo asocia a la muerte y la desgracia: “Aquí no caben pensamientos de Paul o Virginia y ni siquiera

ese rancho desmoronado [...] parecía servir como asilo de amor inocente, sino más bien para dejar allí su último suspiro de la vida o bien su última maldición” (Marr, 2004: 123).

La referencia a aspectos literarios para la descripción de espacio y lugares también se utiliza para referirse a las personas sobre las que el viajero escribe. Ejemplo de ello es la comparación, en camino por el San Juan, entre un guarda de la Aduana y un personaje de la cultura libresca: Fra Diávolo, por la similitud entre un guarda y un salteador. El viajero describe a un personaje que refleja la astucia y la malicia, además, en el relato no aparece el nombre del personaje, sino que se lo llama con el nombre consagrado por la ficción: “Cuando *Fra Diávolo* oyó de nuestro patrón que yo era un oficial francés [...] y *muy valiente*, me saludó como camarada y me aseguró que el presidente Pineda estaría muy feliz si yo entrara en el *ejército*” (2004: 154-155. Destacados en el original)²⁹. Un aspecto significativo de este personaje es el hecho de que, de forma implícita, el viajero lo considera superior a los demás nicaragüenses por llevar botas, en tanto este aspecto sirve como señal de un hombre civilizado: “El hombre, por su apariencia física podía ser el prototipo de un *salteador*, cuyo carácter se intensificaba con su ropa, una chaqueta de sargento, gris con franjas, igual el pantalón, botas —¡sí, botas! Era *el primer nicaragüense calzado* que veía [...]” (2004: 154. Destacados en el original).

Este aspecto muestra que el viajero es un sujeto instruido en la cultura europea, y por ello, su discurso es, antes que un informe de lo visto en su viaje, una manifestación con rasgos literarios: uno de ellos es la elaboración del discurso y la presencia de aspectos, referencias y tópicos propios de la literatura. Otro aspecto propio de la literatura, no ya solamente europea, sino también de las tradiciones orientales, es la mención de Scherezada, asociada al murmullo de la naturaleza. En el momento del crepúsculo, la naturaleza emite un murmullo que “inaugura su concierto”, es decir, los sonidos de los

²⁹ El texto se refiere a Laureano Pineda, presidente de Nicaragua entre 1851 y 1853.

animales nocturnos (Marr, 2004: 149), a semejanza de la narradora de las *Mil y una noches*: ello permite afirmar que la concepción del viajero sobre la naturaleza es, en ocasiones, positiva, pues se la asocia a una narración literaria.

Un tema que permite asociar el relato de viajes con la tradición libresca de Europa se refiere al buen salvaje, tópico presente en la literatura ilustrada y en el relato de Marr, a propósito de la descripción del interioridad del indígena nicaragüense: la mirada de los indígenas estaban “llenos de bondad natural” (2004: 151): se trata de un salvaje inocente, un hombre edénico, aún no influenciado por la civilización, que en este caso, se asociaría con la malicia y la falta de inocencia. Esta concepción del indígena como hombre edénico contrasta con las otras opiniones del viajero sobre este grupo, pues en ocasiones se los describe como carentes de inteligencia, hasta llegar a la curiosidad frente a los artefactos de la civilización y a una especie de intercambio comercial entre los indígenas y el viajero: “Intercambiamos un puñado de munición por unas papayas, bananos y plátanos”. Sin embargo, el viajero se otorga a sí mismo un lugar de superioridad frente a ellos, por lo cual, el tópico del buen salvaje le niega al indígena la posibilidad de ser considerado por el viajero como un ser igual a este, sino que resulta inferior de todas maneras, al considerar el viajero que el salvaje no es del todo un ser humano: “En el estado de salud en que nos encontrábamos, también habríamos agradecido mucho a unos indios salvajes” (Marr, 2004: 152).

Las referencias de la literatura y de la mitología clásica sirven para establecer comparaciones con las situaciones o las personas que el viajero se encuentra en su camino. Ejemplo de ello es la mención de Endimión, enamorado de la diosa Selene, a propósito de la circunstancia en la que se encontraba una dama que viajaba en el mismo barco que él: ella, llamada Diana Meier (Diana era otro de los nombres de Selene), iba a encontrarse con su pareja en Estados Unidos; el nombre le sirve al autor para elaborar imaginaria y

literariamente el encuentro de ambos: sería una reunión, no entre Diana Meier y su pareja, sino entre Diana-Selene y Endimión (2004: 10). Otro elemento de la mitología clásica son las Erinias, a las cuales, al igual que en la tradición griega, se les otorga un papel adverso, en tanto su función es vengar un crimen (2004: 60)³⁰.

Además de las referencias a los personajes de las mitologías clásicas, el viajero efectúa una crítica contra lo que otros autores y viajeros alemanes escriben y publican en Europa sobre Centroamérica. Esta situación aparece a propósito de la mención de la destrucción de Cartago en 1841 por la fuerza del Irazú³¹. Streber, compañero de Marr en la excursión a Cartago, recibió unos diarios alemanes en los que aparece un artículo de un autor mencionado como “el célebre profesor Berhaus de Berlín” en el que aparece una exageración sobre las erupciones volcánicas ocurridas en Nicaragua y Costa Rica:

El hombre debe haber estudiado de un modo tremendo, se le ha hecho un embrollo de todo el asunto pero es poco lo que ha visto. Sus descripciones de Nicaragua y Costa Rica son espeluznantes; su docto pincel pinta con colores de diluvio universal o de lava candente. Sus erupciones volcánicas se multiplican como conejos, y Streber y yo nos revolcábamos literalmente de risa leyendo las frases patéticas con que el señor profesor vaticinaba *the last days of Miravalles* (Marr, 2004: 384. Destacado y en inglés en el original).

Esto permite apuntar que existía entre Costa Rica y Europa un intercambio de bienes culturales, como los diarios, acaso por la influencia de la migración europea; al mismo tiempo, la descripción romántica de las condiciones naturales de Centroamérica permite afirmar que en Europa se concebía esta parte como un lugar en que predomina la fuerza de los elementos, hecho que la opondría a Europa, en donde dominaría la fuerza del ser humano y del intelecto. Sin embargo, Centroamérica es objeto de una doble lectura, y por ello, se halla sujeta a una doble representación: el Istmo puede ser

³⁰ Otra figura, al menos mencionada en el relato, es la de Citerea, otro de los nombres con que se conoce a la diosa griega Afrodita (2004: 358).

³¹ El terremoto del 2 de setiembre de 1841 se conoce con el nombre de San Antolín. Acaso informado por las fuentes de la época, Marr atribuye el origen del sismo a la actividad del Irazú, sin embargo, parece que el terremoto obedeció al movimiento tectónico y no a la actividad volcánica (Fumero, 2010: 14-15).

representado románticamente, como sucede en el artículo del doctor Berghaus, o puede ser representada de una manera pretendidamente objetiva, como sucede con el relato de Marr.

Esta presunta objetividad permite que el viajero responda al doctor con dos artículos, que muy posiblemente hayan recurrido a la idea de que el autor observó de primera mano los volcanes de Costa Rica y Nicaragua, y que no se trata, como afirma el viajero, un producto del estudio exhaustivo que ha causado el embrollo de las ideas. Marr espera publicar esos dos artículos en los periódicos de Alemania: “Yo he escrito, entre bromas y veras, dos artículos que me han resultado muy bien contra esa publicación [...] como deseo gloriarme de ellos, los guardo para el *Correspondenzblatt* Hamburgués, ‘periódico el Estado y científico’” (2004: 384). El hecho de que se exagere sobre las condiciones naturales de Centroamérica no es, para el viajero, un hecho aislado, sino que desde su perspectiva, es una práctica común en el círculos científicos europeos: “Como quiera que sea, no es cierta ni la milésima parte de lo que se escribe obre el vulcanismo de estos países” (2004: 385).

Marr no solamente redactó un informe o un recuento de los aspectos notables hallados en el viaje, o de las oportunidades que podía ofrecer Centroamérica para los intereses europeos: la presencia de fuentes y referencias propias de la cultura y de la formación libresca europea, tales como la mención de personajes mitológicos, de tópicos de la cultura y de la literatura, así como la conciencia del tipo de discurso que estaba elaborando el viajero, dan cuenta de que la intención de Marr era otra: se trata de un texto con características literarias, de ahí que el discurso de este relato de viajes cuente no solo con los aspectos esperables de un relato de viajes (lugares visitados, actividades realizadas, lo más notable de los lugares, entre otros), sino con una serie de aspectos que

relacionan el texto con la literatura y con el discurso elaborado en función, no solamente del contenido, sino también de la forma de tal discurso.

CAPÍTULO III

LA MIRADA Y SU INFLUENCIA EN EL RELATO DE VIAJES

Capítulo III

La mirada y su influencia en el relato de viajes

La época en la que Marr viajó por Centroamérica y escribió su relato de viajes cuenta con una amplia tradición científica: en el siglo XIX, los europeos interesados por el saber científico y etnológico realizaron expediciones a zonas poco exploradas o por descubrir, por ejemplo, África y América fueron objeto de interés, estudio y análisis por parte de los científicos decimonónicos. Para el caso del continente americano, la publicación de gran cantidad de relatos de viajes da cuenta del interés que despertaba la región en la sociedad europea; ya fuera este de carácter mercantilista, utilitario, o estrictamente científico. El ejemplo paradigmático de la exploración de América durante el siglo XIX es el periplo de Alexander von Humboldt y la publicación de sus textos sobre el continente (Pratt, 2010: 211-267).

Crary (2008: 17-19) argumenta que durante esta época se transformó la manera en que se concebía y practicaba el ejercicio de la visualidad, en tanto se instauró un nuevo modelo de representación, cuyos antecedentes se hallan entre 1820 y 1830. Según el autor, en este periodo coexiste la manera de observar en la que prima el realismo con una visión propia de “artistas avanzados” (2008: 19). A la postre, esta última suscitaría el apogeo de la llamada pintura modernista (que Crary delimita entre 1870 y 1880) y el desarrollo de la fotografía (el año crucial para ello es 1839) (2008: 20).

Según Crary (2008: 21), un observador es “alguien que ve dentro de un conjunto determinado de posibilidades”, ello implica que el ejercicio del observador se halla, necesariamente, constreñido y sujeto a prácticas culturales y científicas predominantes en una época (2008: 23). Para el caso del siglo XIX, la reorganización y la emergencia de una nueva forma de observar el mundo se halla fundamentada en la aparición de un conjunto de artefactos y dispositivos diseñados para crear ilusiones y efectos ópticos; ejemplo de

este tipo de artilugios son el estereoscopio y el fenaquistiscopio, cuyos antecedentes se encuentran en la llamada *cámara oscura*, propia del siglo XVIII (Crary, 2008: 47-95)³². El autor apunta como ejemplo la invención y popularidad de la fotografía, un elemento que, a la postre, daría indicios de esta nueva “economía cultural de valor e intercambio” (2008: 131). A criterio de Descola (2010: 106-107), esta reforma del ejercicio de la mirada tuvo una particular importancia por un aspecto adicional: el afán de cartografiar y dar cuenta de la conformación de las tierras desconocidas para la metrópoli, lo cual produjo la “ampliación de los límites del universo conocido”, con el descubrimiento de zonas aún inexploradas para Europa, como otro de los elementos fundamentales para este proceso.

La reforma y el cambio de concebir la visualidad depende “inextricablemente de una nueva ordenación del conocimiento del cuerpo y la relación constitutiva de ese conocimiento con el poder social”, es decir, que durante el siglo XIX se lleva a cabo una reconstrucción y reconstitución (epistémica) del individuo (Crary, 2008: 36). Por ello, en esta época se conforma una nueva política del cuerpo, en tanto el cuerpo humano se convirtió en objeto de conocimiento y estudio: dentro de lo que se podía analizar del cuerpo humano, se hallaba la manera en como el ser humano percibe el mundo visible; por ello, se estudió el funcionamiento del ojo (2008: 35). Consecuencia de esta concepción es la conformación de la fisiología (que Crary sitúa entre 1820 y 1840) como un área de conocimiento que adquiere carácter científico (2008: 111). Esta circunstancia da cuenta de la ruptura epistemológica entre los siglos XVIII y XIX (Crary, 2008: 113), lo cual explica la concepción del ser humano como susceptible de ser estudiado, y a la vez, como un ser “productivo y controlable” (2008: 117).

³² Fue en el siglo XIX cuando se empezó a estudiar, por ejemplo, la propagación de la luz y el funcionamiento de la visión (2008: 122). Algunos ejemplos de estos artefactos, relacionados con el ejercicio de la visión son el caleidoscopio (1816), el diorama (1822), el estroboscopio (1829), el fenaquistiscopio (1830), el zootropo (1834) y el daguerrotipo (1839). No obstante, la primacía de la mirada como medio fundamental de la construcción del conocimiento cuenta con antecedentes aún más lejanos, ejemplo de ello es la invención del microscopio (1590) y del telescopio (1605) (Descola, 2010: 106-107).

Crary (2008: 82) apunta que, durante el siglo XVIII, el observador se hallaba frente a un espacio ordenado y unificado, susceptible de estudiarse y entenderse, en tanto el ser humano se concebía a sí mismo como el ser que comprendía y ordenaba el exterior. El observador del siglo siguiente se transforma: la diferencia entre este y lo observado se difumina, no están separados, y ambos resultan susceptibles de constituirse en objeto de estudio empírico (2008: 104). De este modo, “el sujeto perceptor [...] se convierte en un conducto neutral, un tipo más de relevo que permite condiciones óptimas de circulación e intercambiabilidad, sean estas de mercancías, energía, capital, imágenes o información” (Crary, 2008: 129).

No obstante, el observador es más que un simple filtro o medio: las ideas de los fenómenos del mundo (y por tanto, la presentación y descripción del observador de estos fenómenos) no son una copia o reflejo de la realidad, sino que se tratan del “resultado de un proceso de interacción en el interior del sujeto en el cual las ideas [...] experimentaban operaciones de fusión, atenuación, inhibición y mezcla [...] con otras ideas o «prestaciones» que acontecían con anterioridad o simultáneamente” a la percepción. Ello quiere decir que lo expresado por un observador (en este caso, el viajero que describe Centroamérica) extrae la verdad y plasma su idea sobre Centroamérica a partir de la “colisión y fusión de las ideas” (Crary, 2008: 137). Por ello, páginas más adelante, Crary afirma que “cuando un paisaje se presenta a un espectador [...] se podría confundir la representación con la realidad” (2008: 161-162).

El fenómeno apuntado por Crary es un planteamiento que concuerda con la idea de Livon Grosman (2003: 61, 188) sobre el carácter del paisaje en el relato de viajes. Para este último autor, el paisaje presente en un relato de este tipo es producto de una selección, una construcción textual efectuada por el propio viajero: de ahí que en un relato de viajes no se puede hallar un reflejo del paisaje, de los espacios o de los objetos descritos, sino

que se trata de una selección de elementos en la que priman con marcada preponderancia la ideología, las intenciones y los intereses del viajero³³.

A pesar de que el relato de viajes pretenda dar cuenta de una situación concreta o de las condiciones en que se halla una tierra, en su mayor parte, desconocida para Europa, en este tipo de texto se puede hallar un discurso colonial. En su estudio sobre el Museo Americano de Historia Natural, Haraway (2015: 39) pone de manifiesto las líneas ocultas tras la construcción y la conformación de las diferentes salas del museo. Una de las intenciones de Carl Akeley, el taxidermista, así como de los fundadores de la institución fue preservar la naturaleza y promover la “regeneración de un público urbano, diverso, incoherente, amenazado por la decadencia genética y social”. Para ello, Akeley concibió los dioramas y la presentación de los ejemplares del museo al modo de un “jardín immaculado en la naturaleza”, que servía para conservar, estudiar y ver a través de una *mirilla en la selva* (2015: 42)³⁴.

Sin embargo, para Haraway (2015: 67-68, 73), el Museo Americano de Historia Natural cuenta una historia muy diferente, pues el trabajo de Akeley manifiesta una paradoja: preservar el estado de la naturaleza a través de la taxidermia, esto es, a través del arte con el cuerpo sin vida, al tiempo que destruye la naturaleza a través de la cacería, entendida como herramienta al servicio de la ciencia y la técnica. De esta manera, el Museo de Historia Natural sería la institución que diera cuenta, no de la pureza del estado natural, sino del poderío y del colonialismo de los hombres blancos, sobre todo, a través de la caza, en particular de presas mayores, así como de la observación y del perfeccionamiento de la técnica de la fotografía (no casualmente, el taxidermista patentó

³³ Por ello, al estudiar la producción visual de Candice Lin, Baltodano menciona que lo que sucede con el medio natural sea una producción y una interpretación, más que una simple recreación de lo que se observa (2017: 74).

³⁴ Haraway afirma: “Akeley y sus compañeros temían la desaparición de su mundo, de su mundo social ante las nuevas inmigraciones después de 1890 y la disolución resultante de la vieja, anhelada e higiénica América preindustrial” (2015: 89).

la cámara Akeley): “El Museo Americano es una ventana particularmente transparente a través de la cual espiar a los ricos en su encarnación ideal, porque ellos realizaron los dioramas de sí mismos” (Haraway, 2015: 140).

Al estudiar el relato de viajes de Wilhelm Marr a partir de las ideas de Crary y de Haraway, es notorio que el viajero centra su observación en un conjunto de tópicos comunes en la literatura de viajes de la época, escrita por europeos. En específico, se trata de tres tipos de temas constantes en el relato: el primero refiere a los habitantes de Centroamérica y sus condiciones de vida, vistos en función de las similitudes y diferencias con respecto a Europa; el segundo trata sobre el grado de colonización de Centroamérica y las posibilidades de explotación del territorio y el tercer aspecto está relacionado con la recepción del texto: cuál es el posible receptor del relato de viajes y cuál es la finalidad de la escritura³⁵. Todo ello permite afirmar que el relato de viajes de Marr se encuentra sesgado por un discurso colonial, en el que el observador toma un lugar de privilegio y juzga lo que él ve en comparación con su lugar de origen; a la vez, deja ver en su discurso un afán utilitario, en tanto el objeto al que se le presta mayor atención se refiere a las posibilidades de provecho y comercio con que cuenta Centroamérica.

3.1. La idea de Centroamérica y Estados Unidos en comparación con Europa

A lo largo del relato, aparece una serie de ideas, primero sobre América en general, y luego sobre Centroamérica, en particular, que se funda en un paradigma muy concreto: la comparación con Europa. En tal comparación, América se califica de manera negativa, en tanto Europa se considera de forma positiva. Cuando el viajero describe Estados

³⁵ A estos tópicos es necesario añadir que dentro de la literatura de viajes del XIX, además de los tópicos mencionados, aparece en tales textos el carácter científico, geográfico y etnográfico, presente en algunos de los relatos de viajes escritos sobre Centroamérica, el cual, si no ausente del todo en el relato de Marr, es uno del que aparecen muy pocos aspectos. Ejemplos de relatos en los que se pueden hallar los temas mencionados son los escritos de Anders Sandoe Oersted, Alexander von Frantzius, Carl Hoffman, Ephraim George Squier, John Hale, Robert Glasgow Dunlop, entre otros.

Unidos la oposición se centra en los modos de vida y en la actitud del americano y del europeo frente a los hechos.

Respecto del modo de vida, el viajero afirma que el estadounidense es insensible para con los demás (Marr, 2004: 47) y vive en medio de la prisa, en tanto no da cabida a la quietud y prima en su vida la simpleza y la practicidad:

[...] Fue mi primer viaje en un vapor de ríos en América y me asombré qué simple y al mismo tiempo cuán práctico estaba organizado todo aquí. [...] La gente muestra una prisa como si alguien la estuviese persiguiendo con un látigo. Antes de que el bote llegue a tierra todos saltan al puente, como si la vida dependiese de arriesgarla (2004: 77).

De este modo, el viajero considera que la vida en Europa (y por sobre ella, la vida en Hamburgo), a la cual ha ensalzado al inicio del relato (2004: 3) desde la sensibilidad, la calma y el pensamiento, puesto que “un alemán no puede estar sin pensamientos” (2004: 62). Sin embargo, no todos los aspectos de Estados Unidos son negativos, hay un río que, al compararlo con el Támesis, resulta superior a este: el East River, en Nueva York, en tanto este parece más activo y dinámico que el primero; incluso, la impresión positiva del río se describe con aspectos emocionales, pues le causa una impresión “más alegre, más simpática” que el río inglés (2004: 77).

Esta idea de prisa, dinamismo y movimiento resulta para el viajero muy positiva, en tanto es signo del avance y el desarrollo, propios de lo que Marr considera la civilización. No obstante, Centroamérica no se ve con esa misma mirada de desarrollo y dinamismo en tanto el viajero fija su atención en las carencias que halla a su paso: si en Nueva York el viajero se encontraba con una ciudad poblada y dinámica, en Centroamérica encuentra la desolación, la naturaleza virgen y la quietud. Por ello, no es extraño que el Istmo sea descrito por Marr como un lugar vacío, muerto y salvaje. Más aún, antes de desembarcar en Greytown (San Juan de Nicaragua), el viajero establece implícitamente una oposición entre Centroamérica y Europa, al describir las condiciones

climáticas: el calor sofocante que experimenta navegando por el Caribe lo lleva a temer de las fiebres y enfermedades tropicales, de ahí que considere al modo europeo de vida como afeminado y débil, lo que asocia al Istmo con la rudeza y la fuerza:

[...] en esos momentos anhelaba la frescura del norte, pues todavía no conocía el poder de la costumbre de nuestra vida europea afeminada y al pensar en el futuro creía que después de ocho días podía dejar que me enlataran asado y me enviaran a casa (Marr, 2004: 114).

Más adelante, el relato hace hincapié en la diferencia entre Centroamérica, Estados Unidos y Europa: mientras aquella es plenamente salvaje, estos son civilizados; para el viajero, mientras Centroamérica está habitada por hombres salvajes, sin educación ni cultura, Estados Unidos y Europa son ejemplo de la condición cultural y civilizada, propias de lo verdaderamente humano. A ello hay que añadir una nueva oposición: si la civilización es placentera y cómoda, las condiciones de Centroamérica son lo contrario:

Esos dos barcos, mañana mismo regresarían a la cultura y civilización, mientras que yo, apretado entre cajas y cajones, ahogándome entre el mal olor y el calor, empapado de sudor, tuve tiempo para pensar en la locura sibarita que me había echado de la patria rica en placeres (2004: 135).

Ejemplos de la diferencia entre civilizados y bárbaros son dos aspectos concretos: las diferencias de comportamiento ante los fenómenos naturales, así como las condiciones en que viven tanto europeos como centroamericanos. Con respecto a lo primero, las diferencias de conducta frente a los fenómenos naturales quedan de manifiesto en el momento en que el viajero trata sobre un terremoto sentido por él en Nicaragua. Esto es, para el viajero, muestra de las diferencias de carácter y de las diferencias en el conocimiento de los fenómenos naturales: mientras los centroamericanos huyen, gritan y realizan plegarias, el viajero se mantiene en donde se encuentra y no pierde la calma, esta calma se justifica gracias al conocimiento con que cuenta: “Él sabe que las casas están construidas de manera suave y elástica para resistir las oscilaciones ligeras” (Marr, 2004: 292). De este modo, mientras el viajero se considera a sí mismo como un ser controlado

y racional, califica a quienes observa como carentes de control en sus impulsos y supersticiosos, en tanto pierden la calma e imploran la protección divina: por tanto, el viajero los considera de forma implícita como primitivos y bárbaros. Este último es un rasgo del pensamiento ilustrado y moderno, puesto que el viajero muestra un comportamiento racional en la misma circunstancia.

Por su parte, las diferencias en las condiciones de vida aparecen cuando el relato consigna la disposición de la embarcación en la que el viajero parte del puerto del Realejo, en Nicaragua, para arribar a Puntarenas. Si en los barcos europeos prima el orden y la limpieza, en los barcos centroamericanos aparece el desorden y la suciedad, esto es de esta manera, a pesar de que el capitán de la embarcación fuera un alemán, quien, da por hecho el viajero, debería contar con una nave en iguales condiciones a las de Europa, dado su origen:

Quien haya estado a bordo de un barco en el puerto de Hamburgo tiene que haberse sorprendido sobre todo de la limpieza y nitidez de ese vehículo marítimo [...] De todas esas cosas no había en el nuestro ni el menor rastro. No obstante que el capitán era un alemán y, lo que es más, un alemán del Norte [...] (2004: 312).

La idea de que Europa se asocia a la cultura, la civilización, el conocimiento y el orden, mientras que Centroamérica se designa con los respectivos opuestos, en buena medida, se aplica también para las personas: las afirmaciones del viajero sobre las condiciones de vida de los negros en Nueva York y las condiciones de vida en Nicaragua y Costa Rica ponen de manifiesto el racismo presente en el discurso del relato de viajes³⁶. El relato de viajes no solo cuenta con prejuicios en contra de los grupos encontrados en

³⁶ No casualmente, Wilhelm Marr es más recordado por sus escritos en contra de los judíos; hecho por el cual se lo califica como precursor de las ideas del nazismo. Algunos ejemplos de sus escritos en contra de los judíos fueron los siguientes: *La victoria del judaísmo sobre el germanismo, desde un punto de vista no confesional* (1879), *¡No elijas un judío! El camino hacia la victoria del germanismo sobre el judaísmo* (1880), *La guerra judía, sus errores y cómo organizarse* (1880), *Lessing contra Sem* (1885).

América, sino que también es posible hallar comentarios negativos sobre los mismos hamburgueses o europeos, sobre todo cuando se trata de personas judías³⁷.

El viajero cuenta con una percepción sumamente positiva de sí: afirma que es una persona superior a las demás en cuanto a la inteligencia y a la resistencia frente a las adversidades: esto último se observa cuando el barco, de camino a Estados Unidos, debe atravesar una tormenta en el mar, puesto que “todo el mundo—a excepción mía— estaba entre la vida y la muerte” (Marr, 2004: 26). Asimismo, la superioridad del viajero en cuanto a la inteligencia se observa, por ejemplo, en su facilidad para comunicarse en inglés, una vez llegado a Nueva York, en comparación con sus compañeros de viaje, a quienes tenía que servirles de traductor (2004: 48).

Este lugar de privilegio que el viajero se otorga a sí mismo frente a los demás se halla estrechamente ligado con la concepción que tiene el viajero de su propio discurso: luego de elogiar a un alemán radicado en Nueva York que ha asimilado las costumbres norteamericanas, el viajero aclara que tal cumplido no se debe a los favores recibidos, puesto que afirma: “No conozco sentimientos subjetivos en mis juicios sobre otra gente” (2004: 83). Sin embargo, la opinión subjetiva sobre los demás aparece en cuanto el viajero describe a tres grupos ajenos a su propio grupo étnico: los negros (sobre todo, cuando se encuentra en Nueva York), los indígenas y los criollos en el contexto centroamericano. Lo anterior se debe a la condición étnica y a la lógica colonial, puesto que el viajero considera positiva la pertenencia a la etnia blanca, lo cual equivale a calificar de forma negativa a las demás etnias. Aparece aquí un aspecto relacionado con el ejercicio de la mirada: se ve de forma positiva lo que pertenece al mismo grupo étnico, ello implica que el viajero ejerce una mirada colonial, en que él pertenece a un grupo que domina.

³⁷ Un ejemplo del carácter despectivo sobre los judíos se expresa cuando el barco se halla en una tormenta y algunos realizan plegarias (Marr, 2004: 26), o cuando una judía, tripulante de la embarcación que salió de Hamburgo hacia Nueva York, acepta ser madrina de bautismo de una niña nacida durante el viaje (2004: 30).

La primera referencia a la etnia negra aparece durante el viaje de Hamburgo a Nueva York: el viajero supone, al hablar con otro pasajero, que este se imagina su vida en América siendo servido por un conjunto de negros, a los que trataría muy “humanamente” (2004: 30). Esta situación implica las siguientes ideas: en primer lugar, el negro se ve como un sirviente o siervo, frente al europeo-blanco, lo cual implicaría el estado de subordinación con respecto al blanco; en segundo lugar, la imagen permite afirmar que la aclaración explícita de tratar muy humanamente a los sirvientes implica un aspecto contrario: es posible tratarlos sin consideración, tal como esclavos; esto permite afirmar que el pensamiento del viajero da por hecho que el negro es un ser que está subordinado y al cual se puede tratar sin consideraciones.

Cuando el viajero describe los problemas y los constantes robos que causa y comete su criado, la condición servil del negro parecerá como si fuera natural, e incluso, necesaria para el blanco:

Marcelo era largo de uñas y rara vez pasó un día en que no recibiera palizas por ataques a nuestros monederos. Pero, ¿qué se podía hacer? Teníamos que tener a alguien, ¿Por qué? muchas veces tampoco lo sabíamos nosotros. [...] Pero era un requisito para la vida tener a un diablo negro cerca y verlo desperezarse en la hamaca, así que teníamos a nuestro Marcelo, o bien nuestro Marcelo nos tenía a nosotros [...] (Marr, 2004: 259).

A ello es necesario agregar las demás ideas que el viajero expresa de manera explícita o implícita; una de estas está relacionada con la conducta que se imagina como propia del negro: la deshonestidad, al confiar su equipaje a un negro que fuera lo más honesto posible, en alusión a la tendencia del negro al comportamiento deshonesto, lo cual explicaría el escrúpulo del viajero en no confiar su equipaje a cualquier persona:

[...] mi equipaje quedó a bordo del barco hasta tener otras órdenes, a excepción de la ropa imprescindible que traje conmigo en mi saco de noche y dejé que lo cargara un negro conocido del capitán y lo más honesto posible (2004: 61).

El juicio adelantado sobre la honradez y la integridad del hombre al que Marr encargó su equipaje es muestra del racismo implícito en el discurso del viajero. Ello le

permite al viajero expresar sus prejuicios y sus opiniones respecto de las personas negras o de los otros, distintos de los europeos, en virtud de la identificación de Marr con la cultura y las gentes de Europa.

Otro ejemplo de racismo, y además, de inconsistencia entre las ideas sobre la igualdad y la filantropía del viajero y sus prácticas frente a las personas negras, se encuentra en la mención del viaje en tren por Nueva York. A pesar de sus ideas objetivas, filantrópicas y de afirmación de la igualdad, el viajero muestra que su conducta dista mucho de su pensamiento, desde el momento mismo en que se encuentra con que, en el tren que él aborda, se permite la entrada de pasajeros negros: a pesar de su discurso ilustrado, el viajero presenta una lógica colonial, pues en la práctica sus ideas no coinciden con la igualdad y la filantropía que él dice practicar. A pesar de hacer apología de la declaración de la igualdad de los seres humanos, el autor también defiende la idea de la separación entre las etnias, y además, niega a los negros la posibilidad real de ser libres, lo cual los ubica, de forma intrínseca, en la posición de esclavos:

En los libros había aprendido que en el sur, en Luisiana y otros estados, el límite entre color y blanco estaba trazado rigurosamente; pero aquí en la ilustrada Nueva York, donde el negro es un ser libre, aunque no pueda ser un hombre libre, tales costumbres que faltan de manera directa a los *droits de citoyen*, ¿no los había esperado! (Marr, 2004: 86. Destacado y en francés en el original).

De esta manera, el pretendido sentimiento de filantropía y de igualdad resulta válido, para el viajero, en tanto exista una separación insalvable entre blancos y negros. En realidad, su discurso niega a los otros la posibilidad de formar parte de la legalidad: si los derechos del ciudadano consisten en conservar la separación entre blancos y negros, los ciudadanos acaban siendo los primeros, mientras que a los segundos se les rechaza y niega su condición de ciudadanos. Además, la libertad es un derecho que, aunque sea proclamado y aceptado, es en realidad una condición que se rechaza: el negro en Nueva York es libre, pero no puede serlo. Así, quienes cuentan con derechos y libertad reales son

los blancos, a quienes se les concede la calidad de ciudadanos; mientras que a los negros se les asigna una posición de subalternos: en la práctica, aunque puedan gozar de libertad, para el viajero no son libres del todo, no son ciudadanos y, por tanto, seguirán siendo esclavos y, al no contar con la ciudadanía, continuarán sin derechos. Esta es una valoración polarizada entre blancos y negros, en que el blanco resulta valorado positivamente (pues cuenta con derechos, libertad y ciudadanía), mientras que a los negros se los considera negativamente, al negarles la posibilidad de formar parte del mismo conjunto que el blanco, y además, se les niega la posibilidad de contar con los mismos atributos civiles y legales que el blanco. A ello debe sumarse un aspecto corporal que acentúa la valoración negativa: el olor del negro, en tanto el viajero afirma que el querer al prójimo “no significa en absoluto que también tiene que olerlos” (Marr, 2004: 87). La misma idea aparece cuando el viajero narra su deseo de cortejar a una mujer que encontró en el camino: “En ese momento me volvió a entrar toda la repugnancia contra la raza de color. Todo me parecía negro, y sobre todo, me *olía* a negro” (2004: 288. Destacado en el original).

Después del viaje en tren, cuando Marr rechazó la idea de los negros pudieran subir al ferrocarril como ciudadanos ordinarios, se dedicó a disertar con sus comensales sobre la igualdad de todos los seres humanos. En este caso, las ideas sobre la igualdad dependen de la situación en que el viajero se encuentra: “Con el aire libre, por supuesto, también regresó mi filantropismo” (2004: 87). La disertación del viajero, que consiste en un discurso que no pasa a la práctica, es rebatida por uno de los hombres que lo escuchan. Esta contestación consiste en una inserción del discurso ajeno al viajero dentro del relato de viajes. El emisor de esta otra opinión sobre los aspectos raciales y las relaciones entre blancos y negros es un hombre que se considera abolicionista, no obstante sus ideas sobre los otros. Esta nueva opinión describe a los negros a partir de la repugnancia: el otro es

un ser repugnante, que es radicalmente distinto del nosotros (un grupo designado como blanco y neoyorkino), su “peculiaridad espiritual y corporal nos es repugnante y la cual, como raza, nunca nos va a semejar” (2004: 88). El comentario acaba con dos ideas significativas: la primera idea consiste en afirmar que blancos y negros son grupos incompatibles por completo, puesto que están hechos de materiales distintos; la segunda idea señala que la mezcla de razas supone una infección, de ahí que los países del sur (en este caso, se trataría de Centroamérica, por encontrarse geográficamente al sur de Estados Unidos) está poblada por seres de una raza inferior al blanco estadounidense. El final del comentario con el que se interpela al viajero es el siguiente:

[...] pero le quiero advertir que nosotros los americanos, como *rising country*, estamos obligados a mantener a nuestra raza más pura, para protegernos de las infecciones de una raza que usted mismo solo conoce superficialmente y que tendrá oportunidad de estudiarla en el sur (Marr, 2004: 88. Destacado y en inglés en el original).

Además de lo apuntado sobre la diferencia entre las razas y las características de cada una de ellas, es posible hallar un aspecto más: el *nosotros* tras esta afirmación considera a *los otros* (a los negros, y por extensión, a los centroamericanos) como objetos de conocimiento, en razón de que no solo se los puede conocer superficial o profundamente, sino que es posible *estudiar a los otros* en el lugar en el que viven, valga decir: en el sur de América. Ello niega a los negros y a los centroamericanos la posibilidad de constituirse como sujetos, y con ello, productores de conocimiento, sino que se les asigna la categoría de objetos, en tanto son diferentes del nosotros, son susceptibles de ser conocidos, y por último, se los puede estudiar y comprender.

Unido a lo anterior, es posible hallar una idea de obligación en el mantenimiento de las relaciones de poder y de separación entre los norteamericanos, caracterizados como blancos, respecto de los no norteamericanos y de los negros. El desarrollo obliga a mantener las relaciones de simetría entre ambos grupos, lo cual implica una oposición

más a las ya señaladas: los blancos son capaces de avanzar, y con ello, de crecer; mientras que los otros no se desarrollan, no progresan y por tal razón, se encuentran en el atraso material, al que se lo compara con la infección, es decir, con la enfermedad.

Desde esta perspectiva, a pesar de que exista una aparente diferencia de criterio entre el viajero y su interlocutor cuando se trata sobre las razas y la igualdad o la desigualdad racial de las personas, en el fondo, ambos coinciden en sus ideas: Marr afirma practicar la filantropía y la igualdad y defender las ideas de la Declaración de los Derechos del hombre, pero les niega a los otros su condición de ciudadanos iguales en derecho a los blancos. Sin embargo, el argumento presentado en contra de la igualdad de la especie humana defendida por Marr, resulta ser el mismo que el viajero aplica en la práctica, aunque no en la teoría, en el discurso sobre los otros.

Estas ideas son, en buena medida, aplicadas por el viajero a las descripciones de los habitantes de Nicaragua. Marr sale de Nueva York hacia este país en octubre de 1852. Durante su viaje por el Caribe, el viajero elabora una visión romántica de su futura vida en Nicaragua, puesto que exalta sin haber visto, la belleza de las mujeres y del paisaje:

Ojalá que llegue al país donde pueda estudiar de primera mano a las señoritas e indias tiernas. Y les tomaré daguerrotipos y haré un herbario de fotografías; me pasearé con ellas bajo palmeras y plátanos y les contaré historias de ladrones de Hamburgo y sus alrededores. No habrá otra posibilidad: haré fortuna. Se enamorará de mí una criolla rica, me regalará su bello corazón y sus plantaciones aún más bellas, y yo me apasionaré y aceptaré el corazón y la plantación y ella estará encantada de recibir como tirano de la casa a un '*most distinguished writer and traveler*' (Marr, 2004: 108. Destacado y en inglés en el original).

En este segmento pueden encontrarse algunos aspectos que permiten dilucidar una parte de las concepciones del viajero sobre lo racial y las relaciones de género: Marr considera a las mujeres centroamericanas como intrínsecamente bellas; sin embargo, lleva a cabo una separación entre “señoritas” e “indias”. Ello lleva a pensar que el viajero niega a las indígenas la posibilidad de contar con el mismo calificativo que a las mujeres de otras etnias, es decir, las indígenas y las criollas son diferentes por su origen racial. Aún

más, en cuanto a las relaciones de género, Marr afirma la desigualdad entre hombres y mujeres, puesto que en la relación de pareja, él considera que debe ser un “tirano”; por tanto, la mujer asume, en este orden de roles, la posición de subordinada, que obedece al amo, mientras que el hombre adopta la posición de dominante, de opresor. Tales ideas manifiestan la adscripción a un orden patriarcal y sexista por parte del viajero; de igual forma, aparece aquí una mirada colonialista y racista, al utilizar una falsa oposición entre la condición de las blancas (señoritas) y la condición de las indígenas (indias).

Antes de describir la Mosquitia y su llegada a tierra, Marr expresa una idea que asocia a la vida en Europa con la feminidad: el malestar físico que siente antes de desembarcar lo lleva a pensar en las enfermedades del trópico y en el clima de Europa: “en esos momentos ansiaba la frescura del norte, pues todavía no conocía el poder de la costumbre de nuestra vida europea afeminada” (Marr, 2004: 114). Por oposición, la vida en Centroamérica es masculina: debe ser fuerte y laboriosa, para sobrevivir en un medio, que más adelante, el viajero va a calificar como hostil.

En la Mosquitia, Marr recurre al tópico del salvajismo para describir a los negros con que se encuentra, mientras que si se trata de un blanco, lo describe como vestido:

En el bote estaban tres tipos completamente desnudos, café negros, con las fisonomías grasientas de bosquimanos y ojos lagañosos, cuya piel heredada de su padre [...] contrastaba llamativamente con la ropa blanca de un hombre blanco que estaba acurrucado en el centro de la canoa (2004: 116).

En este pasaje, a los negros no se les asigna indicio alguno de civilidad o de cultura, por ello, se los asocia con el estado de naturaleza, en tanto andan desnudos. En cambio, al blanco se le asocia con la cultura y la civilización, puesto que se lo describe como un ser pudoroso y vestido. De esta manera, el blanco implica civilización, mientras que los negros son incivilizados; de ahí, que no carezcan de moral y cultura. Otro aspecto significativo consiste en la similitud que establece el viajero entre los negros que describe y los bosquimanos: no se trata de nicaragüenses, sino de africanos.

Con respecto a la apariencia, resulta notorio que a los negros se les asignen características negativas: la desnudez, la suciedad y la apariencia grasienta resultan en aspectos que revelan la opinión negativa del viajero, mientras que al blanco, además de asociarlo con la cultura por cuanto se encuentra vestido, se lo relaciona con la limpieza, en tanto va vestido de blanco.

El viajero afirma esta asociación entre los nativos y el estado de naturaleza al describir el puerto de Greytown: salvo unas cuantas embarcaciones provenientes de Jamaica, en las cuales se encontraban negros en actitud despreocupada, puesto que “cantaban y hablaban despreocupadamente [y] cocinaban su comida en la cubierta” (Marr, 2004: 118), Marr menciona las canoas de los indígenas, que además de hallarse desnudos, son calificados como “salvajes auténticos” (2004: 118).

Para Marr, una persona no blanca se encuentra relacionada al estado de incultura, de incivilización, y con ello, los convierte en objetos susceptibles de ser estudiados y de ser conocidos, mientras que los blancos, adscritos a una cultura y una civilización, que es completamente europea, toman la posición de sujetos de conocimiento. Ello niega a los otros la posibilidad de ser iguales o de la misma categoría que los blancos, europeos.

Un aspecto significativo sobre la concepción de Marr sobre los nicaragüenses es la idea que ofrece sobre el Rey de la Mosquitia, a propósito de la incertidumbre sobre a cuál país pertenece esta región. Para el autor, el monarca de la Mosquitia es un personaje fabuloso, creado por los ingleses, para legitimar y mantener su dominio. De esta manera, la Mosquitia cuenta con un gobierno controlado por una metrópoli con intereses económicos en la región, y no con un gobierno realmente instituido. Sobre ello, el viajero expresa:

El rey de Mosquitia es una especie de medio indio a quien los ingleses educaron en Inglaterra y, provisto de un gobernador, lo devolvieron a Bluefields, su residencia. Los indios que viven dispersos en los bosques cada año le traen regalos como

plátanos, maíz, pieles de animales, etc., que él vende a los buques de guerra ingleses (2004: 121).

Esta figura es decorativa, puesto que su verdadero fin es servir a los intereses de Inglaterra. Esta es la razón por la cual aparece como una marioneta, y además, su gobierno es prácticamente nominal, puesto que el viajero agrega que “este rey de todos los mosquitos, de vez en cuando tiene que prestar su nombre para que el ‘Times’ pueda anunciar que Greytown está bajo su señorío” (Marr, 2004: 121). Esta condición permite afirmar un aspecto relacionado con la cultura: la ausencia de un orden político válido para el europeo implica que la Mosquitia cuenta con una vida social primitiva. La presencia colonial en Nicaragua es notoria también en la apropiación de esta parte del país a través del uso de un idioma extranjero para denominar los lugares. Marr presta atención a que muchos sitios (hoteles, establecimientos, calles, entre otros) cuentan con nombres en inglés.

La apropiación colonial por parte de la metrópolis es un hecho que busca legitimarse con el cambio de la denominación de los lugares conquistados: “Algunas plazas sin construir llevaban nombres pomposos como Palmerston Square, King-George-Square, etc. Hasta había un Victoria-Square. La calle más animada, la segunda desde la playa, era la Mainstreet o Shephardstreet” (2004: 121).

Además de la apropiación de la periferia a través de la denominación, es notorio que el proyecto colonial evidenciado no está acabado, sino que está en construcción, en tanto algunas de las plazas con nombres en inglés, aún no han sido construidas. Sin embargo, el proceso de colonización y apropiación está ya afirmado y asentado, en tanto el espacio está organizado a partir de la lógica del colonizador.

Una idea a la que el viajero acude para describir a los nicaragüenses es a la de la *raza sucia* o la *raza perdida* (2004: 146, 248), e incluso, utiliza el concepto de la *raza cobarde* (2004: 128), para resumir las características de los nicaragüenses. Al igual que

cuando describe a los negros, a los nicaragüenses se les niega su estatuto de seres humanos, en tanto Marr se refiere con el concepto de “semihombre” (2004: 130) a una persona que no es culta a la manera europea, anda descalza, cuanta con el vicio del alcohol y es irresponsable en sus compromisos (Marr, 2004: 127-128). De hecho, la categoría de humano es asignada por el viajero a cuantos europeos se encuentran en Nicaragua, lo cual implica la negación de que los centroamericanos (sean negros, indígenas o criollos) sean seres humanos auténticos. De esta manera, la condición humana es dada por la educación europea y el manejo suficiente de uno de los idiomas de ese continente³⁸:

Don Fernando [Rivas, a quien el viajero se encuentra como administrador de un puesto de vigilancia] hablaba un francés bastante fluido y era un hombre tan instruido como ya no esperaba encontrar en ese país. Luego escribí en mi diario: “13 de noviembre de 1852. Fuerte de San Carlos: *He descubierto a un ser humano*” (2004: 155. Destacado en el original).

Esta negación permite calificar a los nicaragüenses en general como si fueran animales, este aspecto aparece, por ejemplo, cuando el viajero que asume temporalmente el oficio de médico, atiende los partos de las mujeres indígenas y negras: la facilidad para dar a luz y recuperarse en poco tiempo. La similitud que el viajero apunta con los procesos de alumbramiento de los animales lo lleva a negar la igualdad entre los seres humanos y a aproximar a las mujeres de ambas etnias a las bestias:

En los procesos puramente físicos de la naturaleza, los negros e indios sin barba son más parecidos a los animales que a nosotros los caucásicos [...] y realmente tengo que sonreír ante los necios ciegos que, en su filantropía igualitaria quieren igualar la cabeza lanuda de un negro al sedoso pelo negro de un andaluz (2004: 207).

Estas diferencias fisiológicas cuentan con repercusiones en los asuntos legales y jurídicos, en tanto el país no puede aplicar los códigos penales y civiles (que el viajero afirma son excelentes), puesto que las autoridades llamadas a aplicarlos son inoperantes, debido a la incapacidad de la etnia para tratar los aspectos legales con eficiencia, en tanto

³⁸ De manera implícita, aparece el antihispanismo en esta parte del relato, en tanto el español también es uno de los idiomas europeos, pero no se le reconoce como tal, al ser el francés el idioma que permite considerar a este personaje como un ser humano auténtico, opuesto a quienes hablan el español.

“*les singes sont faits por grimper sur es arbres et non pour danser*” (2004: 249 Destacado y en francés en el original)³⁹.

No por casualidad el calificativo que el viajero les da a los nicaragüenses es de “salvajes” (Marr, 2004: 134, 137, 141). En el aspecto racial, estos seres humanos son producto de una combinación de la “basura de tres razas: la europea, la negra y la india” (2004: 227), en la que además, se unen los aspectos puramente animales, pues en dos ocasiones aparece la calificación del nicaragüense como un ser animalizado. En la primera, se lo menciona como la combinación de tres animales: “un tercio tigre, un tercio mono y un tercio cerdo” (2004: 124); en la segunda, se lo compara con dos de esos animales, en cuanto a su interioridad: “el nicaragüense siempre me ha parecido un bastardo de dos almas: de las cuales una ha entrado en un cerdo y la otra en un tigre” (2004: 192). De este modo, el nicaragüense se caracteriza por ser un grupo al que el viajero asigna, predominantemente, los aspectos negativos de blancos, negros e indígenas, puesto que las características buenas se han perdido (2008: 249).

Como consecuencia de estas ideas sobre el indígena y el negro, considera que el mestizaje resulta ser un acto vergonzoso (2004: 210); sin embargo, el viajero apunta que el mestizaje es bien visto por los indígenas de Nicaragua, siempre y cuando se trate de la unión, así sea transitoria, entre una indígena y un blanco, con el fin de *blanquear* o *mejorar* la etnia, hecho que suscita el rechazo de los negros por parte de los indígenas:

[...] nuestros indios rehúyen a los negros y zambos de Granada y León, aunque alquilan a sus hijas a los blancos por diez pesos, con la condición de que el niño que nazca de tal unión se quede con la madre como fuerza laboral (2004: 199).

Esto se acentúa cuando puede nacer un hijo de un negro: quienes acuden al médico plantean la posibilidad de un aborto (2004: 250), en tanto se considera tal nacimiento

³⁹ La edición del relato de viajes consigna en una nota al pie la traducción de la frase en francés: “Los monos son para escalar árboles y no para bailar”.

como una desgracia (Marr, 2004: 240)⁴⁰. Un caso de mestizaje se encuentra en la descripción de un prohombre de la época: Lorenzo Montúfar. El viajero se encuentra con él en Costa Rica y de él consigna que se trata de un mestizo que ostenta su condición de blanco y de ser descendiente de las familias blancas, aunque era evidente en sus facciones la ascendencia indígena, en tanto contaba con “un perfil enteramente azteca”, a pesar de enorgullecerse “de su tez clara” (2004: 356). De este modo, el viajero describe un caso en el que en la mezcla de etnias es motivo de ostentación cuando la presencia de la etnia blanca o europea, sobre las demás. Esto implica que la situación del criollo es propia de un sujeto colonial: se aproxima a lo europeo en cuanto a los aspectos culturales y étnicos, aunque tal identificación no llega a ser efectiva, puesto que el viajero no lo considera parte de la herencia cultural europea; por esta razón, el criollo forma parte de la otredad para el europeo.

Marr parte hacia Costa Rica en febrero de 1853. Contrario de lo que sucede en el momento de describir los aspectos raciales de Nicaragua, en los capítulos correspondientes a Costa Rica, lo racial no se halla de forma tan explícita y marcada; sin embargo, aparece un conjunto de afirmaciones que permite dilucidar las concepciones raciales del viajero, en tanto se marca una diferencia entre europeos y centroamericanos. Una de las primeras alusiones de la diferencia racial se encuentra al describir a los obreros de los puertos de Puntarenas: los trabajadores del puerto cuentan con una fuerza corporal y una indolencia ajenas a un europeo. Así, mientras uno de estos obreros es fuerte, los europeos aparecen descritos como débiles: “Un hombre de esos transporta, por ejemplo, dos sacos de café de 125 libras españolas cada uno, desde el depósito hasta la lancha, a una temperatura de más de 100°F [...] estas cosas no están al alcance de un caucásico”

⁴⁰ “La hija mayor se llamaba Mercedes y tenía un *negrito* como reminiscencia de unas clases de guitarra con un negro profesor de música, lo que era una desgracia para la familia, no tanto por las relaciones ilegítimas, sino simplemente porque el chiquito era un *negrito*” (2004: 239-240. Destacado en el original).

(2004: 319). A partir de tal hecho, el viajero los valora de forma positiva en tanto capital de trabajo: se considera la fuerza física, a semejanza de las bestias de carga, como aspecto positivo y explotable para beneficio del europeo.

Además de la fuerza desmedida de los obreros del puerto, el aspecto de limpieza que el viajero encuentra en Puntarenas (2004: 320) es un punto de contraste entre Nicaragua y Costa Rica; ello, unido al encuentro con unos marineros hamburgueses hace que el viajero mencione que se halla de nuevo “en los albores de la civilización” (Marr, 2004: 321). Así, el viajero considera que se halla en un lugar aún no civilizado del todo, puesto que las condiciones de Puntarenas no son, para él, comparables con las de Europa, a pesar de que sí reconoce cierta similitud entre ambos lugares: si Hamburgo es la ciudad más civilizada de Europa (2004: 3), Costa Rica se halla en vías de civilizarse, mientras que Nicaragua se halla, desde este punto de vista, en la barbarie.

No debe obviarse el hecho de que las descripciones de los obreros del puerto obedecen a un aspecto colonialista: el afán de mostrar las posibles utilidades de los obreros en la producción económica. Contar con un cuerpo fuerte y dispuesto para el trabajo, en tanto aparece, de forma implícita, el cálculo de las posibilidades para explotar esa fuerza en provecho de la producción de riqueza. Según Sander (1995: 58), la recurrencia a los modelos clásicos de belleza han sido culturalmente tomados como señal de salud, y al mismo tiempo, indicio de un buen estado de la psique. Por ello, el buen aspecto de las personas es considerado señal de que en Costa Rica puede trasplantarse la civilización europea, puesto que desde épocas antiguas, lo feo y lo enfermo han estado relacionados de forma muy estrecha (Sander, 1995: 52). El hecho de fijarse en la salud y en la fuerza de los trabajadores del puerto obedece al mismo aspecto que las mediciones y el cálculo de las facilidades con que cuenta el río San Juan: determinar las posibilidades de explotación de Centroamérica.

El que Costa Rica alcance a formar parte de la civilización pasa por dos aspectos para el viajero: el grado de blancura de la población y la inmigración alemana al país. Este aspecto se halla relacionado con las posibilidades de colonización de Costa Rica, en cuyo proyecto se involucra el viajero. Sobre la blancura de los costarricenses, resulta útil determinar la descripción de los campesinos, que aparecen en cuanto el viajero consigna su viaje de Puntarenas a San José por el monte del Aguacate: los campesinos que encuentra al bajar el monte le causan una “*rubia* impresión” (Marr, 2004: 340. Destacado en el original), aunque al verlos de cerca constata que las personas no coinciden con el fenotipo del blanco: “¿cómo haré para pintar unos cabellos y un color de la tez que, sin ser notables, llaman la atención; cabezas que de lejos parecen rubias y de cerca resultan negras?” (2004: 340-341). A pesar de ello, el viajero afirma que las gentes con que se encuentra tienen cierta belleza, elemento que no se halla en la descripción de Nicaragua: las campesinas son para él “preciosas, muy esbeltas y delicadamente opulentas”, superiores en un punto a las parisinas: la delicadeza y pequeñez del pie, lo que le recuerda a las mujeres andaluzas (2004: 341).

Desde la perspectiva en que se lleva a cabo la descripción de las etnias centroamericanas, el componente europeo y blanco resulta sumamente valorado, en tanto no solo es motivo y causa de cultura, civilización y conocimiento, sino que también es un elemento que influye en el color de piel, así como en la disposición y contextura corporal de las personas, esto se debe a que para el viajero la condición étnica del blanco implica una menor imperfección física: un mestizo o un indígena estarían más propensos a presentar un aspecto considerado como negativo: “los costarricenses son los que tienen menos mezcla de sangre indígena y los más puros, así como los menos infectados, por este motivo, de vicios físicos” (2004 366). Ello permite considerar que el indígena (o *indio*) es un obstáculo para el avance de la cultura y de la civilización. No casualmente es

a este grupo étnico al que Marr califica de “salvaje” (2004:118, 403), y al cual se lo considera como un ser al que se le niega la facultad del razonamiento y se le asigna una condición de servidumbre: “Mentiría si dijese haber visto nunca un pedazo de hombre más prosaico y estúpido que mi indio [le servía como criado] el primero verdaderamente salvaje con que había tropezado en Costa Rica” (2004: 408).

A pesar de las condiciones de salvajismo y barbarie que el viajero observa y describe, Centroamérica se ve como un espacio en el que es posible llevar la civilización y la cultura europeas, únicas que el viajero considera como válidas, en tanto niega que en Nicaragua y en Costa Rica exista una civilización y una cultura válidas, en tanto no coinciden con los modelos que priman para el viajero. No obstante, la civilización y la cultura pueden ser promovidas por medios no violentos (como la llegada de inmigrantes, empresa en la cual estuvo involucrado el viajero), así como por medios violentos. Para el viajero, la cultura puede ser llevada por la fuerza, idea que aparece al ver la indolencia con que viven las personas a orillas del río San Juan: “En su barbarie los habitantes tienen el *derecho* de ser perezosos. Pero la cultura y la civilización también tienen el derecho de forzar a esos bárbaros perezosos a que trabajen para la prosperidad de la humanidad” (Marr, 2004:141-142. Destacado en el original).

A ello se suma la posibilidad de que se reconozca el potencial y el valor de las tierras después de un proceso de apoderamiento, esto se vuelve evidente en cuanto el viajero describe el lago de Nicaragua: “Seguramente solo se reconocerá su valor [como ruta de navegación] cuando los americanos se apoderen de estas tierras” (2004: 223). El hecho de que sean específicamente los “americanos” quienes se apoderen del San Juan y del Lago de Nicaragua implica algunos aspectos dignos de notarse: en primer lugar, el viajero asume que Estados Unidos es ejemplo de civilización; en segundo lugar, en virtud de su

desarrollo, el viajero justifica que pueda adueñarse de forma arbitraria de las tierras que puedan generar utilidades y rendimientos económicos.

Para el viajero, la cultura y la civilización también pueden llegar a ser carentes de sentido, sobre todo en cuanto se refieren a las consecuencias fisiológicas de las prácticas estetizantes: la carencia y el completo desconocimiento de los vestidos ceñidos que en ocasiones utilizan las mujeres europeas causa que los partos de las nicaragüenses no sean complicados, contrario a lo que puede suceder con un parto de una europea, gracias a lo que el viajero llama las “estupideces de nuestra civilización” (Marr, 2004: 267).

Con todo, el viajero asigna una mala calificación a la población centroamericana en general y considera que la cultura y las costumbres europeas, propias del viajero por causa de su origen, son de carácter positivo; no obstante, que califica de forma negativa algunos aspectos de su propia cultura, ello muestra una actitud etnocéntrica y determinista, lo cual explica el viajero con una analogía, con la que justifica su actitud frente a indígenas y negros:

[...] nosotros no somos dioses, sino productos del gran taller de la naturaleza, de la creación, y si uno sienta un *jockey* inglés sobre un asno, este siempre seguirá siendo un *equus asinus* y, a pesar del látigo y las espuelas, no se convertirá en un *equus caballus* (2004: 283. Destacados y en inglés y latín en el original).

A pesar de ello, las ideas del viajero sobre sí y sobre los otros es contradictoria, en tanto la opinión del viajero sobre su propio grupo resulta positiva en cuanto se trata de un grupo civilizado y culto, que puede llevar su cultura y civilización a los otros, pero también lo considera de forma negativa, sobre todo en cuanto se trata de su propio interés (2004: 84) o se trata de una práctica que al viajero no le parece correcta.

3.2. La colonización de Centroamérica y las posibilidades de explotación

Una de las perspectivas desde las que el viajero elabora la representación de Centroamérica parte de las posibles utilidades y el potencial con que cuenta la región para

la explotación económica y comercial, lo cual permite afirmar que el relato cuenta con un aspecto utilitario, propio de un escrito que busca dar cuenta de las riquezas del territorio. Ejemplo de este afán es la mención de un proyecto de construcción de un canal interoceánico en Nicaragua: una de las actividades que el viajero menciona como posibles dentro de la sociedad estadounidense es viajar a Nicaragua para transitar por “el canal proyectado” (Marr, 2004: 75), la cual sería una ruta comercial de importancia, administrada por la Compañía del Tránsito, y suscitaría el traslado de los negocios al Lago de Nicaragua (2004: 116).

Sin embargo, el proyecto del canal no llega a concretarse debido a las decisiones de la Compañía del Tránsito y al clima insalubre y “verdaderamente mortal para el europeo” de la región (2004: 126), por lo que el proyecto no pasa de ser un plan sin concretarse. Ello hace que el comercio en Nicaragua se encuentre estancado, pues los puertos de importancia (Greytown y el Realejo) son del todo insalubres, los caminos y comunicaciones son inadecuados o deficientes, el medio natural es una “selva impenetrable” y el viaje por el San Juan a la capital tarda no menos de diez días, y se trata de un recorrido cuya peligrosidad había aparecido en los periódicos alemanes (2004: 126). No obstante, el nicaragüense es para el viajero un comerciante más civilizado que los hamburgueses: acepta sin inconvenientes que un extranjero quiera vender unas joyas de fantasía para sobrevivir:

[...] en esto, a pesar de sus zambos y sus indios, [el país] es más civilizado que nuestro Hamburgo disimulado, donde uno deja de valer como caballero si en caso de emergencia prefiere ganar su pan con honestidad que con estafas en guantes de cabritilla (2004: 174-175).

De este modo, el nicaragüense es civilizado en cuanto al comercio, puesto que acepta el hecho de que una persona salga a buscar el dinero de forma honrada, contrario a europeo, que en oposición, prefiere dedicarse a la estafa. Este aspecto es un tanto similar

a lo que halla el viajero en Estados Unidos: cada persona procura obtener alguna ganancia y se dedica a los negocios con empeño (2004: 67).

Otro aspecto en el que se puede observar el carácter utilitario del relato es en la inclusión de cálculos, estadísticas y la presentación de las posibilidades reales del territorio de ser aprovechable. Este aspecto resulta evidente cuando el viajero consigna su recorrido por el río San Juan, en camino al interior de Nicaragua, en tanto su relato incluye una serie de mediciones, puesto que “no había hecho mi viaje solo con los ojos curiosos de un turista”, sino que había anotado los resultados de las mediciones que iba haciendo (Marr, 2004: 156)⁴¹. Este afán de medir y dar cuenta de las posibilidades de explotación obedece a la intención de evaluar la viabilidad del proyecto de canalización: esto hace que el discurso tome un tono de informe descriptivo en el cual se informa de la anchura del río, la profundidad de las aguas, la vegetación de las orillas (2004: 156), la utilización de los afluentes del San Juan (en específico, del Sarapiquí) y la rapidez del caudal (2004: 157). Esto lleva al viajero a concluir que:

La naturaleza misma ha diseñado el plan para un canal, pues desde San Juan del Norte (Greytown) hasta Virginy-Bay se llega por agua y desde allí hasta San Juan del Sur en el Pacífico la *tierra firme*, en línea recta no tiene más de 13 millas (inglesas) de ancho; entonces es el lugar más estrecho de todo el continente del hemisferio oeste” (2004: 158. Destacado en el original).

El afán de informar acerca de las facilidades de construir un canal en el río San Juan y el Lago de Nicaragua concluye con la comparación entre el tiempo que se tarda en navegar por el Pacífico hasta Valparaíso, para rodear el Cabo de Hornos, y el que se tardaría en cruzar el continente por medio del canal. Sin embargo, este proyecto, que iría “en beneficio de la humanidad y la cultura” no pasa de ser un buen propósito, en tanto la pereza de los nicaragüenses no ayuda al progreso del canal, los ingleses, para el viajero, prefieren “degollar a los etíopes en su patria” que concentrarse en proyectos de este tipo.

⁴¹ Esto permite detectar una característica del relato: algunas partes fueron redactadas durante el viaje, para luego reelaborarse en una versión posterior.

Por ello, el viajero menciona que la esperanza de concretar el canal de Nicaragua se halla en un “genial filibustero del norte que lleve por la fuerza, a la población nicaragüense perezosa hacia su fortuna y hacia la cultura” (2004: 159). Posiblemente, esta alusión se haya redactado cuando ya el viajero contaba con noticias de la llegada de William Walker a la región, cuando Marr se hallaba organizando su relato, puesto que la primera edición del texto de Marr se publicó en 1863, seis años después del fin de la guerra contra los filibusteros. La llegada forzosa de la cultura a Centroamérica es justificable, en tanto es la única forma de que el Istmo alcance la cultura y la civilización, y no por medio del trabajo o del esfuerzo: “todos los pueblos del Viejo Mundo fueron forzados por otros hacia la cultura, sobre todo la sentimental Alemania” (Marr, 2004: 159). No deja de ser significativo que tales concepciones muestran una opinión muy favorable a la apropiación y explotación de regiones que aún no están a servicio de la industria y del progreso, como Centroamérica.

Un aspecto adicional reafirma el carácter utilitario del relato, propio de un informe de las condiciones reales de colonización y explotación de un territorio: el discurso aparentemente objetivo y realista con que se efectúa la descripción del San Juan. En la descripción de los obstáculos que debe superar el proyecto del canal, se encuentra el de los desniveles del río, que “la fantasía enloquecida de algunos turistas” había calificado como “cataratas” (2004: 157). Esto implicaría que las afirmaciones del viajero no forman parte de una descripción fantástica o exótica del San Juan, propia de un relato de viajes en el que primaría lo fabuloso y lo exagerado, y que buscaría sorprender al público lector con las maravillas de las tierras lejanas, sino que se trata de un informe apegado a lo referencial, lo efectivo y lo realista, que tendría por objeto informar a un público interesado en la inversión económica y el afán de lucro⁴².

⁴² En párrafos siguientes se aborda el tema de la recepción del relato de Marr, en tanto escrito que implica un tipo específico de lector.

Las posibilidades de Centroamérica como fuente de riqueza son tales que el viajero evalúa las posibilidades de colonizar el territorio e incentivar la inmigración alemana al punto que trabaja en calidad de ingeniero en el proyecto de colonización de la Angostura, en Turrialba; sin embargo, las dificultades para radicar alemanes en Centroamérica es un aspecto que el viajero considera antes de implicarse en un proyecto de este tipo. Al describir Granada, el viajero comenta las dificultades que podría conllevar el establecimiento de alemanes en Nicaragua, lo cual deja clara la imposibilidad de un proyecto de este tipo: “[...] quien cree poder ganarse aquí la vida con trabajo corporal se equivoca bastante. Para adaptarse al clima hay que vencer tres obstáculos: la fiebre, la disentería y las úlceras de aclimatación (*granitos*)” (Marr, 2004: 185. Destacado en el original). Esta afirmación se acompaña de una serie de indicaciones sobre la manera de alimentarse de modo que no se perjudique la salud, por ejemplo, el consumir agua con mucha precaución, reservar las frutas para las primeras horas de la mañana y comer lo menos posible en horas de la tarde y la noche, debido a la influencia del clima en el cuerpo (2004: 185-186).

En oposición a las dificultades de colonizar Nicaragua y de fundar en su territorio pueblos y asentamientos de labriegos europeos, cuando el viajero trata sobre este aspecto en Costa Rica, aparece la posibilidad real de colonizar. Esta es la razón por la cual el viajero llega a Turrialba para trabajar en calidad de ingeniero en el proyecto de la Angostura; no obstante que el proyecto haya estado destinado al fracaso por las ocurrencias del alemán a su cargo (el barón von Bülow). Por ejemplo, el viajero menciona que las vías de comunicación que el barón pretendía establecer entre la colonia y Limón no eran del todo funcionales en tanto la guía del proyecto obedecía a un carácter romántico de vencer los obstáculos que se hallaban en el camino, antes que a un plan práctico y funcional, estudiado y decidido de antemano: “Cuando [el barón] llegaba a un

recodo del río, no podía resistir la tentación de atravesarlo; al siguiente recodo lo volvía a atravesar, siguiendo así a la caza de obstáculos” (2004: 416)⁴³.

Ejemplo del éxito esperado en la colonización europea de Costa Rica es la tarea que acomete el viajero de atraer alemanes, no para asentarse en la Angostura, sino para radicarse en “la hermosa y sana altiplanicie de San José, Heredia y Cartago” (2004: 419). El afán de atraer a Costa Rica a colonos europeos obedece a un aspecto coyuntural: el progreso y empuje de la civilización, entendida según el modelo europeo de industria y progreso, fue una de las ideas que llevó a la exploración de los países considerados como atrasados o en estado de barbarie (por ello, no son casuales los informes y viajes de europeos por los países del continente americano) y los posteriores intentos de colonización.

Esta práctica, asimismo, se basó en un interés implícito: el enriquecimiento, a partir del trabajo y de la explotación de los recursos naturales y de las posibilidades de aprovechamiento del territorio, y por extensión, el beneficio que Europa podría percibir al explotar la tierra que se hallaba sin producir. Por ello, resulta significativo el hecho de que el viajero mencione, aunque sea en pocas líneas, la explotación de minas de oro en el Aguacate: aunque la minería está “en pañales”, el viajero deja como implícito el hecho de la posibilidad de desarrollarla, puesto que el país cuenta con un recurso explotable (Marr, 2004: 336).

Tanto el proyecto de von Bülow como los intentos de atraer a Costa Rica la inmigración alemana obedecen a una actitud o corriente de pensamiento que resulta recurrente dentro de la cultura europea, y a la cual corresponde un discurso literario específico: el utopismo. Incluso, la utopía no es un discurso extraño a la escritura con

⁴³ El relato de viajes de Wagner y Scherzer cuenta con algunas notas sobre las dificultades de la colonia de la Angostura, así como las otras opciones de Costa Rica para desarrollar proyectos de este tipo e incentivar la inmigración europea (2016: 49).

fines colonialistas: Beauchesne menciona que la ambivalencia del discurso sobre la periferia (entre lo extraño y fatal y lo idílico) lleva, en ocasiones, a la hiperbolización de ciertos elementos, que en ocasiones permiten que se describa la región periférica desde una perspectiva utópica (2013: 218). Ello puede hallarse, por ejemplo, en cuanto a lo que el viajero considera como positivo o bueno de la región que observa.

Trousseau (1979: 38) afirma que la utopía y el utopismo son elementos diferentes, en tanto el segundo corresponde a una “concepción mental” mientras que el primero consiste en un género propio de la literatura. No obstante, tanto el utopismo como su manifestación literaria coinciden en mostrar un estado de cosas ajeno a la realidad, en virtud de que ambas muestran el “mundo tal como debería ser” (1979: 39). De este modo, la creación de una utopía está estrechamente relacionada con la condición insular del proyecto utópico, la cual consiste en una suerte de cosmos en miniatura, gobernado de forma autárquica y cerrado al mundo externo (Trousseau, 1979: 43-44).

Estos mismos elementos se encuentran en el proyecto de colonización de la Angostura: Alexander von Bülow es un hombre que diseña una colonia a partir de su propia fantasía y de sus ideales, en vez de organizarla en función de lo que sea más conveniente, puesto que Marr señala algunas dificultades para que el proyecto prospere que von Bülow no observa: “Si fuera posible crear alguna cosa con fantasías, Bülow sería el hombre indicado para hacerlo” (Marr, 2004: 397).

Incluso, la creación de la colonia alemana en la Angostura es un proyecto utópico, en tanto su fundación implica una educación específica, gracias a un antiguo maestro alemán que colabora en el proyecto. El diseño de la educación de la colonia es muestra de su simbólica condición insular, en tanto la escuela y la iglesia deben formar un solo edificio y una sola unidad de pensamiento en los futuros colonos: los “elementos de la educación de la juventud en la futura colonia” deben conjugar lo religioso y lo práctico,

de ahí que el sacerdote de la Angostura “tendrá que ser un excelente pedagogo, y por cierto, práctico” (2004: 401).

Otro tipo de pensamiento similar a este utopismo es el del mismo Marr, en tanto describe una Centroamérica que cuenta con un potencial considerable para ser explotado, esta es la razón por la cual se analizan las posibilidades de colonización y las facilidades y dificultades para llevar a cabo algunos proyectos (como el del canal) en Nicaragua y Costa Rica. Así, el texto es algo más que un informe de viaje o una colección de impresiones, pues cuenta con datos, mediciones y aclaraciones que pudieran ser interesantes para un lector de la época, interesado en invertir o desarrollar planes económicos en Centroamérica. Esto implica que el viajero escribe su relato para un receptor con características específicas, y además, implica que el viajero escribe su relato con una finalidad concreta.

3.3. La finalidad de la escritura y de la mirada

El relato de Marr incluye diversas alusiones al oficio de la escritura y del escritor, pues algunas secciones del texto fueron redactadas mientras el viajero se hallaba en Nicaragua y Costa Rica. A pesar de ello, cuando el viajero regresa a Europa, se lleva a cabo la organización de lo escrito, pues en ocasiones el escritor remite a hechos y situaciones posteriores a su viaje: ello sucede, por ejemplo, al mencionar un sacerdote de Nicaragua, el “Padre Vigil”, quien alcanzó “tanta fama en las guerras contra los filibusteros [1856-1857]” (2004: 184), cuando Marr regresó a Hamburgo en 1853.

El viajero escribe páginas en las que consigna no solo sus impresiones de viaje, sino que cuenta con un objetivo, mencionado explícitamente en ciertas circunstancias. El primer caso en el que se expresa la finalidad de la escritura es al inicio, cuando el viajero afirma plasmar por escrito, y de forma desordenada para contravenir a la organización

atribuida por él a los relatos alemanes, sus ideas e impresiones como entretenimiento de sí mismo. En esta parte, la lectura por parte del público queda relegada a un segundo plano: “[...] usaré el breve tiempo de mi estadía aquí para describir lo que me llamó la atención, para diversión mía y, tal vez más tarde, la de otra gente” (2004: 51)⁴⁴. No obstante, este hecho no es tal, puesto que en ciertas ocasiones, el viajero afirma que escribe para un lector con características específicas. Para él, su lector es europeo, y en particular, hamburgués. De este modo, el viajero escribe para su propio grupo, es decir, escribe para que lo lean en Alemania. Ello queda claro cuando el viajero refiere cómo se realiza el tiste, una bebida popular en Nicaragua: “[El tiste] era la bebida nacional específica de Nicaragua [...], un refresco de procedencia auténticamente india, cuya receta quiero reportar aquí para el uso y provecho del mundo civilizado” (Marr, 2004: 196). Así, la escritura del relato implica una finalidad posterior: dar cuenta de lo que resulte útil y provechoso.

Otro momento en que el viajero hace evidente el tipo de destinatario es cuando describe la disposición geográfica de Puntarenas y las características del puerto. Una vez presentada la descripción de este, el viajero afirma que “puede ser tal vez interesante para Hamburgo poner aquí algunos detalles más” (2004: 319), para describir las características y capacidad de las embarcaciones, los trabajos usuales de los obreros y demás datos que pudieran ser útiles para un europeo que quisiera invertir en Centroamérica. No obstante que el lector de Marr se ubique en Europa, el viajero también deja la posibilidad de que su relato sea leído en Costa Rica, idea que no aparece ni el viajero menciona sobre Nicaragua puesto que “por mucho que se rían mis amigos costarricenses cuando lean esto” (2004: 361), el viajero describe de manera muy favorable a Fernando Streber,

⁴⁴ Al inicio del relato, se menciona que el fin de la escritura del relato es presentar las reflexiones e ideas propias y no las cosas (Marr, 2004: 4).

colaborador del barón von Bülow en el proyecto de colonización de la Angostura, en Turrialba.

El relato de viajes de Marr cuenta con una característica poco común en este tipo de textos, en tanto se trata de dar cuenta del viaje del escritor. Tal rasgo distintivo consiste en la reflexión sobre el tipo de escritura y el género mismo del relato. Al respecto, el viajero considera que al comparar su propia impresión sobre Estados Unidos con las lecturas de “relatos de viajes, tratados estáticos [sic] y políticos” (2004: 32), lo visto y hallado por él dista mucho de lo leído. Así, los relatos de viajes (y la escritura en general) recurren a la ficción y no retratan la realidad tal cual es, idea que parece hallarse implícita en el discurso del viajero al mencionar que la amabilidad de los neoyorquinos es sobredimensionada en los relatos de viajes (Marr, 2004: 32). Ello produce un efecto de veridicción: si los demás viajeros recurren a la ficción para describir el trópico, el viajero asume que su discurso va a consignar lo verídico, lo real y no va a referir hechos que no son verificables y ciertos.

Tal idea se reafirma en un segundo momento: durante el viaje hacia Nicaragua desde Estados Unidos, el viajero entabla un diálogo con un hombre proveniente de Nueva Orleans, quien deseaba establecer una empresa de importación de frutas a Nicaragua desde Jamaica. Este plan desconcierta al viajero. La razón de este desconcierto obedece a la concepción de que Nicaragua es una región fértil en extremo, en la que puede crecer todo tipo de fruta. No obstante, él achaca la idea del estadounidense al hecho de creer en cuanto dicen los relatos de viajes: “Los entusiastas que meten las narices en un país, luego lo exageran todo, lo bueno y lo malo [,] y confunden al lector” (2004: 102-103). Ello implica que los relatos de viajes no consignan cómo es una región o país en realidad, sino que se trata de textos ficcionales que pueden exagerar, minimizar o inventar ciertos aspectos. Ello implica que el viajero tiene cierta conciencia sobre la naturaleza ficcional

del discurso que él enuncia, y por tanto, se halla consciente de que su propio relato puede ser susceptible de contar con aspectos enteramente ficcionales.

Una segunda característica que el viajero le otorga al relato de viajes es el hecho de poder ser escritos a partir de otras lecturas, lo cual es una característica de la literatura: la intertextualidad. Este aspecto aparece mencionado a propósito de la descripción de Masaya, pues al revisar en general qué dicen otros viajeros sobre los indígenas de la región, Marr afirma que se recurre a citar lo que dice Thomas Gage sobre ellos (2004: 210)⁴⁵.

Por su parte, no deja de ser llamativo el hecho de que el viajero mencione que su escritura cuenta con un objetivo definido. Es aún más llamativo este hecho si se considera que el relato cuenta con aspectos del discurso que permiten afirmar que se trata de una escritura simultánea al momento del viaje, aunque posteriormente se lleve a cabo un proceso de reescritura y enmienda de algunos pasajes, lo que permite pensar también en que una parte del relato se escribió en fechas posteriores al viaje.

Ejemplo de ello son algunas menciones al trabajo de la escritura *in situ*, como sucede durante el viaje en el San Juan, en el cual Marr “había anotado en papel” (Marr, 2004: 156) los datos y mediciones que efectuó sobre las características del río, como también sucede en el cráter del volcán de Telica, en León: el viajero describe lo que observa a lo lejos desde la cima del volcán, y lo que se lee en su relato son los apuntes hechos por él en la cima del volcán (2004: 271). Lo mismo sucede en la colonia de la Angostura: el viajero efectúa una serie de apuntes, señalados con las respectivas fechas

⁴⁵ Thomas Gage fue un monje inglés que viajó por México, a donde llegó en 1625, y Centroamérica, para regresar a Europa en 1637. En los dos tomos que comprende su obra, Gage trata sobre México, Guatemala, Verapaz, Nicaragua (describe las ciudades de León y Granada), Costa Rica (Nicoya y Cartago), Panamá (Porto-Bello), y recorrió una parte de la actual Colombia, en especial, la zona de Cartagena, es decir, recorrió todo el Istmo centroamericano y dejó plasmada en su obra una visión sobre el espacio americano colonial. El sacerdote murió en Jamaica, a inicios de 1656 (Sáenz, 1971: 559).

de escritura entre el 28 de mayo hasta el 4 de julio de 1853, que se incluyen en el relato (2004: 398-427).

Más allá de anotar regularmente las impresiones y acontecimientos, el relato también cuenta con pasajes que permiten evidenciar que se trata de un texto reescrito y revisado una vez que el viajero regresa a Europa. Ejemplo de ello es la mención de un sacerdote que el viajero conoce en Nicaragua: el padre Vigil, de quien se afirma que llegó a ser famoso en las guerras contra los filibusteros (que se efectuaron entre 1856 y 1857, poco más de tres años después del viaje de Marr por Centroamérica) (2004: 184). Ello implica que el viajero inserta en su discurso hechos y aspectos posteriores a su viaje, su relato consta de un conjunto de escrituras superpuestas, en las cuales no es posible determinar con exactitud cuáles pasajes fueron redactados durante su estadía y cuáles no. Este aspecto permite afirmar que el relato de viajes de Marr no es, en modo alguno, un texto uniformemente redactado, sino que se trata de un conjunto de escrituras superpuestas, que permiten la inclusión de pasajes y elementos propios de la ficción y de la invención del autor, lo que permite asociar al texto con la escritura de tipo literario, más que con una escritura referencial, sobre el mundo y sus condiciones.

Ejemplo de esta superposición de escrituras es la mención del autor a una circunstancia concreta: la primera vez que el viajero se interna en la espesura del bosque, en Nicaragua. Al observar por vez primera la selva, el viajero menciona su temor a contraer una fiebre, pero al pie de la página, él incluye una nota en que explica que tal impresión de la selva se explica por no haber estado antes en un lugar similar, “afectado por todos los prejuicios europeos y bajo la impresión de un destino fracasado”; sin embargo, la selva centroamericana no es tan temible como parece, puesto que al volver a estar en la misma situación, “gocé mucho en los mismos lugares y en las mismas situaciones” (Marr, 2004: 117). De esta manera, puede observarse que el relato fue objeto

de una reelaboración de su discurso, en tanto algunos de sus pasajes fueron escritos en el mismo sitio en que el viajero se encontraba, mientras que otros fueron escritos tiempo después.

El relato de viajes de Marr responde, en gran medida a las características propias de una literatura con una finalidad típica del siglo XIX: dar cuenta de las condiciones de los territorios susceptibles de ser colonizados por parte de Europa, esto explica que se le preste atención a las condiciones políticas, étnicas, sociales y culturales, unidas a las posibilidades económicas con que contaba una parte de Centroamérica. Ello implicaría que el relato se escribió para un público concreto: una sociedad desarrollada, que podía contar con intereses económicos o comerciales en el Istmo. No obstante esta característica, al observar con mayor detenimiento el discurso del relato, aparecen aspectos impropios de un escrito que promueva la colonización: la elaboración de elementos más ficcionales que referenciales y la presencia de una reescritura posterior al viaje, dan cuenta de otra intención que es tratar el relato como un discurso en cuanto tal, como si fuera un objeto que debe contar, no solo lo que se vio en tierras desconocidas para Europa, sino también con la elaboración discursiva de un objeto literario. Por esta razón, el relato también da cuenta de un proceso de elaboración literaria, al tratarse de un subgénero narrativo: Marr tenía conciencia de que su escrito contaba con aspectos propios de un discurso literario, no solo de un discurso referencial.

Más que una simple recopilación de impresiones de viajes o un informe fidedigno de las condiciones de un paraje que se ve y se conoce por primera vez, el relato de viajes de Marr consiste en un documento que, además de contar con las características de un escrito literario, pone de manifiesto las posibilidades de Nicaragua y Costa Rica para servir al comercio y a la explotación de los recursos naturales en provecho de la metrópoli. Ello implica que las intenciones de Marr al viajar a Centroamérica y al dejar registro

escrito de su periplo son utilitarias y cuentan con una perspectiva colonial: Centroamérica puede ser colonizada y puesta al servicio de lo que Marr considera la civilización (europea, propia de hombres blancos).

Por esta razón, el viajero compara las condiciones de Nicaragua y de Costa Rica con las condiciones de vida y de desarrollo de Hamburgo. El informe de lo que encuentra en Centroamérica o de lo que el viajero no halla en ella está condicionado a un planteamiento implícito: el texto obedece a un interés colonial, en tanto da cuenta de las posibilidades de aprovechamiento y colonización. Por ello, Marr espera a la llegada a cada ciudad el encontrarse con las condiciones que él considera propicias para establecer una colonia organizada a la manera de las ciudades europeas, cuando lo que se describe está lejos de ese parámetro.

El viajero cuenta con ciertas expectativas al llegar a Granada. Espera, por ejemplo, que las ciudades estén a la altura de los nombres que ostentan, “una copia de condiciones y confort europeos”. En el relato, estas ciudades ofrecen una imagen de suciedad y retraso: “¿Eso es Granada? ¿Aquella fila de chozas pobres de caña?, delante de las cuales se revolcaban unos niños desnudos en la arena, en compañía de unos chanchitos” (Marr, 2004: 167). Por ello, en las ciudades las expectativas del viajero son hallar algo similar a Europa: “[...] vi una iglesia de ladrillo gris y rojo, con un techo de tejas y unas calles que pasaban cerca de ella; entonces respiré algo más aliviado” (2004: 168).

Las mismas circunstancias permiten afirmar que no es extraño que Marr efectúe un conjunto de mediciones en el San Juan, con el fin implícito de determinar las posibilidades de navegación: en el fondo, ello es indicio de que Marr viajó a Centroamérica para evaluar la posibilidad de llevar lo que él consideraba como cultura y progreso, a una región con potencial, y por extensión, con capacidad de generar utilidades para el “provecho del

mundo civilizado” (2004: 196), en tanto los lectores que viven en Hamburgo pueden hallar algún interés en lo dicho sobre Centroamérica (2004: 319).

El relato de Marr consiste en un discurso propio de un colonizador y, por tanto, propio de un hombre europeo: Centroamérica cuenta con potencial, en tanto sus recursos son explotables (lo cual prima en la representación de Nicaragua), o bien, cuenta con condiciones de establecer un comercio incipiente con las ciudades más desarrolladas de Europa. Este último es el caso de Puntarenas, puesto que en único hotel del puerto podían encontrarse “franceses, españoles, italianos, ingleses, americanos y alemanes” (Marr, 2004: 321).

CAPÍTULO IV
CONCLUSIONES

Capítulo IV

Conclusiones

El capítulo de conclusiones se encuentra dividido en tres apartados: en conclusiones sobre los fundamentos conceptuales, sobre los procedimientos de trabajo y sobre el análisis.

4.1. Conclusiones sobre los fundamentos conceptuales

Con respecto a los fundamentos conceptuales se concluye que:

1. El relato de viajes es una modalidad de escritura que en ocasiones se lee y consume como referencial e informativa, en tanto pretende dar cuenta de la realidad. Sin embargo, es un tipo de escrito en el cual su emisor, al igual que en los géneros ficcionales, posee la facultad de fabular e inventar. Por tal razón, el relato de viajes puede leerse como un documento histórico, como si fuera una fuente confiable y veraz, y al mismo tiempo, como si fuera un relato ficcional.
2. La propia índole de la escritura permite afirmar que, a similitud de un cuento, una novela o un mito, el relato de viajes construye su propio referente y presenta un estado de cosas que no necesariamente debe tomarse por un reflejo de la realidad, sino que puede considerarse como suplemento de la realidad al contar con las posibilidades de conformar un mundo imaginario, a semejanza de la escritura literaria. Por estas circunstancias, resulta válido afirmar que el relato de viajes no solo es una escritura híbrida (en tanto puede contar, a la vez, con elementos ficcionales y referenciales dentro de su discurso), sino que también es una lectura cultural e históricamente determinada por los discursos dominantes y las matrices de organización sociocultural y colonial.

3. Tal como plantea Marie Louise Pratt, la enunciación del relato de viajes se lleva a cabo desde una posición de privilegio y de poder, propia del *veedor*. Para el caso del relato de Marr, la figura de poder da cuenta de una Centroamérica pobre y sumida en el atraso y la barbarie, aunque con potencial para la explotación económica. Ello permite señalar los obstáculos para el desarrollo, y en consecuencia, justificar la apropiación colonial (por ejemplo, con la construcción del canal en el río San Juan o con los principios de comercio internacional que el viajero observa en Puntarenas).
4. En el relato de viajes de Wilhelm Marr, el veedor cuenta con una serie de características muy concretas: se trata de un hombre culto, étnicamente blanco, que cuenta con la educación propia de un europeo y que posee la habilidad para comerciar, negociar y llevar a cabo proyectos que impliquen la llegada de lo que él considera la civilización a una región aún sumida en el atraso y la barbarie. Ello puede deberse a que Marr es proveniente de Hamburgo, una ciudad que perteneció a la Liga Hanseática, un conjunto de ciudades que contaba con un eje productivo importante: de ahí que el viajero cuente con una idea precisa de comercio marítimo y de desarrollo comercial.
5. El fin último del viajero sería el de la instauración de un orden colonial simbólico, en el cual Europa se hallaría en pleno derecho de intervenir para llevar al resto del mundo un modelo de cultura y de civilización muy específico, en tanto respondía a los ideales europeos. El viajero observa Centroamérica desde la perspectiva colonial y utilitaria.
6. De esta manera, el relato de viajes oscila entre dos modalidades del discurso: al tiempo que se trata de un documento para dejar constancia de las posibilidades de una región para ser colonizada y puesta al servicio de los intereses coloniales

de Europa, también puede contar con las características propias de un escrito literario, es decir, con una serie de aspectos enteramente ficcionales, tales como la exageración, la estilización, la deformación, la mitificación de ciertos aspectos, así como la legitimación discursiva del narrador.

7. Tal consideración dejaría claro que el relato de viajes, antes que una escritura referencial, que trata sobre el estado real de cosas de un lugar específico, constituye una modalidad de la escritura narrativa, estructurada en función de los intereses y las percepciones de quien escribe y de su cultura, por ello, la mirada histórica condiciona la forma cómo se describe y percibe lo que se desea representar.
8. Las condicionantes culturales del escritor también forman parte de los aspectos que influyen en la escritura del relato de viajes: además de la mirada colonial y moderna, las imágenes que la cultura ha transmitido, es decir, los tropos a los que se recurre para describir el mundo, a los otros y al propio grupo son de capital importancia al momento de representar una región desconocida. Ejemplo de ello es que Marr recurre a la idea del hombre salvaje para referirse a los centroamericanos, y además, en su relato de viajes es posible hallar una idea, propia de la tradición occidental, del americano como un caníbal. Esto se manifiesta en la presentación de los nicaragüenses como hombres que, en ocasiones, andan desnudos, creen en ciertas supersticiones y se encuentran en un medio sucio, carente de cultura, orden y desarrollo.

4.2. Conclusiones sobre los procedimientos de trabajo

Con respecto a los procedimientos de trabajo de la investigación se concluye que:

1. La primera parte del análisis consistió en una lectura heurística del texto, que pusiera de manifiesto cuáles fueron las concepciones e ideas de las que partió el viajero para presentar su relato. Esta lectura fue de utilidad, en tanto describió las características propias del texto. Dentro de tales características se puede mencionar el colonialismo y las matrices de significado asociadas con él (racismo, sexismo y utilitarismo), el uso de tropos y concepciones propias de la cultura europea que el viajero utilizó para describir Centroamérica (el caníbal, el salvaje, la belleza, la fealdad, la salud y la enfermedad, así como la idea del trópico como salvaje y peligroso).
2. La atención prestada a los tropos y las concepciones culturales desde las que se representa Centroamérica obedeció al hecho de que se analizó el plano del contenido del relato y no el plano de la forma: al trabajarse con una traducción, fue necesario prescindir del análisis de las connotaciones, de los juegos de palabras y demás elementos formales que en una traducción pierden o cambian su significado, en tanto el plano del contenido permanece sin mayores alteraciones de sentido.
3. Una vez efectuada la lectura heurística, correspondió analizar las particularidades del discurso de Marr: las concepciones sobre la naturaleza, los elementos humanos o culturales, la mirada y el discurso colonial.
4. En virtud de la finalidad de este estudio, el método de análisis fue de carácter ecléctico, en tanto se recurrió a las discusiones conceptuales acerca de problemas relacionados con la representación, la colonialidad, la mirada moderna, así como con el tropo del caníbal y el salvaje, para comprender las

ideas preconcebidas a partir de las cuales Wilhelm Marr llevó a cabo su representación sobre Centroamérica.

5. Tal eclecticismo fue de especial utilidad en tanto puso de manifiesto ciertos aspectos que, de otro modo, habrían quedado omitidos. Este es el caso, por ejemplo, de la idea del hombre salvaje: el racismo presente en el relato de Marr se explica en tanto obedece a ideas presentes en Europa mucho antes de las expansiones coloniales.
6. La organización de la exposición y el previo análisis por separado de las ideas de Marr sobre la naturaleza, los aspectos culturales y la mirada colonial y permitió explicar de forma ordenada e integral cuáles elementos priman en la visión del autor sobre lo no humano (una naturaleza ambigua, en tanto es amenazadora, objeto de medición y posesión colonial o una naturaleza que impresiona, acaso por desconocimiento, al viajero), sobre la cultura centroamericana (en que aparece la idea del salvaje y de la existencia de razas superiores e inferiores) y sobre los objetivos de la exploración y la consignación por escrito de las posibilidades del entorno centroamericano (se lleva a la práctica una mirada colonial, que observa las posibilidades de conquista y colonización, para llevar a cabo la eventual apropiación colonial).
7. Esta organización también fue útil para cumplir los objetivos y para la resolución de los problemas planteados: los asuntos referentes a la concepción del autor sobre la sociedad europea se tratan, particularmente, en el tercer capítulo, en que se trata sobre el problema de la mirada del viajero. Los procedimientos discursivos usados por el viajero para representar a Centroamérica (con las consecuentes concepciones coloniales de tal representación) se abarcaron en los primeros dos capítulos, que versan sobre las

concepciones del viajero sobre la naturaleza y sobre la cultura centroamericanas.

8. La idea de la colonialidad, tal como la define Mignolo, fue de especial utilidad para determinar las características del discurso del relato de Marr: en virtud de su propias ideas, el viajero expresa un discurso colonial que se relaciona con las ideas sobre el racismo y el racialismo, en razón de la clasificación de los seres humanos en superiores e inferiores, así como con la idea sobre el análisis de las condiciones favorables o desfavorables de Centroamérica para ser posible fuente de riqueza y explotación.
9. De esta manera, el colonialismo y el racialismo son discursos estrechamente relacionados. La creencia de que existen razas inferiores y superiores, cada una con características morales, intelectuales y estéticas, que determinan al ser individual, se encuentra implícita en el relato de Marr: los centroamericanos (en especial los nicaragüenses) cuentan con cierto aspecto físico, lo que implica una moral y un desarrollo intelectual. Lo mismo sucede con la descripción de los costarricenses: el aspecto físico (desde la perspectiva del viajero, más blanco que el de los nicaragüenses) determina una mejor disposición para el desarrollo y el progreso. De esta manera, tanto en el racialismo como en el colonialismo entra en juego una categoría adicional: la eugenesia. Ello explicaría, además, el afán de colonización y de atraer a europeos a estos centros.
10. Al mismo tiempo, la idea de la colonialidad fue útil para poner de manifiesto que, aunque aparece en muy contadas ocasiones, Marr describe a la mujer centroamericana en función de su desigualdad con respecto al hombre: la mujer resulta susceptible de vivir como una posesión más del varón europeo. De ahí que racismo, colonialidad y sexismo se hallen estrechamente relacionados.

4.3. Conclusiones sobre el análisis

Con respecto al análisis se concluye que:

1. *Viaje a Centroamérica* es un ejemplo del relato de viajes escrito por un europeo de siglo XIX sobre el Istmo. Por ello, el punto desde el cual se lleva a cabo la enunciación es propio de un hombre que observa y consigna sus impresiones desde su lugar como individuo culto y civilizado. Sin embargo, no debe obviarse el hecho de que ese lugar de privilegio es autoasignado como sujeto de la enunciación: él se concibe a sí mismo de esa forma, y organiza su discurso a partir de tal concepción.
2. Además, es notable el hecho de que la inclusión de aspectos, noticias y hechos posteriores a las fechas en que Marr estuvo en Centroamérica implica un proceso de reelaboración del discurso. El texto no está redactado de manera uniforme, lo cual da cabida a una interpretación de tipo literario, y lo aleja de las condiciones de una escritura que pretende dar fe de lo visto y lo hecho por el autor.
3. Tal punto de enunciación implica que en el discurso del viajero se encuentren estereotipos, ideas y concepciones sobre las personas, la naturaleza y la cultura propias de quien se asume a sí mismo como sujeto superior a los demás, debido a su lugar de origen. Ejemplo de ello es el racismo y la concepción del otro como bárbaro y animal, sea como ser inferior al viajero por razones de etnia y color de piel, o bien, como animal apto para el trabajo y el esfuerzo físico (este último es el caso de los obreros del puerto de Puntarenas, en virtud de su resistencia física).

4. Las características del relato permiten afirmar que el discurso del viajero no es objetivo ni ajeno a las características de un discurso propio de un colonizador, puesto que la mirada del viajero se centra en las condiciones de Centroamérica para adoptar lo que este considera como desarrollo y cultura, al tiempo que se centra en las posibilidades para la explotación productiva y el comercio marítimo. No obstante, el relato de viajes se construye como un discurso objetivo, puesto que desea describir una región específica para evaluar, y posteriormente, justificar la apropiación colonial. En otros términos, el conocimiento de una región y la supuesta objetividad de su descripción se utilizan como instrumento de la apropiación colonial, entendido como generación de conocimiento utilitario.
5. La mirada de Marr se centra en detectar si en Centroamérica existe potencial de desarrollo económico e industrial, tal como existe en Europa. Tal como plantea Sloterdijk: la ausencia de las condiciones habituales en Europa justificaba el expolio, la colonización y apropiación de la tierra, así como de los habitantes de las regiones colonizadas; además, establece los requerimientos necesarios para desarrollar la región centroamericana (la apertura de un canal interoceánico, la existencia de puertos, el desarrollo de las ciudades, la cantidad y calidad de mano de obra, el orden jurídico, entre otros aspectos).
6. El interés y afán utilitario que prima en el discurso del viajero lo lleva a considerar a Centroamérica como una región con potencial económico, pero no como una región capaz de desarrollarse por sí misma: es desde afuera que debe implantarse el trabajo y la cultura, tarea que el viajero considera, debe llevar a cabo Estados Unidos, dada la proximidad geográfica. Por ello, en el relato de viajes de Marr existe una tesis implícita sobre la necesidad del intervencionismo

en Centroamérica, que es una idea muy similar a la que, posteriormente, plantearía la doctrina del Destino Manifiesto.

7. Con respecto a la descripción de los elementos no humanos presentes en el texto, es destacable que el entorno natural se describe como imponente o exuberante, aunque tal idea es ambigua, en tanto también se recurre a la comparación de la naturaleza con un elemento que aterroriza, confunde o ahoga al ser humano, y además, que obstaculiza la cultura, la civilización y el desarrollo. Este hecho es especialmente evidente en el proyecto de colonización de la Angostura (en Turrialba), en que el viajero trabaja por cierto tiempo.
8. No obstante las ideas del viajero sobre la naturaleza, también son medibles y cuantificables: la naturaleza es susceptible de ser entendida científicamente para que llegue a ponerse al servicio del ser humano: ejemplo de ello son las mediciones y pruebas que el viajero efectúa en el cauce del San Juan para evaluar la posibilidad real de construir un canal interoceánico. Este es un rasgo del colonialismo presente en el relato de Marr: el conocimiento del medio natural determina las posibilidades de apropiación y provecho, y a la postre, justifica el expolio y la explotación de los habitantes del istmo.
9. La cultura se describe desde el tópico de la civilización y la barbarie: el viajero afirma que Centroamérica, a pesar de su potencial, está sumida en el primitivismo, por ello, se considera necesaria la llegada de la civilización (que es indefectiblemente europea) para que sea explotable. En otros términos, la cultura centroamericana también justifica la implementación de las costumbres y modelos europeos, por ello el viajero también trabaja en un proyecto de colonización, y posterior a su viaje, impulsaría el arribo de colonos alemanes a Centroamérica. Estos aspectos pondrían, nuevamente, de manifiesto el racismo

y el colonialismo que permea el discurso del viajero, así como las condicionantes e implícitos que priman sobre la mirada del viajero. Además, pone de manifiesto una de las condiciones para que la civilización se encuentre en el Istmo: la necesaria presencia de un sistema de gobierno estable y efectivo.

10. El viajero lleva a la práctica una mirada colonialista y utilitaria, al observar las posibilidades, ventajas y desventajas de Centroamérica en cuanto al ámbito económico. Además, esta mirada cuenta con una muy estrecha relación con el racismo y el racialismo, por ello, la mirada del viajero se halla relacionada también con las ideas sobre la eugenesia, el racialismo y la concepción de que las características físicas de una etnia determinan las condiciones morales y psíquicas del individuo: esto lo explica Sander sobre la relación cultural entre lo bello, noble, bueno y sano (y por extensión, lo étnicamente blanco), así como la relación opuesta: lo feo, innoble, malo y enfermo (y étnicamente negro o mestizo).

11. Esta última serie prima en la descripción de los centroamericanos y en la descripción de los negros que el viajero encuentra en Nueva York. Tal situación da cuenta de un hecho explícito en el relato: la adscripción del viajero al primer grupo de características: la blancura de piel implica para el viajero su propia belleza externa, y con ambas, las características asociadas a la salud física y psíquica, ello implica que en los centroamericanos prima la segunda serie: lo feo, innoble, malo, enfermo y mestizo. Esto justifica la necesidad de la colonización, aunque no el mejoramiento racial del centroamericano, pues desde la perspectiva del viajero, el mestizaje no es bueno ni deseable.

Referencias bibliográficas

- Albuquerque García, Luis. “El relato de viajes: hitos y formas en la evolución del género”. *Revista de Literatura* LXXVIII. 145 (enero-junio 2011): 15-34.
- Alvarado Quirós, Alejandro y Víctor Guardia Quirós. “Aclaraciones históricas”. *Revista del Instituto de Defensa del Café de Costa Rica* VI. 41: 211-215.
- Añón, Laura y Jimena Rodríguez. “¿Crónicas, historias, relatos de viaje? Acerca de los nuevos estudios coloniales latinoamericanos”. Memoria del VII Congreso Internacional Orbis Tertius de Teoría y Crítica Literaria. Web www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.3506/ev.3506.pdf
- Baltodano Román, Gabriel. “Candice Lin: paisaje, territorio y fronteras”. *Letras* 61 (2017): 69-90.
- Bartra, Roger. *El mito del salvaje*. México: Fondo de Cultura Económica, 2011.
- Beauchesne, Kim. *Visión periférica: marginalidad y colonialidad en las crónicas de América Latina (siglos XVI-XVII y XX-XXI)*. Madrid: Iberoamericana, 2013.
- Ceceña Álvarez, René. *Espacio, lugar y mundo. El fundamento topológico de la Modernidad y los orígenes de la mundialización*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2011.
- Certeau, Michel de. *La invención de lo cotidiano*. México: Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente/Universidad Iberoamericana, 2007.
- Chartier, Roger. *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*. México: Gedisa, 1996.
- Cockburn, John. *Los viajes de Cockburn por Costa Rica*. San José: Editorial Costa Rica, 1976.
- Crary, Jonathan. *Las técnicas del observador. Visión y modernidad en el siglo XIX*. Murcia: Centro de Documentación y Estudios Avanzados de Arte Contemporáneo, 2008.
- Cros, Edmond. “El sujeto colonial: no representabilidad del otro”. *El sujeto colonial. Sociocrítica y psicoanálisis*. Medellín: Fondo Editorial de la Universidad EAFIT, 2003: 39-55.
- Descola, Phillipe. *Más allá de naturaleza y cultura*. Buenos Aires-Madrid: Amorrortu, 2010.
- Fernández Guardia, Ricardo (comp). *Costa Rica en el siglo XIX. Antología de viajeros*. San José: Editorial de la Universidad Estatal a Distancia, 2002.
- Fumero, Patricia. “Cartago y sus terremotos: San Estanislao (1822) y San Antolín (1841)”. *Revista Estudios* 23 (2010): 1-29.

- Gilman, Sander. *Health and Illness. Images of Difference*. Londres: Reaktion Books, 1995.
- Gómez, Manuel. *Viajes coloniales por América Central. Continuidades y rupturas*. San José: Editorial de Instituto Tecnológico de Costa Rica, 2013.
- Guibernau, Monserrat. *La identidad de las naciones*. Barcelona: Ariel, 2009.
- Haraway, Donna. *El patriarcado del osito Teddy. Taxidermia en el Jardín del Edén*. Trad. Por Ander Gondra Aguirre. Buenos Aires: Sans Soleil, 2015.
- Hegel, Georg Wilhelm Friedrich. *Lecciones sobre la filosofía de la Historia Universal*. Madrid: Alianza Editorial, 2001.
- Houwald, Göetz von. *Los alemanes en Nicaragua*. Managua: Fondo de Promoción Cultural del Banco de América: 1975.
- Jáuregui, Carlos. *Canibalia. Canibalismo, calibanismo, antropofagia cultural y consumo en América Latina*. Madrid: Iberoamericana, 2008.
- Kahn, Axel. “Genoma, biología y racismo”. Jérôme Bindé (coord). *¿Hacia dónde se dirigen los valores?* México: Fondo de Cultura Económica, 2006: 339-342.
- Livon-Grosman, Ernesto. *Geografías imaginarias. El relato de viaje y la construcción del espacio patagónico*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2003.
- López de Mariscal, Blanca. “Para una tipología del relato de viaje”. Web http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/para-una-tipologia-del-relato-de-viaje-0/html/015b5c40-82b2-11df-acc7-002185ce6064_5.html
- Mbembe, Achille. “Del racismo como práctica de la imaginación”. Jérôme Bindé (coord). *¿Hacia dónde se dirigen los valores?* México: Fondo de Cultura Económica, 2006: 343-347.
- M’Bokolo, Elikia. “El rostro cambiante del racismo”. Jérôme Bindé (coord). *¿Hacia dónde se dirigen los valores?* México: Fondo de Cultura Económica, 2006: 348-350.
- Marks, Robert. *Los orígenes del mundo moderno. Una nueva visión*. Barcelona: Crítica, 2007.
- Marr, Wilhelm. *Viaje a Centroamérica*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2004.
- Mignolo, Walter. “El lado más oscuro del Renacimiento”. *Universitas Humanistica* 67 (2009): 165-203.
- _____. “La colonialidad a lo largo y a lo ancho: el hemisferio occidental en el horizonte colonial de la modernidad”. *Estudios transatlánticos postcoloniales. Narrativas*

comando/ Sistemas mundos: colonialidad/ modernidad. Madrid: Anthropos/ Universidad Autónoma Metropolitana, 2010: 237-270.

Pratt, Mary Louise. *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. México, Fondo de Cultura Económica, 2010.

Quesada Pacheco, Miguel Ángel. “Prefacio”. *Entre silladas y rejoyas. Viajeros por Costa Rica de 1850 a 1950*. Cartago: Editorial Tecnológica de Costa Rica, 2001.

Rodríguez Sancho, Javier. “El blanco está hecho de otra materia que el negro. El periplo del viajero alemán Wilhem Marr en Centroamérica”. *Memorias. Revista Digital de Historia y Arqueología desde el Caribe* 9 (julio 2008): 123-139.

Sáenz de Santa María, Carmelo. “Los viajes de Thomas Gage durante el siglo XVII hispanoamericano”. *Actas IV*. Web.
https://cvc.cervantes.es/literatura/aih/pdf/04/aih_04_2_052.pdf

Sánchez Arteaga, Juan Manuel. “La biología humana como ideología: el racismo biológico y las estructuras de dominación racial a fines del siglo XIX”. *Theoria* 61 (2008):107-124.

_____. “La racionalidad delirante: el racimo científico en la segunda mitad del siglo XIX” *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría* XXVII, 100 (2007): 383-398.

Sané, Pierre y Jérôme Bindé. “Racismo, globalización y revolución genética: ¿Hacia el ‘mejor de los mundos’?”. Jérôme Bindé (coord). *¿Hacia dónde se dirigen los valores?* México: Fondo de Cultura Económica, 2006: 325-328.

Scherzer, Carl y Mortiz Wargner. *La república de Costa Rica en Centroamérica*. San José: Editorial de la Universidad Estatal a Distancia, 2016.

Sloterdijk, Peter. “Los signos de los descubridores. Sobre cartografía y fascinación onomástica imperial”. *En el mundo interior del capital. Para una teoría filosófica de la globalización*. Madrid: Siruela, 2007: 123-135.

Stepan, Nancy. *Picturing Tropical Nature*. Londres: Reaktion Books, 2001

Termer, Franz. “El valor histórico, geográfico y etnológico de los apuntes de John Cockburn sobre Centroamérica en el siglo XVIII”. *Los viajes de Cockburn por Costa Rica*. San José: Editorial Costa Rica, 1976: 53-100.

Todorov, Tzvetan. *Nosotros y los otros*. México: Siglo XXI, 1991.

Trousseau, Raymond. *Historia de la literatura utópica. Viajes a países inexistentes*. Barcelona: Península: 1995.

Van Dijk, Teun. “Opiniones e ideología en la prensa”. *Voces y culturas* 10 (segundo semestre 1996): 9-50.

- _____. *Ideología. Una aproximación multidisciplinaria*. Barcelona: Gedisa, 2006.
- Victoriano, Felipe y Claudia Darrigrandi. “Representación”. *Diccionario de estudios culturales latinoamericanos*. México: Siglo XXI, 2009: 249-254.
- Von Mayer, Peggy. “Comentario del libro *Viaje a Centroamérica*”. *Diálogos. Revista Electrónica de Historia* 6. 2 (agosto 2005-febrero 2006): 200-206.
- Wallerstein, Immanuel. *Análisis de sistemas-mundo. Una introducción*. México: Siglo XXI, 2005.
- Weisz, Gabriel. *Tinta del exotismo. Literatura de la otredad*. México: Fondo de Cultura Económica, 2007.
- Zeledón Cartín, Elías (comp). *Viajes por Costa Rica. Tomo 1*. San José: Editorial de la Universidad Estatal a Distancia, 2014.